
Bianca
aventura, intriga y pasión.
Harlequin
Novelas con corazón
Una noche de amor
Yvonne Whittal
195 Ptas.
IVA incluido

Una noche de amor
Sólo una noche

Yvonne Whittal

Una noche de amor (1988)
En Harmex: Sólo una noche (1987)
Título Original: This one night (1986)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 332
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Roll van Cleef y Sherry Jaeger

Argumento:
Sherry no era el tipo de chica que se enamoraba con facilidad. Creía en el cariño y el compromiso, por eso se conmocionó al descubrir que a Rollo van Cleef no le fue difícil hacerle perder la cabeza en su primer encuentro, a pesar de que ella no sabía nada de él.
Roll le advirtió que sería mejor para los dos no volvieran a verse, pero Sherry ignoró el consejo… y tuvo que enfrentarse a las consecuencias…

Capítulo 1

—¿Quieres decir que no vas a venir? ¡Debes venir, Sherry! —Brenda Lewis gimió en el teléfono—. Cumpliré veintiún años y la fiesta será muy animada.

Cansada, Sherry Jaeger suspiró y no pudo controlar el temblor de las manos cuando, sin necesidad, se alisó la falda del uniforme de enfermera. Conocía muy bien las animadas fiestas de Brenda y las detestaba. Se estremeció al pensar que tendría que participar en aquella bulliciosa reunión. Esa mañana, en su pabellón, había muerto un paciente a quien había cogido mucho cariño y prefería quedarse en casa.

—Está bien, iré —aceptó a regañadientes. Terminó pronto la conversación pues al levantar la cabeza, vio que la jefa de enfermeras entraba en la central.

—La familia del señor Peterson está en la oficina de recepción. Han venido a recoger sus objetos personales —anunció la señora Naudé—. ¿Te encargas de ello?

Sherry asintió con el rostro rígido por el esfuerzo de ocultar el pesar que le causaba tener que cumplir con esa tarea; salió de prisa de la central telefónica.

Sherry llegó media hora más tarde de lo anunciado a la fiesta de su amiga. Cuando llegó a la puerta y oyó el ensordecedor ruido que reinaba en el apartamento, deseó salir corriendo. No comprendía cómo los vecinos no se quejaban, pero enderezó los hombros y entró.

Nerviosa, Sherry miró a su alrededor; sus ojos grises vieron un mar de rostros conocidos, pero en ese atestado ambiente sólo pudo levantar un brazo para saludar. Se sintió aliviada cuando Brenda se acercó a ella.

—¡Estaba empezando a pensar que no vendrías! —gritó Brenda para que la oyera, al tiempo que recibía el regalo y la felicitación de su amiga—. Tengo algo que contarte —llevó a Sherry a la habitación más cercana y cerró la puerta para amortiguar un poco el ruido. Los ojos le brillaban de emoción.

—¿No me digas que estás embarazada? —preguntó Sherry.

—¡Lo has adivinado! —Brenda rió ante la expresión de Sherry—.

Pero hay más. Jonathan y yo nos hemos casado esta mañana, de modo que celebramos tres cosas.

—Me alegro mucho —comentó Sherry más tranquila.

—Sabía que te alegrarías —Brenda volvió a reír y los pequeños dientes blancos contrastaron con los labios rojos—. Nunca te ha gustado que Jonathan y yo viviéramos juntos.

—Sé que piensas que soy una mojigata.

—Sí, pero una mojigata agradable —la corrigió Brenda—. Por eso eres la primera en enterarte de estas maravillosas noticias.

—Me alegro por los tres —Sherry abrazó a Brenda con lágrimas en los ojos.

—Vamos a divertirnos —Brenda rió y Sherry de nuevo estuvo en medio de la bulliciosa fiesta—. La comida y las bebidas están sobre las mesas —le informó—. Sírvete cuando quieras.

Sherry se abrió pasó hacia el otro lado de la habitación, pero Jonathan Hunt, alto y delgado, con vivarachos ojos color café, la asió de un brazo y la hizo seguir el ritmo de la música antes de que ella pudiera protestar.

—¿Ya te ha dicho Brenda las buenas noticias?

—Sí, felicidades —respondió Sherry.

—¿Ahora tienes mejor opinión de mí?

—Nunca me has desagradado, Jonathan —contestó Sherry con la verdad—. Simplemente no estaba de acuerdo con la manera de vivir que llevabais.

Él la soltó y ella casi gritó de alivio cuando la música dejó de sonar. Se disculpó y acababa de llegar al otro lado de la habitación cuando la música volvió a sonar. Se sirvió una copa de vino y se dirigió al rincón más alejado de la sala, cerca de la terraza. No había manera de huir del ruido, pero las puertas de la terraza estaban abiertas y allí tendría el placer de respirar un poco de aire fresco.

Bebió unos sorbos de vino y se apoyó en la fresca pared, pero su esbelto cuerpo no pudo relajarse. Muchas cosas habían sucedido ese día y su corazón y su mente rechazaban esa alegría. Sherry levantó una mano para retirarse un mechón de pelo de la frente. Observó la atestada habitación y de pronto vio a un hombre. Estaba segura de que un momento antes ese hombre no estaba allí y sin poder explicárselo no pudo despegar los ojos de ese sitio.

El extraño tenía el pelo más oscuro que el de ella y muy corto. Frente amplia, cejas rectas oscuras. La nariz era recta y la boca, bien delineada. Era un rostro fuerte con mucho carácter y cuando bajó los ojos hacia los zapatos, Sherry sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Él volvió la cabeza como si hubiera presentido que lo estaban observando y Sherry sintió que sus mejillas se encendían. Él notó su azoramiento porque sonrió divertido y ella bajó la mirada para ocultar la confusión que la embargó cuando él levantó la copa.

Durante toda la velada, él no se le acercó, pero Sherry sabía que la observaba intensamente porque sus miradas se encontraron varias veces. Sherry estaba sirviéndose la segunda copa de vino y cogiendo un bocadillo cuando Brenda se le acercó, entonces aprovechó la oportunidad para hacerle una pregunta.

—¿Quién es el hombre de chaqueta azul y pantalón gris?

—¿Te refieres al que está apoyado en la pared?

—El mismo —confirmó Sherry.

—Se llama Roll, pero no sé su apellido. Es un conocido de Jonathan —Brenda observó de manera especulativa a Sherry—. ¿Te lo presento?

—Te he hecho una pregunta por curiosidad —movió la cabeza.

—Por lo visto ha decidido presentarse solo —comentó Brenda antes de dejar a Sherry.

—¡Qué fiesta! —comentó una voz grave, bien modulada.

—Así es —asintió.

La música subió de volumen al igual que los movimientos de los bailarines. Alguien dio un paso atrás y tropezó con el hombre que hablaba con Sherry. Él logró esquivarlo. Sin embargo, el movimiento los acercó y ella vio unos increíbles ojos azules. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Nunca había visto a ese hombre, pero de manera extraña presentía que lo conocía. Sus ojos la capturaron y todo lo demás pareció desvanecerse en una bruma de olvido. Unos segundos después, ¿o fueron horas?, ella logró dejar de mirarle, pero el corazón le latía sin control.

Le quitaron la copa de las manos y el contacto de la mano masculina en el codo de la joven, le produjo descargas eléctricas desde los dedos hasta el hombro. Se sorprendió al ver que estaba en la terraza, ignoraba cómo había llegado allí.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él después de observarla con detenimiento.

Sherry no se había dado cuenta de que había estado a punto de perder el conocimiento, pero con el aire fresco se había recuperado.

—¿He estado a punto de desmayarme? —preguntó, apoyada contra la puerta de cristal al tiempo que trataba de recobrar la compostura.

—Te has puesto pálida —tenía los ojos entrecerrados—. ¿Has visto a un fantasma o te he asustado?

—Sí… no, no lo sé —tartamudeó y gimió antes de volverse—. Debería irme a casa.

—Soy Roll van Cleef y si sirve de recomendación debo añadir que Jonathan Hunt y yo nos conocemos desde que éramos universitarios. Las fiestas estruendosas no me divierten, pero no pude rechazar la invitación para esta especial celebración. Creo que tampoco tú te diviertes.

—Cierto —confesó quedo y deseó que Roll no estuviera tan cerca de ella.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él con voz grave, en medio del ruido que emergía de la sala.

—Sherry Jaeger.

—Sherry —repitió despacio como si saboreara el nombre y dicho por él pareció una caricia—. Me agrada, es cálido, sutil y embriagador. En el comentario había una corriente de intimidad peligrosa.

—Debo irme, señor van…

—Roll —la corrigió y le impidió moverse—. No quiero que te vayas tan pronto.

—Debo irme, pronto serán las doce de la noche —protestó.

—Dime, Cenicienta, ¿se convertirá tu carroza en calabaza si no abandonas la fiesta antes de que suenen las doce campanadas? —la burla se reflejó en sus ojos.

—¡No seas tonto!

—Sherry… —deslizó la mano por el hombro femenino y Sherry sintió que todos los nervios de su cuerpo se centraban en ese sitio donde los cálidos dedos tocaban su piel descubierta—. Conozco un bar tranquilo, está muy cerca de aquí.

Sherry enmudeció. Algo le indicaba que debía alejarse de ese

hombre que causaba efectos perturbadores en ella.

—Por favor, debo irme a casa y yo…

—Preparan un excelente café y está abierto toda la noche —movió los dedos con lentitud sobre el hombro terso de la joven. Sherry sintió que las piernas le temblaban—. Te invito a beber una taza de café antes de llevarte a tu casa.

Sherry estuvo tentada a rechazar la invitación, pero ya no pudo tolerar más el ruido.

—Iré contigo —respondió desesperada.

—Despídete y te veré en la puerta.

Sherry se alejó y se abrió paso entre la gente para coger su abrigo y su bolso. Cuando encontró a Brenda notó que parecía decepcionada.

—¿Te vas? —preguntó Brenda.

—Es tarde y he tenido un día muy pesado —se tranquilizó al ver que su amiga aceptaba su explicación.

—Le pediré a Jonathan que te lleve.

—No es necesario —aseguró nerviosa—. Me llevará Roll van Cleef.

—¡Ah! —los ojos de Brenda se agrandaron con curiosidad, pero Sherry se despidió antes de que su amiga la bombardeara con preguntas.

Roll van Cleef la esperaba junto a la puerta. Cuando la cogió de un brazo, ella pensó que había sido una equivocación aceptar la invitación. El contacto despertaba en ella sentimientos que no conocía y cada vez que lo miraba a los ojos volvía a presentir que lo reconocía. Pero era un extraño. Se lo repitió una y otra vez.

Sherry agradeció la fresca brisa marina que le llegó cuando salieron del edificio y el silencio en la playa Clifton fue casi espectral comparado con el ruido del apartamento de Brenda.

—No suelo abusar de las mujeres, no es uno de mis vicios.

—No pensé que fueras a hacer tal cosa, pero una chica siempre debe cuidarse —Sherry levantó la cabeza, pero de inmediato la volvió porque sintió calor en las mejillas.

—Tienes razón —rió y cambió de tema—. ¿También eres enfermera?

—Sí. Brenda y yo estudiamos juntas, aunque ella comenzó después; compartíamos un apartamento hasta que decidimos vivir

separadas.

—¿Compartir casa puso en peligro vuestra amistad?

—Al principio, no —nunca había hablado de las razones que la hicieron separarse de Brenda, pero con Roll van Cleef la verdad brotaba de sus labios como si no pudiera evitarlo—. Los problemas comenzaron cuando Brenda quiso que Jonathan viviera con nosotras. No lo acepté y decidimos que sería mejor que cada una tuviera su propio apartamento.

La explicación no obtuvo respuesta.

—¿Te opones a que un hombre y una mujer vivan juntos sin estar casados? —preguntó Roll pasado un rato y cuando ella levantó la cabeza vio que él sonreía divertido.

—No me opongo a que otros lo hagan, si eso desean, pero no quiero ser parte de esa costumbre y no me imagino viviendo así.

—Es anticuado pensar que el sexo sólo existe después del matrimonio.

—Lo sé —era la segunda vez, durante un lapso de horas, que la tildaban de anticuada—. Brenda me ha calificado de mojigata, pero no puedo ocultar mis sentimientos y no pienso descartar mis principios sólo para darle gusto a los demás.

—Vive de acuerdo con tus principios, Sherry —le acarició la mejilla—. Algún día un hombre con suerte te amará más por eso.

Inexplicablemente, las palabras desencadenaron en ella cierta tristeza y durante un horrible momento tuvo deseos de llorar. Pero tragó el nudo que se le formó en la garganta y él abrió la puerta para conducirla al interior del establecimiento.

Ya eran las doce, pero había una docena o más de parroquianos sentados con humeantes tazas de café. La iluminación era tenue y la música que se escuchaba, agradable, comparada con el estruendo del apartamento de Brenda. Roll eligió una mesa en un rincón y pidió el café.

—Háblame de ti —sugirió mientras esperaban y Sherry descubrió que le obedecía. Su padre había muerto cuando ella tenía ocho años, pero su madre volvió a casarse hacía tres años y vivía en Canadá con su nuevo esposo; su hermano era médico en Australia. Al comenzar a hablar ya no pudo detenerse y le relató más de lo que él deseaba saber.

—No sé por qué he hablado tanto de mí con alguien a quien

acabo de conocer —rió cohibida cuando les sirvieron los cafés.

—A menudo es más fácil hablar con un extraño de las cosas de poca importancia, pero se calla el motivo real de nuestra congoja.

Las palabras la hicieron recordar cosas que le dolieron. Había sido un día largo, que había comenzado con la muerte de un amigo y el trabajo ineludible, a pesar de su tristeza. Lloró todo el día, aunque en su rostro se quedó fijada una sonrisa para enfrentarse a los demás enfermos.

—No me digas que tienes poderes psíquicos —rió parpadeando para detener las lágrimas.

—Te he observado y he sabido que no era sólo el bullicio lo que no te hacía feliz —le cubrió una mano con la propia y Sherry sintió que el cuerpo se le llenaba de calidez—. ¿Deseas hablar del asunto?

—Uno de mis pacientes favoritos… a quien quería y respetaba… ha muerto esta mañana —comenzó a decir titubeante, pero su voz cobró ánimos conforme seguía hablando del señor Peterson, que había pasado muchos meses en el hospital, luchando con valentía contra una enfermedad que se extendía por todo su cuerpo—. Sé que no debo permitir que esto me afecte tanto, pero Eddie Peterson era… alguien especial —dijo terminando su triste relato.

Roll van Cleef nada dijo, se limitó a ceñir los dedos de Sherry con fuerza para darle a entender que comprendía y ella volvió a sentir la misma calidez en todo el cuerpo.

—Creo que es el momento de que hables de ti —sugirió ella, al deslizar la mano por debajo de la de Roll. Lo único que sabía era que él y Jonathan habían estudiado juntos en la universidad y con ese detalle le había calculado la edad; fuera de eso nada sabía de ese apuesto hombre—. ¿Qué haces cuando no invitas a una chica a tomar café y escuchas sus problemas?

Roll bajó la mirada.

—Me dedico a la ciencia.

—¡Qué interesante!

—Puede ser un trabajo rutinario y a menudo consideran que los científicos son aburridos.

—No lo creo.

—¿De verdad? —sonrió con los labios torcidos y las mejillas de Sherry se encendieron cuando sus miradas se encontraron. Por fortuna la risa de alguien rompió el hechizo.

Sherry bajó los ojos para beber el café. Hablaron mientras se bebieron el café, tocaron temas impersonales y el momento de irse se presentó muy pronto. La noche era bella y Sherry, sin saber por qué, no deseó que terminara. Se detuvieron un momento debajo del letrero iluminado del bar.

—¿Has venido de visita a Cape Town o vives aquí? —preguntó ella sin poder reprimir la curiosidad.

—Vivo aquí —respondió él mientras caminaban hacia el apartamento de la chica.

No fue muy explícito y Sherry se puso nerviosa.

—Lamento si te ha parecido que soy curiosa —se disculpó.

—La noche es cálida y hay luna llena —cambió de tema con un brillo burlón en los ojos—. ¿No crees que es la noche perfecta para dar un paseo por la playa?

—Sí —aceptó, a pesar de las advertencias que le hacía la conciencia.

La playa Clifton no estaba del todo desierta. Un pequeño grupo de personas se sumergía en el frío océano, pero Roll llevó a Sherry en dirección opuesta. Ella se quitó las sandalias para sentir la fresca y suave arena en los pies cubiertos por las medias. Nunca había paseado por una playa después de la puesta del sol y, desde luego, jamás a la una de la madrugada, pero le agradó sobremanera porque la tranquilidad y paz eran como un bálsamo después de un largo y pesado día.

Roll caminaba a su lado. La chica presintió que él la observaba y deseaba que ella lo mirara, pero no se atrevió a hacerlo. Estaba a punto de descubrir algo, pero parte de Sherry seguía recordándole que corría peligro.

—¿Vives lejos de aquí? —preguntó Roll.

—Tengo un apartamento en aquel edificio alto, al otro lado de la calle —señaló ella con la mano que sostenía sus sandalias.

—Sin duda pasas casi todo tu tiempo libre en la playa.

—Te equivocas —presentía que la conversación mundana era una cubierta para algo más intenso, por lo que su corazón comenzó a palpitar—. Aunque no esté de guardia en el hospital tengo mucho trabajo, pero durante el verano suelo nadar algunas veces.

¿Esa voz ronca y agitada era la de ella? Una vocecita interior le aconsejó: ¡Corre antes de que sea demasiado tarde! Deseó obedecer,

pero las manos de Roll estaban sobre sus hombros. La hizo volverse para que lo mirara de frente y ella volvió a sentir calidez. Algo sucedía entre ellos, algo de lo cual no podía huir y, de pronto, comprendió que no deseaba escapar.

—Sherry… —las manos de Roll le acariciaron los hombros, y mil sensaciones cobraron vida con el contacto—. Esta noche hay magia en el aire. No sé qué puede ser, pero la siento como si pudiera tocarla.

Hubiera sido muy fácil negarlo, pero la conciencia le impidió mentir.

—También yo la siento.

Él le escudriñó el rostro antes de detenerse en los temblorosos labios.

—Eres bellísima, Sherry —la acarició con la voz y sus dedos le despejaron un mechón que la brisa colocó sobre sus labios.

Ella logró ver el cielo estrellado antes de que él bajara la cabeza para rozarle y cerrarle los párpados con los labios. Por fin, los labios cálidos y firmes se posaron en los de la chica y el último vestigio de su vida ordenada se desmoronó. Los besos de Roll eran ligeros, buscaban, aunque no eran exigentes, pero ella se dio cuenta de que él contenía la creciente sensualidad. Sherry lo admiró por mantener el control porque ella estaba perdiéndolo. Se percató de extrañas emociones que clamaban ser liberadas cuando las manos de Roll se deslizaron por su espalda para acercarla a su cuerpo.

Pero un soplo de cordura empezó a invadir ese cintilante mundo al cual había caído. Nunca, durante sus veintitrés años, había permitido que su mente se ofuscara de esa manera. Los hombres con quienes había salido se decepcionaron cuando ella no los recompensó después de una invitación; sin embargo, en ese momento besaba a Roll van Cleef a quien casi no conocía y lo peor de todo era que le gustaba.

El corazón le latía con tanta fuerza que casi le impedía respirar y cuando alejó los labios de los de él, tuvo que apoyarse en los fuertes brazos masculinos.

—Roll… acabamos de conocernos.

La protesta no fue convincente porque todo su cuerpo exigía que él volviera a besarla… una y otra vez.

—El tiempo no tiene importancia —insistió él sin cesar de

observarla y cuando la soltó, ella dejó caer el vaporoso mantón que fue a unirse con las sandalias y el bolso que había soltado minutos antes—. El mundo podía acabarse mañana y quizá nos arrepentiríamos de no haber saboreado tan preciados momentos —argüyó.

—¡Que fatalistas son tus palabras! —rió nerviosa.

—La vida es así; hoy estamos aquí y mañana quién sabe dónde. Además, hay tanta tristeza en el mundo que cuando se nos presenta un poco de felicidad deberíamos aferramos a ella con las dos manos, aunque sólo sea durante unos breves momentos.

—Eddie Peterson me dijo algo parecido.

—Apuesto a que te reíste de él —murmuró Roll muy serio.

—Así fue —confesó con voz ronca—. Pero ahora no me río.

Era un momento especial, un momento que no permitiría que se le escapara. Era el presente y el futuro se arreglaría solo… le extrañó pensar así antes de rendirse al abrazo de Roll. Entreabrió los labios bajo la presión de la boca de él y Roll ya no ocultó el deseo porque acercó su cadera a la de ella. Sherry se aferró a los fornidos hombros y sintió emociones intensamente primitivas. Sus piernas flaquearon y él la siguió hacia la arena.

Nada existía fuera de ese momento y a Sherry le pareció que el rugido del mar cobraba fuerza cuando Roll la besó en el cuello.

Roll le acarició la curva de un seno, la soltó y la levantó al mismo tiempo que él se incorporaba.

—Tengo miedo —murmuró ella temblando y tuvo que aferrarse a él para equilibrarse—. Me asusta sentir esto con alguien que casi no conozco.

—No temas, Sherry —murmuró al moldearle el arrebolado rostro—. No hay nada que deba causarte temor.

Le rozó los labios con una dulce y dolorosa caricia, recogió el bolso y las sandalias y sacudió la arena del mantón. Se lo colocó sobre los hombros y le rodeó la cintura para seguir caminando por la playa que había quedado desierta.

Sherry estaba mareada. No era posible que eso estuviera sucediéndole, seguro que estaba soñando. Pero el fuerte cuerpo masculino era real y sus labios seguían incitados por el recuerdo de los besos. Jamás hubiera creído que algo así podría sucederle. Se había enamorado locamente y el hombre que amaba no era un

extraño. Cuando lo vio por primera vez creyó reconocerlo y comprendió que en su subconsciente siempre había estado esperándolo. Roll no tenía que decir nada, ella sabía que a él le pasaba lo mismo. En silencio entraron en el edificio de ladrillos rojos y subieron por la escalera hasta el apartamento.

—Ha sido una noche memorable y jamás la olvidaré —murmuró Roll.

—Tampoco yo la olvidaré.

Él bajó la cabeza y colocó los labios sobre los de ella con lo que de nuevo activó los temblores internos de la joven.

—*Vaarwel, liewe meisie* —murmuró después de quitarle la llave de los temblorosos dedos para abrir la puerta.

—¿Por qué te despides como si ya no nos fuéramos a volver a ver? —exigió azorada al ver que él se disponía a partir. Roll se volvió y la miró con los ojos brillantes, pero sombreados.

—Será mejor para los dos que no volvamos a vernos —respondió Roll de manera extraña—. Créeme, Sherry.

La chica sintió que la tierra desaparecía debajo de sus pies y que caía dentro de un pozo de confusión. Roll van Cleef se alejaba de ella. Deseó llamarlo, insistir en que le explicara, pero quedó muda y sus piernas se negaron a obedecer la orden que el cerebro les daba.

Su sueño se había convertido en pesadilla. ¿Cómo se atrevía él a presentarse en su vida, a robarle el corazón y alejarse?

Capítulo 2

El olor a desinfectante, que prevalecía en el ambiente del pasillo del hospital, hizo reaccionar a Sherry que retornó a la realidad, después de haber pasado toda la noche en vela.

—¡Me siento muy mal! —gimió Brenda cuando se dirigían a sus respectivos pabellones—. Me acosté a las cuatro de la madrugada y he tenido que levantarme a las seis.

—Tendrás que cuidarte un poco —le advirtió Sherry preocupada —. Las fiestas y el embarazo no son buenos compañeros.

—Quizá tengas razón —aceptó Brenda de manera solemne cuando llegaron al pabellón de hombres, donde Sherry tenía guardia—. Tampoco tú tienes buen aspecto —comentó después de observar a su amiga.

—Tengo un leve dolor de cabeza —respondió Sherry, sin mencionar la causa de su insomnio.

—¡Acabo de recordar! —exclamó Brenda—. ¿Qué sucedió anoche entre Roll y tú?

—Nada —respondió fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

—¡Por Dios, Sherry! —Brenda rió incrédula—. Os mirasteis y os fuisteis juntos.

A Sherry le hubiera gustado decir que había sido una tonta romántica, pero el nudo en la garganta le impidió hablar. Por suerte vio que una mujer alta y erguida se acercaba y se tranquilizó por la venturosa aparición de la mujer de rostro severo, la directora de enfermeras.

—La jefa Naudé viene hacia nosotras —murmuró.

—¡Maldición! —exclamó Brenda al mirar por encima del hombro.

La mujer las alcanzó antes de que Brenda pudiera escapar y observó a las chicas de pies a cabeza, antes de mirar con desaprobación a Brenda.

—¿No has dormido bien, enfermera Lewis?

—Anoche celebramos una fiesta —confesó Brenda con mirada desafiante y un dejo de sarcasmo en la voz—. Me he casado y me he quedado embarazada el mismo día.

Por primera vez la jefa Naudé quedó muda y Brenda aprovechó la oportunidad para alejarse con la cabeza erguida.

—¿Es cierto? —preguntó la mujer al recobrar la serenidad.

—Sí… pero no en ese orden —Sherry sintió la necesidad de explicar la provocadora declaración de Brenda, a la vez que se hacía a un lado para que la superiora la precediera a la central de enfermeras—. Primero se quedó embarazada y el matrimonio fue la continuación.

—Me alegro de que el hombre se haya casado con ella —comentó la jefa, pero seguía mostrando desaprobación en los ojos antes de cambiar de tema—. Hoy va a ser internado un nuevo paciente. Por favor, da las órdenes para que el personal prepare la cama que ocupaba el señor Peterson.

—Sí, enfermera Naudé —respondió con respeto.

—Acepta mi consejo, enfermera Jaeger, nunca te encariñes con tus pacientes —comentó con percepción y su mirada se suavizó—. Quizá te parezca brusco, y me atrevo a decir que piensas que soy insensible, pero tuve mi buena dosis de agonía durante los primeros años de trabajo. Eres buena enfermera y tienes el potencial de lograr grandes cosas, pero tendrás que aprender a erigir una barrera entre tus pacientes y tú, como yo tuve que hacerlo.

—Gracias, enfermera —Sherry sonrió, pero la máscara volvió a cubrir el rostro de la otra mujer.

—Más vale que te des prisa, enfermera Jaeger, de lo contrario te retrasarás.

—Sí, jefa —respondió Sherry y la mujer mayor salió de la habitación dejándola con el corazón enternecido.

Sherry se sintió extrañamente enriquecida y vivificada cuando hizo las acostumbradas visitas al pabellón de hombres y casi olvidó las agonizantes horas que había pasado a raíz de la muerte del señor Peterson.

—Señor Agnew, está muy serio —comentó a uno de los enfermos, mientras las enfermeras estiraban las sábanas de la cama.

—El pabellón ya no es el mismo sin Eddie Peterson —se quejó el anciano.

—Por supuesto que es el mismo —protestó Sherry—. Se nos ha ido un rostro conocido, pero yo, la enfermera van Rensburg y la enfermera Walters seguimos aquí.

—Supongo que tiene razón, pero echó de menos al viejo Eddie —comentó pensativo.

—Todos lo echamos de menos, señor Agnew, pero imagino que estará contento donde esté y seguro que no quiere que estemos tristes.

—Cierto —asintió despacio, luego se animó—. Creo que leeré el periódico.

Sherry se lo entregó, después, Sherry y las otras enfermeras continuaron haciendo el recorrido por el pabellón.

La mañana transcurrió con rapidez, los médicos iban y se marchaban y Sherry casi no tuvo tiempo para sentarse a beber una taza de té en la central de enfermeras. El paciente de nuevo ingreso llegó; era un hombre delgado, de tez amarillenta e ignoró los intentos del señor Agnew para iniciar una conversación. Por fin, a la hora de la comida, Sherry tuvo oportunidad de escapar unos minutos.

Brenda había cogido una mesa para las dos en el comedor del hospital y Sherry se sentó a su lado con un sándwich vegetal en una mano y una taza de té en la otra. Hablaron de banalidades unos minutos antes de que Brenda la hiciera la pregunta que Sherry temía.

—¿Qué pasó anoche, Sherry?

Sherry miró el sándwich y perdió el apetito. No había forma de contestar fácilmente a la pregunta de su amiga. ¿Cómo explicar lo ocurrido la noche anterior? Tuvo un sueño increíble en el que conocía al hombre que el destino le deparaba. Quizá siempre había sabido que lo reconocería al verlo, pero tenía la esperanza de que a él le ocurriría lo mismo. Durante unos momentos creyó que Roll sentía lo mismo que ella, pero el sueño se esfumó. Movió la cabeza para alejar la imagen de Roll van Cleef.

—No sé qué pasó —respondió confusa.

—¿Qué quieres decir con que no sabes? —exigió Brenda.

—Pensé… imaginé… no, ¡estaba segura! Nunca me había sucedido algo parecido y estaba tan convencida de que Roll sentía lo mismo que yo, que me quedé pasmada cuando se despidió diciendo que sería mejor que no volviéramos a vernos.

—¿Te sedujo? —preguntó Brenda.

—¡Por supuesto que no! —miró a su amiga con enfado por

imaginar que ella sería capaz de permitir esas intimidades sin estar casada.

—El hombre debe de estar desquiciado —decidió Brenda.

—O está casado —pronunció la frase que la había estado atosigando durante toda la noche.

—¿Mencionó a una esposa? —preguntó Brenda.

—No, pero eso explicaría su alejamiento —Sherry movió la cabeza—. Casi enloquecí al tratar de encontrar una buena razón para su comportamiento y lo único que se me ha ocurrido es que yo debí imaginar algo que no existe, dada mi excitación.

—Dudo que haya sido así —las facciones de Brenda mostraron escepticismo.

—Anoche hubiera jurado… es decir… lo que me dijo me hizo pensar que él sentía lo mismo que yo, pero… —calló durante un momento para por fin decir—: No sé qué pensar ni qué creer.

Las dos chicas se miraron un tanto desvalidas. Siempre habían sido sinceras la una con la otra respecto a los problemas personales y a menudo encontraban alguna solución, pero no hallaron explicación para lo ocurrido la noche anterior.

—¿Qué sientes por Roll a la luz del día y después del pesado trabajo en el hospital? —Brenda rompió el silencio.

—Me parece que fue parte de un extraño y bello sueño que terminó en pesadilla —contestó con cinismo, después de meditar—. Anoche estaba agotada, estaba vulnerable y quizá un poco desequilibrada emocionalmente.

—¡Qué extraño! —murmuró Brenda con el ceño fruncido—. Cuando le mencioné a Jonathan que Roll te había llevado a casa me pareció que pensaba que correrías peligro de tener que concederle algo más que un beso.

—Roll no intentó sacudirme y no tiene objeto seguir hablando de lo mismo porque no encontraremos la solución o la explicación —Sherry suspiró—. Quizá sea mejor que olvide el asunto.

—El problema es que no lo olvidarás con facilidad.

—Debo regresar al trabajo —contestó Sherry poniendo fin a la conversación.

—Yo también —anunció Brenda haciendo una mueca y siguiendo a Sherry—. Te veré más tarde.

Durante los siguientes días no mencionaron a Roll van Cleef y

Sherry comenzó a pensar que se estaba reponiendo de la experiencia, pero una noche, al llegar a casa, encontró una nota que habían deslizado por debajo de la puerta. No conocía la letra, pero el pulso se le acelero al leer el mensaje.

Si tienes la noche libre, ven al bar-cafetería a las siete y media. Roll.

Roll se había despedido para siempre. Después de pasar una o dos precipitadas horas juntos, esa forma de despedirse la había confundido y cuando se atrevía a recordarlas no hallaba la explicación a ese extraño comportamiento. ¿Por qué la citaba después de transcurridos cuatro días?

De pronto tuvo una idea y no se tranquilizaría hasta que se la confirmaran o se la negaran. Se dirigió al otro lado de la habitación y levantó el auricular al mismo tiempo que marcó un número telefónico. Escuchó la llamada y poco después, la voz de Brenda.

—¿Es posible que Jonathan o tú hayáis hablado con Roll, después de la fiesta en tu casa? —preguntó.

—No —aseguró Brenda y la sorpresa en la voz confirmó su negativa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Simple curiosidad —respondió de manera evasiva, y avergonzada por haber pensado que Brenda podía haber intercedido por ella—. Al llegar a casa, he encontrado una nota de Roll diciéndome que desea verme a las siete y media en el bar de esta calle.

—¿Vas a ir?

La pregunta de Brenda hizo que Sherry pensara un momento. ¿Debería ir o no? ¿Se podía arriesgar a que la lastimara y la confundiera de nuevo? ¿Cómo se sentiría si ignoraba la petición?

—El sentido común me dice que no —respondió.

—¿Tu sentido común también te ha advertido de que te arrepentirás si no acudes a la cita?

—Brenda, ¿crees que no lo sé?

Sherry nunca tomaba decisiones sin antes meditarlas bien. Siempre que se le presentaba una crisis personal y necesitaba tomar una decisión, la pensaba con suficiente tiempo. Pero cuando había tomado la decisión ya no se arrepentía ni lloraba si se había equivocado.

—¿Qué piensas hacer? —insistió Brenda con impaciencia y Sherry, por primera vez en la vida, decidió sin pensar.

—¡Iré! —exclamó temerosa y sin alegría.

—Buena suerte —Brenda rió.

Cuando vio brillar el letrero iluminado del bar pensó que si quería cambiar de opinión debía hacerlo en ese momento. Titubeó, pero luego se irguió y reanudó la marcha.

El bar estaba atestado y se percibía el agradable aroma a café tostado. Su nerviosa mirada recorrió el local y por fin, se detuvo en el hombre que se había puesto de pie, al fondo. Se dirigió hacia él con pasos lentos y sin fijarse en la gente que ocupaba las mesas. Para ella sólo existía una persona y su presencia la atraía.

Roll vestía de negro y ella advirtió que emanaba peligro. La luz tenue cambiaba las facciones del hombre que parecían una despiadada máscara. Roll la ayudó a sentarse, antes de volverse para pedir dos cafés al camarero.

—Gracias por venir, Sherry —murmuró al sentarse.

Ella lo miró fijamente y, desesperada, trató de controlar los sentimientos que la envolvían. Deseó mostrarse tranquila e indiferente, enfadarse, pero la añoranza que sentía sólo podría calmarse con besos y abrazos.

—¿No me dijiste que sería mejor que no volviéramos a vernos? —dijo por fin.

—Sé lo que dije y sigo pensando igual. Pero tenía que verte.

Se miraron a los ojos y Sherry experimentó la extraña sensación de que los dos flotaban hacia un mundo donde nadie más que ellos existía, pero el momento se desvaneció cuando el camarero colocó las dos tazas frente a ellos.

—¿Estás casado, Roll? —hizo la pregunta que la había inquietado desde la noche que se conocieron—. ¿Por eso no deseas que sigamos viéndonos?

—Ojalá fuera así de sencillo —rió y la joven se puso nerviosa, pero la expresión de él se suavizó—. No estoy casado y no lo estaré durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿por qué dijiste que no deberíamos vernos más? —preguntó.

—Pronto me iré, Sherry —declaró y extendió una mano para tocar la de ella. Los dedos de Sherry se enroscaron en los de él—. Dentro de dos semanas conduciré a un grupo de científicos y biólogos marinos a una expedición en el Antártico y no es justo que

mantengamos una relación que no promete un futuro inmediato.

—¿Cuánto tiempo estarás ausente? —preguntó.

—No puedo decírtelo ahora —respondió sombrío—. Podría ser un año o quizá más.

Volvieron a mirarse. Roll retiró la mano y dio un sorbo al aromático café.

—No comprendo —murmuró Sherry al servirse distraída un poco de leche y azúcar—. Si estás convencido de que entre nosotros no puede haber una relación, ¿por qué has quedado hoy conmigo?

—Deseaba aclararte que no estoy en un momento de iniciar una relación contigo que signifique un compromiso —declaró a secas y mirándola a los ojos—. Si estás dispuesta a aceptarlo, podríamos continuar a partir de eso.

Sherry no hizo ningún comentario. Bebió el café en silencio y trató de ordenar los hechos, pero nada tenía sentido. Si Roll no deseaba una relación que lo comprometiera, ¿qué propósito tenía ese encuentro?

—¿Qué deseas de mí, Roll? —preguntó por fin.

—Deseo pasar contigo el tiempo que me queda en Cape Town. Deseo verte siempre que tengas tiempo libre, pero cuando me embarque todo habrá terminado, no nos haremos ninguna promesa.

La lógica le advirtió a Sherry que Roll era egoísta, pero algo le decía que él se había visto obligado a actuar así por lo que tomó una decisión.

—Prefiero pasar esas dos semanas contigo a no verte —respondió con franqueza y sin que le importara revelar sus sentimientos.

—Dejas que hable tu corazón y no tu mente. —le advirtió burlón al intuir el torbellino que había dentro de ella, pero Sherry comprendió que él sabía que su propuesta era injusta y eso hizo que ella le diera un punto a su favor.

—Mi mente me aconseja que salga de aquí y me aleje de tu vida —rió con nerviosismo, pero dejó de reír cuando las lágrimas amenazaron con ahogarla.

—No te culparé si decides hacer lo segundo —aseguró Roll al tiempo que volvía a buscar la mano femenina. El instinto hizo que los dedos femeninos se aferraran a los masculinos como si temiera que Roll se alejara.

—A veces, el corazón es más sabio que la mente —comentó Sherry más para sí que para él—. ¿Cómo es posible que no se esté seguro?

—El corazón es el instrumento más voluble del cuerpo humano —le advirtió—. Si piensas con el corazón expones tu vida, por eso te sugiero que lo medites bien.

Sherry no pudo reprimir un estremecimiento de temor. Si Roll trataba de erigir una barrera entre los dos, ella no se lo permitiría. De pronto, no pudo soportar permanecer distanciada de él.

—¿Debemos permanecer en este sitio? —preguntó ella y los ojos de Roll rieron con burla.

—Podemos dar un paseo por la playa.

—O ir a mi apartamento —sugirió, pero al recordar lo ocurrido la noche que pasearon en la playa, se ruborizó.

—Se me ocurre algo mejor —respondió Roll al soltarle la mano y ponerse de pie—. Demos un paseo en coche.

Sherry también se levantó y durante un momento se miraron de frente. Roll estaba tan cerca que ella percibió el olor de su colonia. Durante una fracción de segundo, sus miradas se encontraron y eso bastó para que Sherry se estremeciera.

Salieron y se dirigieron hacia el coche. Roll abrió la puerta y la ayudó a acomodarse en el asiento delantero, antes de dirigirse al otro lado del vehículo para sentarse frente al volante. Sherry se puso el cinturón de seguridad y se preguntó si había tomado la decisión correcta, pero olvidó el asunto cuando el motor se puso en marcha y el coche avanzó.

Roll conducía con rapidez, pero no rebasó el límite de velocidad y a Sherry se le ocurrieron mil preguntas que no podría hacer. Se dirigía a Sea Point, por Bantry Bay, y sólo rompió el silencio una vez para decirle que la llevaría a su lugar favorito en Cape Town. Ella no le formuló preguntas, pero cuando pasaron por el centro de la ciudad sospechó que iban a Signal Hill.

Tenía razón. El vehículo pasó por Kloof Nek Road y dio la vuelta para coger la carretera que desembocaba en esa colina. Nadie más admiraba la espectacular vista de las luces de la ciudad y el silencio se apoderó del lugar cuando Roll detuvo el coche y apagó el motor.

—Nunca me cansaré de admirar este panorama por la noche. ¿Has estado aquí antes?

—Dos veces —confesó y sonrió al recordarlas.

—¿Viniste con alguien especial? —preguntó burlón y ella sonrió abiertamente.

—Cuando vine la primera vez era una niña y nos acompañaban unos parientes que viven en la parte norte del cabo; la segunda, fue hace tres años —se puso seria al recordar la última visita que hizo con un hombre—. Un amigo australiano de mi hermano vino a Cape Town. Mi hermano me había escrito para pedirme que lo acompañara durante su estancia y yo acepté a regañadientes. Él deseaba venir a esta colina, pero no tardé en descubrir que estaba más interesado en juegos sensuales que en las luces de la ciudad.

—Imagino que no aceptaste sus proposiciones —comentó mirándola detenidamente.

—¡Imaginas bien! Le mordí el labio y le di un golpe tan fuerte en las orejas que debieron dolerle varias horas —confesó—. No volví a verlo y mi hermano no lo ha mencionado en sus cartas —Sherry miró a Roll y comprendió que contenía la risa—. Te aseguro que no fue nada gracioso —añadió indignada.

—Más vale que me porte bien porque no me gustaría que me hicieras lo mismo —explicó y se dominó a base de mucho esfuerzo.

—Tú eres diferente —declaró sin pensar y sus mejillas se encendieron cuando él se inclinó hacia ella.

—¿Qué te hace pensar eso? —exigió ocultando su expresión en la oscuridad al mismo tiempo que deslizaba los dedos por el rostro de la joven—. Tengo los instintos naturales de todo hombre y no me conoces más que al amigo de tu hermano.

Era cierto. ¿Qué sabía de Roll van Cleef además de que era amigo de Jonathan Hunt?

—El instinto me dice que no elegirías el incómodo interior de un coche para seducir a una mujer —murmuró con el cuerpo encendido. ¿Qué la había hecho decir tal cosa?

Creyó que Roll se burlaría de ella, pero él se volvió y fijó la vista en el iluminado panorama.

—Sherry, no tenía derecho a pensar que podíamos vernos después de la primera noche y cuando lo medito me siento como un patán por haberte pedido que nos viéramos hoy —las palabras atemorizaron a la joven.

—¿Te alejarás de nuevo de mi vida, sin tener en cuenta lo que

yo piense? —inquirió nerviosa.

—Eso debería hacer.

—¡No lo permitiré! —exclamó.

—Sherry…

—Si deseas una relación sin compromiso, eso tendrás —lo interrumpió sin pensar. No se le ocurrió preguntar qué tipo de relación deseaba él, pero en ese momento estaba dispuesta a concederle lo que quisiera con tal de pasar más tiempo a su lado.

—No has meditado bien el asunto —la acusó exasperado.

Roll le estaba dando la oportunidad de cambiar de opinión, pero el corazón no permitió que la mente la aconsejara.

—En el bar te he dicho que prefiero las dos semanas contigo a no verte, y lo he dicho en serio.

—*Liewe meisie* —murmuró enternecido, ciñéndole la mano, pero la soltó para desabrocharle el cinturón de seguridad—. Espero que nunca te arrepientas de tu decisión.

—No me arrepentiré.

De pronto, él la abrazó… Eso era lo único que Sherry había deseado desde que lo había visto en el bar. La estrechó con fuerza y ella se aferró a él al apoyar la cara en el hombro masculino para aspirar el limpio aroma que la embriagaba. Él le rozó la mejilla al buscar sus labios y la sensualidad de los besos la hizo reaccionar de manera alocada. «Mantente tranquila», se dijo, pero el cuerpo se inclinaba hacia el de él. Las manos de Sherry se deslizaron por debajo de la chaqueta para sentir la musculosa calidez de Roll. De pronto, él la besó con pasión y le entreabrió los labios para explorarle la boca con la lengua.

Sherry trató de pensar con claridad, pero su cerebro estaba aletargado. Él la acarició lentamente y las caricias encendieron fuegos sensuales y exquisitas sensaciones por todo su cuerpo. Roll le desabrochó la blusa y a la joven la invadió una gran sensación de placer cuando le acarició los senos.

Esa intimidad era nueva para ella, nunca la había permitido, pero con Roll le parecía correcto, de modo que no trató de detenerlo. Deseaba que le acariciara todo el cuerpo. Los labios masculinos abandonaron los de ella para besarle el pezón y ella gimió. De alguna manera logró meter las manos debajo de la camisa de él para acariciarle el pecho y los musculosos hombros. Se sumió

en el torbellino de sus emociones cuando sintió que Roll se estremeció al apoyar el rostro en el nacimiento de los senos. De pronto, él la soltó y giró la llave del motor.

Anonadada, Sherry permaneció sentada, mientras Roll emprendía la marcha. Los dedos le temblaban de tal manera que le resultó difícil abrocharse la blusa. ¿Qué había pasado?

Estuvo nerviosa durante todo el trayecto hasta Clifton, pero no habló hasta que él le abrió la puerta del apartamento.

—Roll, ¿he hecho algo indebido?

—*Liewe Meisie* —rió y la amonestó al colocarle un dedo en la mejilla—. No es posible que seas tan inocente.

—Si te refieres a mi inexperiencia en asuntos del sexo… —lo miró con enfado.

—He dicho inocente porque no sabes lo fácil que es incitar a un hombre —le interrumpió para corregirla—. Eres muy bella y te advertí que soy un hombre normal. Te deseo y sé que también tú me deseas, pero no te obligaré a una relación que tu moralidad rechaza.

Le dio un fuerte beso en la boca y se alejó dejándola pensativa y atontada, antes de entrar en el apartamento y cerrar la puerta. Roll le había dicho que no la obligaría a algo que ella rechazaba. Debía de estar tranquila pero se sentía lastimada y molesta.

Capítulo 3

Brenda tenía curiosidad por conocer los detalles del encuentro de Sherry con Roll, pero su amiga no deseó hablar del asunto porque consideraba que sus pensamientos eran personales, sus temores demasiado reales y sus incertidumbres y confusión algo que sólo ella podía resolver.

Al día siguiente Roll la llamó al trabajo y su voz causó el mismo efecto mágico que su presencia.

—Tengo dos entradas para el teatro esta noche, ¿te apetece ir?

—Me encantaría —aceptó sin titubear y escuchó la risa burlona de él.

—No me has preguntado qué obra representan.

—No tiene importancia —respondió con inexplicable certidumbre—. Sé que tienes buen gusto en el arte.

—¿Cómo sabes tanto de mí sin que te lo haya dicho? —preguntó.

—Lo adivino —trató de ignorar lo que ella no podía explicar.

—Iré por ti a las siete y media —de pronto terminó la conversación y Sherry se quedó con el ceño fruncido mirando el auricular, antes de colocarlo en su sitio.

—¿Sucede algo, enfermera Jaeger?

Sorprendida, Sherry levantó la cabeza y vio que la jefa Naudé la observaba.

—Me preguntaba…

—¿Qué? —inquirió la mujer con impaciencia e indicándole a Sherry que se sentara al mismo tiempo que ella tomaba asiento frente a ella.

—¿Es posible nada más conocer a alguien, sentir que es un viejo conocido? —preguntó muy seria.

—Creo que ha sucedido.

—¿Hasta el punto de que una sea consciente de ciertas características de esa persona sin que se las haya mencionado?

—También es posible —la mirada de la jefa Naudé se agudizó—. ¿Has conocido a alguien que te hace sentir de esa manera?

—Sí.

—¿Un hombre? —preguntó la mujer con extraordinaria

percepción.

—Sí —confesó Sherry con la acostumbrada franqueza y se ruborizó.

—Si me permites aconsejarte, te sugiero que no dejes que eso te influya —le advirtió con seriedad y dando a entender preocupación —. No me agradaría verte lastimada.

La mujer cambió el tema y pasó a tratar asuntos más urgentes. Sherry se sintió perturbada durante todo el día porque la jefa había expuesto sus propios temores. Sabía que terminaría herida, pero no podía detenerse en el camino que finalmente la conduciría a la infelicidad.

Esa noche se sentía tensa e insegura, pero cuando Roll le cogió la mano en el oscuro teatro, ya había aceptado que había tomado la decisión correcta.

—Has estado muy callada durante la primera parte de la velada —comentó Roll cuando ella terminó de preparar café en su apartamento, al regresar del teatro—. ¿Te arrepientes de tu decisión de seguir saliendo conmigo?

Sherry guardó silencio un momento. Presentía que detrás de la actitud burlona se ocultaba la derrota y algo de temor, pero más que nada parecía que también él presentía que se dirigían hacia algo inevitable. Sherry fue a sentarse a su lado en el sofá.

—No puedo negar que he tenido bastantes dudas —confesó—. Sin embargo, quiero que sepas que en este momento no me arrepiento. Tienes que cumplir con tu compromiso de dirigir esa expedición.

Roll la miró un rato antes de abrazarla y besarla; la acarició con tanta desesperación que Sherry contuvo las ganas de llorar.

—¿Sabes que Roll es profesor de ciencias y que se irá con una expedición dentro de dos semanas? —le preguntó Brenda al día siguiente mientras comían en la cafetería del hospital—. ¿Te ha dicho que estará ausente un año o más?

—Sí, me lo ha dicho.

—Acepta un consejo, Sherry, mantente alejada de él —Brenda sirvió el té—. Ese hombre no se comprometerá en vísperas de su partida y un año, más quién sabe cuántos meses, es mucho tiempo

para que esperes algo que quizá nunca ocurra.

Era cierto. Sherry no podía negarlo, además Roll no le había ocultado el hecho de que no podía comprometerse, pero le molestó que Brenda subrayara sus propios temores.

—Gracias por el consejo —respondió a secas—. Pero creo que tengo la edad suficiente para decidir lo que debo hacer.

—Sherry, lo lamento —Brenda se disculpó y sus ojos mostraron preocupación—. Temo que terminarás lastimada.

—Sé cuidarme —aseguró Sherry. Consultó el reloj y terminó de beberse el té—. Vamos, es hora de regresar al trabajo —sonrió a Brenda.

Sherry no flaqueó en su decisión, pero durante los días siguientes tuvo que enfrentarse con las frustraciones que acompañaban la poco satisfactoria relación. Amaba a Roll. Le encantaba la forma en que los labios de él se curvaban al sonreír burlonamente y le encantaba la manera en que él le daba sorpresas, pero más que nada lo amaba por su amabilidad y dominio cuando la pasión los impulsaba a abrazarse. El contacto encendía un fuego en ella y los besos despertaban en Sherry una dolorosa necesidad que la había hecho comprender lo tonta que había sido al condenar a Brenda. Ya sabía lo que significaba amar con desesperación a alguien, porque lo único que se deseaba era pertenecerle y era muy difícil aferrarse a los principios cuando el cuerpo exigía satisfacción. Deseaba a Roll y podía realizar su deseo. Sería muy fácil, pero parte de ella seguía rechazando ese pensamiento.

Compartían cada momento libre que ella tenía y una tarde, Roll la llevó a Table Mountain y le contó que la había escalado cuando era estudiante. Roll se burló de ella cuando Sherry insistió en comprar la foto que les habían hecho al subir en el funicular.

Las dos semanas volaron y terminaron con un crucial encuentro que cambió de forma radical el futuro de Sherry. Roll había planeado pasear en coche alrededor de la península, la tarde del domingo, pero no llegó a la hora fijada. Al principio, Sherry se molestó, pensó que él había cambiado de opinión, pero conforme transcurría la tarde, se convenció de que algo malo ocurría. Sabía dónde vivía porque en dos ocasiones habían pasado delante de su casa.

Se subió al coche y condujo a gran velocidad, pero cuando llegó

al cruce que la conduciría a casa de Roll, frenó y se puso a pensar en la situación. ¿Qué pasaría si él no deseaba verla o si se había ido sin despedirse?

Pisó el acelerador y ascendió por el camino que llevaba a la casa. Sherry casi no se fijó en la casa, salió del vehículo y subió unos cuantos escalones. Levantó el aldabón y llamó dos veces a una gran puerta de roble. Con el corazón desbocado esperó hasta que una mujer negra con un vestido azul y un delantal blanco le abrió.

—¿Está en casa el profesor van Cleef? —preguntó.

—El profesor está enfermo y no desea ver a nadie —respondió la mujer y Sherry quedó momentáneamente anonadada. Su presentimiento había sido correcto.

—Soy enfermera y quizá pueda ayudarlo. ¿En dónde está su habitación?

—Al llegar al primer piso gire a la izquierda, la habitación del profesor es la última del pasillo —respondió la mujer a regañadientes porque no supo qué hacer.

Sherry cruzó el alfombrado vestíbulo y subió por la escalera. El corazón le latía sin control cuando giró a la izquierda, pero su profesionalismo se impuso cuando entró en la habitación de Roll y lo vio acostado con la ropa puesta, en la desordenada cama. Tenía los ojos cerrados, pero debió presentir su presencia porque sus oscuras y tupidas pestañas se alzaron para revelar enfado y dolor en los ojos.

—¿Qué diablos haces aquí? —gruñó.

—Como no te presentaste a la cita imaginé que algo pasaba —explicó y se sentó en un lado de la cama—. Estás enfermo y quizá pueda ayudarte.

—Es jaqueca —replicó—. No las padezco con frecuencia y no debes preocuparte.

—¿Has tomado algún medicamento?

—Sí —gruñó irritado antes de darle la espalda—. Deja de inquietarte por esta tontería, Sherry.

Roll necesitaba ayuda y, a pesar de las protestas, ella se la daría. En silencio, salió de la habitación para buscar la cocina. La mujer que le había abierto la puerta cooperó con ella. Vació una bandeja de cubos de hielo dentro de una palangana de agua fría y le dio una toallita.

Armada con ese primitivo remedio, Sherry subió de nuevo. Cuando entró, Roll le dijo con ironía:

—¿Nunca haces caso a lo que te dicen?

—Al contrario, casi siempre, pero hoy es la excepción —sonrió.

—¡Maldita excepción! —exclamó él, pero ella no le prestó atención.

Se sentó en la cama, remojó la toalla en el agua helada, la exprimió y se la colocó sobre la frente. Él cerró los ojos de nuevo, era evidente que el remedio le había agradado y ella repitió el procedimiento varias veces durante la siguiente media hora, hasta que notó que los músculos faciales de Roll se relajaban.

—¿Te sientes mejor? —preguntó al quitarle la toalla y dejarla caer dentro de la palangana.

—Mucho mejor —esbozó una sonrisa—. Te lo demostraré.

Roll tiró de ella para abrazarla y Sherry permitió que la besara. La acariciaba de manera exigente y la chica le correspondió de igual forma. Le desabrochó la camisa y deslizó las manos por el pecho descubierto. Le encantó sentir la húmeda y velluda piel debajo de las palmas. El tiempo que les quedaba era limitado.

A regañadientes y con lentitud se separaron y los dedos de Roll delinearon la suave curva de la mejilla femenina con una juguetona caricia. Sherry levantó la mano para cubrir la de él.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sherry—. Creo que los dos sabemos que no podremos separarnos y fingir que las dos semanas que hemos pasado juntos, no han existido.

Las facciones de Roll se endurecieron, sus ojos se entrecerraron y Sherry sintió un escalofrío debido al temor al ver que él se ponía de pie y se dirigía hacia la ventana.

—Pronto me iré, Sherry. No podré llevarte conmigo y no te pediré que me esperes.

—¿No quieres que te espere?

—¡Sherry! —le advirtió sin volverse.

—Lo sé —suspiró un poco enfadada—. Sé que he aceptado una relación sin compromiso, pero…

—Entonces, dejémoslo así —dijo con severidad, pero el creciente resentimiento no permitió que ella hiciera caso de la advertencia.

—¡No puedo dejarlo así! —gritó y al dirigirse hacia la ventana parpadeó para no llorar—. Roll, no puedes decirme que las últimas

dos semanas no han significado algo para ti y no puedo creer que te alejarás de mi vida sin darme algún tipo de esperanza para el futuro.

—¡Maldición, Sherry! —explotó de manera tan salvaje que ella se encogió al ver que él se volvía—. Si deseas un compromiso, estás frente al hombre equivocado y no puedes decir que no te lo he advertido.

—¡Haces que me pregunte por qué me he dejado llevar por esta relación y por qué me molesto por tratar de verte en el futuro!

—¡Comienzo a pensar lo mismo! —replicó.

¡No era posible que Roll hablara en serio! No creía que él hubiera pronunciado esas palabras, a pesar de que él seguía con las facciones duras e implacables. Esperó, rogándole al cielo que la abrazara para que olvidaran el incidente, pero eso no sucedió. Roll se volvió de nuevo hacia la ventana dando a entender que ella le disgustaba.

Todo había terminado. Las palabras hacían eco en su mente. Los ojos se le llenaron de amargas lágrimas y se volvió para salir de la habitación y de la casa sin volver la cabeza. Todo había terminado.

Esa noche, Sherry no durmió, su mente daba vueltas a las acusadoras palabras que habían intercambiado.

¿Por qué había dicho todas esas tonterías?

El único antídoto para el dolor era trabajar, y a la mañana siguiente así lo hizo. La jefa Naudé arqueó las cejas en varias ocasiones. Sin embargo, dos días más tarde, la jefa de enfermeras se empezó a preocupar y la llamó a su despacho.

La mujer cerró la puerta de la oficina, hecho que sólo hacía cuando se disponía a regañar a una de las enfermeras. Atormentada, Sherry se preguntó qué equivocación había cometido.

Se alisó la falda del uniforme blanco, cerró los puños y notó que la superiora advertía todos sus movimientos.

—Quiero que te tomes la tarde libre —anunció impasible la jefa Naudé al sentarse.

—No necesito el descanso —protestó Sherry porque rechazaba la idea de irse a un silencioso apartamento.

—Por algún motivo has trabajado más de la cuenta durante los últimos dos días y no quiero que te desplomes en cualquier momento —dijo con preocupación—. Tienes la tarde libre y sugiero

que te vayas a casa para meditar acerca de lo que te está conduciendo hacia tu propia destrucción.

Eso era precisamente lo que Sherry no deseaba, no tenía nada que meditar. El fin había sido evidente y lo único que quedaba era el dolor de saber que había perdido al único hombre que podía amar.

—Es una orden, enfermera Jaeger —insistió la mujer al ver que Sherry se disponía a protestar de nuevo.

—Sí enfermera Naudé —Sherry suspiró y se volvió para salir de la oficina con los ojos anegados en lágrimas.

El día era gris con frecuentes lloviznas. No era un día apropiado para quedarse en casa, allí sólo conseguiría deprimirse más. Se metió en el coche y se preguntó si no sería conveniente ir a alguna parte para pasar el tiempo, pero casi de inmediato decidió lo contrario. No le agradaba conducir y no deseaba visitar a Brenda. Sabía que su amiga le haría preguntas y no estaba de humor para un interrogatorio. ¿Cómo explicar que se había enamorado de un hombre que casi no conocía? ¿Cómo explicar que había aceptado salir con un hombre que de antemano le había advertido que la relación no ofrecía permanencia? ¿Cómo haría que Brenda comprendiera que había aceptado las condiciones que ella misma no entendía?

Sherry salió del hospital y se dirigió a su apartamento en Clifton. Debía salir del problema sola porque era la única culpable. Se dedicó a asear y arreglar los armarios y la despensa. Odiaba ese trabajo, pero era indispensable mantenerse ocupada durante la larga y tediosa tarde. Se dedicó a guisar siguiendo al pie de la letra una receta, pero cuando se sentó, los alimentos se le atragantaron. Tenía ganas de llorar.

Poco después de las ocho de la noche terminó de limpiar la cocina. Había planeado darse un baño de agua caliente y sales aromáticas pero como todavía era temprano para acostarse, también se lavó el pelo.

Se sentó frente al espejo del tocador y se observó. La imagen le reveló ojos irritados y opacos y su rostro lavado le daba la apariencia de una jovencita de dieciséis años en vez de una mujer de veintitrés. «¡Maldición!», masculló en silencio al quitarse la toalla para frotarse el pelo con ella.

Media hora después, Sherry volvió a mirarse en el espejo. Tenía el pelo seco y brillante, pero sus músculos faciales seguían tensos, a pesar de la crema.

«¡Relájate!», se dijo. «Por Dios, relájate y no permitas que tus pensamientos actúen como el diablo con un látigo en la mano».

Aspiró profundo y expelió el aire con lentitud, con la boca entreabierta, pero la tensión no desapareció. ¿Qué hacer? Era muy temprano para acostarse y temía permanecer despierta en la cama, sin más compañía que sus pensamientos.

En ese momento sonó el timbre, lo que la sorprendió. ¡Las nueve y media! ¿Quién llamaría a esa hora? El timbre volvió a sonar y Sherry se sobresaltó una vez más. Sólo había una persona…

Descalza, salió corriendo de la habitación para mirar a través de la mirilla de la puerta.

Roll estaba fuera. El corazón de Sherry se desbocó. Abrió la puerta con dedos torpes, tenía el nombre de él en la punta de la lengua y de no ser por la actitud de Roll se hubiera echado en sus brazos.

—¿Me permites que entre? —preguntó él.

Roll pasó y la chica colocó la cadena en la puerta, antes de precederlo hacia la sala.

—¿Quieres café? —preguntó, pero él lo negó con un movimiento de cabeza mientras que se quitaba la chaqueta de cuero y la arrojaba sobre una silla.

—Aún no —respondió y la miró de manera que ella comprendió que él sabía que aparte de la bata no tenía puesta otra prenda.

—Iré a vestirme —murmuró Sherry y se volvió, pero él le ciñó la muñeca para que lo mirara a los ojos.

—También eso puede esperar —seguía sombrío—. He venido a despedirme.

—¡No, Roll! Todavía no… ¡por favor! —gimió aferrada a los brazos de él.

—Sí, Sherry —le ciñó la cintura para ayudarla a conservar el equilibrio—. No tengo otro camino porque todo estaba planeado mucho antes de que te conociera y el barco zarpará mañana temprano, a las siete.

—¡Dios mío! —se soltó para ocultar la palidez de su rostro con las manos—. Ojalá pudieras llevarme contigo, Roll —murmuró

después de controlarse lo suficiente como para descubrirse el rostro.

Sherry no creía que eso pudiera suceder. ¿Cómo podía ser la vida tan cruel? Él estaba de pie, a un paso de distancia y era un hombre vital… pero un abismo los separaba. Se volvió y de forma distraída sacó una margarita marchita del florero. La hizo girar entre los dedos y asoció su patético aspecto con el estado de ánimo en que ella se encontraba.

—¿Me escribirás?

—No sirvo para escribir cartas.

Roll cortaría la relación y desaparecería para siempre de su vida. Sintió una aguda añoranza, trató de dominarse y comprendió que nunca más condenaría ni ridiculizaría a Brenda.

La flor se le cayó de las manos cuando oyó que Roll se movía a su espalda y se aterrorizó al pensar que él pudiera irse antes de que ella tuviera la oportunidad de decirle lo que pensaba.

—¿Tienes que irte inmediatamente o puedes quedarte un rato? —preguntó acongojada.

—Estoy libre hasta que el barco zarpe mañana a las siete.

—Roll, ¿te que… —tenía el rostro pálido y tenso debido a la lucha interna que libraba. No era fácil ir contra sus propios principios, pero amaba a Roll con desesperación. Deseaba que él la recordara y le rogó al cielo que regresara, pero la costumbre es difícil de vencer y pasaron varios minutos antes de que formulara la pregunta—. ¿Te quedarás conmigo esta noche?

Un pesado silencio reinó en la habitación y Sherry no pudo mirar a Roll de frente.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? —inquirió con un tono extraño—. Si no te conociera bien pensaría que me pides que me quede para compartir tu lecho.

Era la oportunidad para que ella cambiara de opinión. Podría alegar que había sido una broma y fingir que lo había dicho inocentemente, pero la desesperación y el deseo no se lo permitieron.

—Si nunca he de volver a verte… —tragó en seco y dominó las lágrimas que amenazaban ahogarla—. Si hemos de despedirnos para siempre, te pido que me des una noche… que te quedes y me ames.

—Sherry… —las manos candentes quemaron los hombros

femeninos. Roll la volvió y la miró con ojos también atormentados —. ¿Lo has pensado bien?

—¡No deseo pensar en el mañana! —gimió, sin poder contener más el llanto y se aferró a él—. Esta noche es hoy y estoy pidiéndote que te quedes conmigo.

«No me rechaces», rogó temblando y en silencio. «¡He dado un paso muy atrevido, así que no me rechaces, por favor!»

Roll acarició el rostro femenino y con los pulgares le enjugó las lágrimas de las mejillas.

—No pienses que no deseo quedarme contigo, lo he querido desde que te vi por primera vez, pero…

—Te amo —lo interrumpió para hacer la atrevida confesión con un sollozo de desesperación. Se dio cuenta de que él contenía el aliento.

—Sherry, *liewe meisie* —gimió abrazándola tan fuerte que el rostro de ella quedó presionado contra su pecho—. De por sí, la vida es difícil.

—¿Me rechazas? —deslizó las manos por la amplia espalda y se movió de manera sugestiva junto al cuerpo masculino.

Nada sucedió durante un terrible momento, luego Sherry sintió el calor del deseo de Roll, después, él la besó con pasión. Él la moldeó a su cuerpo musculoso y Sherry ya no dudó de que la deseaba tanto como ella a él. Cerró la mente para no escuchar la vocecita que la prevenía contra lo que estaba a punto de hacer.

Cuando Roll la cogió en brazos para llevarla a la habitación, Sherry le rodeó el cuello con los brazos. Su bata se había abierto y descubría un terso muslo, pero no le importó. Con mirada acariciante, Roll admiró sus delicadas facciones. Se besaron sensualmente y encendieron el fuego de la pasión.

Roll la bajó al suelo.

—Sherry, me siento como un patán. ¿Estás segura de que quieres esto?

—Segura —murmuró sin dejar de mirarlo a los ojos. Llevó las manos al cinturón de la bata, se lo desató y permitió que la prenda se deslizara de los hombros femeninos hasta caer al suelo. Los ojos de Roll brillaron y el pulso de Sherry se aceleró cuando él admiró su cuerpo desnudo.

—¡Dios, eres bellísima! —exclamó a la vez que recorría con la

mirada los firmes senos, la curva de la cadera y los bien torneados muslos; luego se quitó la ropa con impaciencia.

Roll tenía el cuerpo bronceado y el pecho y los brazos musculosos. A Sherry le pareció que era un hombre apuesto en toda la extensión de la palabra. No tenía un gramo de grasa en todo el cuerpo. Como ella lo amaba con locura, el momento le pareció sagrado y por lo mismo no se cohibió.

Sherry se le acercó y le rodeó la esbelta cintura. Le ofreció los labios y él se apoderó de ellos a la vez que trazaba un seductor sendero en el centro de su espalda. En ese momento, Sherry sólo pensaba en que el recuerdo de esa noche quizá tendría que durarle para el resto de la vida y deseaba saborear cada preciado instante de aquella unión inolvidable.

Roll la cogió de nuevo en brazos y con suavidad la depositó en la cama. Sin perder tiempo se inclinó hacia ella con los ojos llenos de deseo; luego, se acomodó a su lado para incitarla con hábiles e íntimas caricias, que la hicieron conocer exquisitas sensaciones las cuales avivaron el fuego de la pasión.

Nada importaba más que ese momento. Una deliciosa bruma veló la mente de Sherry y no pudo pensar. Los dedos de Roll le acariciaron la parte interna de los muslos, Sherry se sintió transportada a una dimensión desconocida, donde lo único que deseaba era que él la poseyera.

Roll la cubrió con su cuerpo y nadie pudo haber preparado a Sherry para esa realidad. Las nuevas sensaciones que experimentaba con cada movimiento de él, la condujeron a una cima donde ella creyó morir de amor si algo no sucedía pronto. Hacía tiempo que había perdido el control de la mente y se contorsionaba debajo de Roll. El cuerpo le pedía algo que se le escapaba y que no conocía y cuando, por fin, emergió de esa deliciosa espera que la tenía prisionera, conoció el significado de la satisfacción. Experimentó el placer varias veces y su cuerpo se puso laxo mientras el de Roll acababa de estremecerse.

Cuando Roll se alejó de ella, la realidad amenazó su alegría porque comprendió que ese momento no sería eterno. Él la abrazó y ella apoyó el rostro en el hombro masculino. Sherry no deseaba pensar en el mañana, no permitiría que nada estropeara las pocas horas que le quedaban al lado del hombre al que amaba.

Capítulo 4

Sherry adormeció su cerebro para que quedara en un falso estado de euforia del cual no deseaba salir, pero la voz grave de Roll la hizo retornar a la realidad.

—¿Qué piensa tu bella cabecita? —preguntó al despejarle con cariño el arrebolado rostro y Sherry eligió la verdad entre la multitud de pensamientos que llenaban su mente.

—Me preguntaba si recordaré esta noche toda mi vida. Y tú, ¿qué pensabas?

—Que los dos estamos locos por no haber pensado en la posibilidad de que quedes embarazada —sonrió con un dejo de irritación.

—Eso es algo que estaba dispuesta a aceptar cuando te pedí que te quedaras —dijo eso a pesar de que no había tenido en cuenta ese posible resultado.

—¿Qué harás si…

—Si llego al puente, lo cruzaré —lo calló al colocar los dedos sobre los labios de él.

Roll le ciñó la mano y le mordisqueó la punta de cada dedo. Sherry se estremeció de placer y se acurrucó a su lado para presionar el rostro en el hombro de él.

Durante un rato los dos se mantuvieron en silencio. Sherry temía hablar, sacar a la luz los pensamientos y temores porque deseaba aferrarse a cada segundo con la esperanza de que durara una eternidad. Los dos sabían que la noche terminaría, pero ninguno deseaba referirse a eso. No había necesidad de palabras porque podían tocarse y acariciarse; sin embargo, las caricias hablaban una lengua que no prometía futuro alguno.

De pronto, Roll la abrazó muy fuerte, la besó y exigió igual respuesta cuando la pasión volvió a despertar. Se amaron por segunda vez y la última barrera entre los dos se desmoronó. Sus cuerpos permitieron que también el alma se fundiera en un torrente de emoción. Por fin, se separaron agotados.

El descenso de Sherry, después del éxtasis, fue lento y agradable y se acurrucó contra el amplio pecho masculino. Él la abrazaba con ternura y Sherry tardó en recobrar el ritmo normal de la

respiración.

—¿He sido muy atrevida al pedirte que te quedaras? —preguntó porque necesitaba saberlo.

—Aunque trataras, no podrías ser atrevida y jamás olvidaré que te has entregado a mí esta noche —le rozó la sien con los labios. Pero las palabras la hicieron recordar la realidad y pensó en el mundo desolado al que tendría que enfrentarse al día siguiente.

Volvió la cabeza para mirar el rostro de Roll y con languidez delineó los contornos de las apuestas y rudas facciones. No le bastaba mirarlo, tenía que tocarlo. Pero sería valiente, no derramaría lágrimas… sin embargo, la burlona sonrisa de Roll fue su perdición. Pareció como si él le hubiera leído el pensamiento y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ay, Roll, ¿cómo podré…?

Él la calló con un tierno beso y siguió besándola hasta que ella se relajó.

—No busquemos más dificultades de las que ya existen —murmuró y al extender el brazo, apagó la luz de la mesita de noche —. Duerme, Sherry, y sueña conmigo, yo soñaré contigo.

Sherry no contestó. Era mejor dejar que Roll creyera que aceptaba la sugerencia, aunque no deseaba dormir. Quería permanecer en brazos de él y saborear su cercanía durante toda la noche porque el futuro sería solitario. Fijó la vista en la oscuridad aceptando el calor masculino que Roll le transmitía, pero que no le llegaba al alma. El reloj en la mesita de noche marcaba los preciados segundos que se iban y quiso gritarle al tiempo que se detuviera. Poco después, la tranquila y mesurada respiración de Roll le indicó que él dormía.

¿Cómo podía dormir en esos momentos? Por lo visto no le importaba que al día siguiente se fueran a separar y que el mundo se desplomaría sobre ella.

Escuchaba el lento y rítmico latir del corazón masculino. No se arrepentía de lo hecho, nunca se arrepentiría, conservaría la esperanza de que Roll regresaría a su lado. Un año no era mucho tiempo de espera, pero hasta entonces, tendría que conformarse con una noche para cubrir el vacío que se le avecinaba.

A pesar de su decisión de mantenerse despierta, Sherry cayó en un sueño profundo. Despertó cuando el reloj sonó. Somnolienta,

extendió la mano para apagar el timbre y bostezó. Se sentía lánguida, no deseaba moverse. De pronto, frunció el ceño. ¿Por qué se había acostado sin ponerse el camisón?

Obtuvo la respuesta al sentirse muy desgraciada, se sentó y miró a su alrededor. La ropa de Roll ya no estaba en la silla donde él la había arrojado la noche anterior. Él se había marchado.

«¿Por qué no me ha despertado?», se preguntó. Levantó la almohada que él había usado y apoyó el rostro en ella, pero al hacerlo, un trozo de papel voló sobre la cama. Gimió angustiada al ver la letra de Roll y pasaron unos segundos antes de que pudiera controlarse para poder leer.

Sherry, no he tenido fuerzas para despertarte. Las despedidas nunca son fáciles y he preferido recordarte sin lágrimas en los ojos.

Si soy hábil para adivinar, imagino que tienes la alocada idea de esperarme. No lo hagas, Sherry, uno no sabe lo que puede suceder en un año. La gente y los sentimientos cambian, así que si llegas a conocer a alguien que pueda hacerte feliz, cásate y no pierdas el tiempo esperando a un hombre que te ha quitado tanto sin darte nada a cambio.

Nunca olvidaré tu generosidad de anoche. Roll.

Algo en la carta la perturbó, pero no se dio cuenta de lo que era hasta que la leyó dos veces. Roll no deseaba que ella lo esperara porque él le había quitado mucho sin darle nada a cambio.

Eso fue lo más humillante. Ella le había declarado su amor; había desnudado su cuerpo y su alma, pero Roll nunca había dicho que la amaba.

«¿Qué esperabas?», se preguntó angustiada y con lágrimas en los ojos. ¿Acaso no le había aclarado desde el principio que no podían comprometerse? Roll nunca le había exigido amor.

Sintiéndose muy desdichada, Sherry se hizo un ovillo en la cama. Roll se había ido y ella no volvería a verlo. Esos eran los hechos y no podía ignorarlos. Lloró de enfado, de autocompasión y de desprecio por sí misma, pero fue la última vez que se dio el lujo de derramar lágrimas.

El trabajo sería la única forma de sobrevivir y se dedicó a él con

determinación. Trató de no pensar en Roll, pero no era fácil olvidar a alguien que se había convertido en gran parte de su vida. Cuando Brenda le hizo preguntas acerca de Roll, ella simplemente aseguró que todo había terminado, pero la curiosidad de la amiga no quedó satisfecha.

Seis semanas más tarde, Brenda dejó el hospital porque la evidencia de su embarazo la obligó a renunciar y Sherry se sintió aliviada porque su amiga no estaría presente para molestarla con preguntas que no deseaba contestar. Sin embargo, dos meses después de la partida de Roll tuvo motivo para ir a visitar a Brenda a su casa.

—Ya me empezaba a preguntar cuándo te dejarías ver —Brenda la recibió con calidez—. ¿Es tu tarde libre? —preguntó al echarse a un lado para dejar pasar a Sherry.

—Sí —confirmó—. Tienes muy buen aspecto.

—Ahora que me quedo en casa, Jonathan me mima mucho —rió, pero luego se puso seria—. ¿Has tenido noticias de Roll?

—Hace dos meses te dije que había terminado todo —Sherry movió la cabeza de un lado a otro.

—Estás pálida y pareces cansada… pensé que te escribiría —explicó.

Sherry entrelazó las manos con tanta fuerza sobre el regazo que los dedos se le entumecieron. No le sería fácil hablar acerca del motivo de su visita.

—Brenda, dentro de dos semanas me iré de Cape Town.

—¿Qué? —incrédula y conmocionada, Brenda se enderezó en la silla—. ¡No lo creo! Siempre dijiste que no te agradaría vivir en otro sitio. ¿Por qué has cambiado de opinión?

—Necesito cambiar de ambiente —respondió tranquila con lo que su amiga quedó más confusa—. Iré a visitar a mi tía durante una temporada y todavía no sé adonde iré después.

—¡Sigo sin creerlo! —movía la cabeza—. ¿Tiene Roll algo que ver con tu decisión?

—¡Por Dios, Brenda!, ¿por qué no crees que lo que sentí por Roll fue un simple encantamiento que se acabó cuando él se fue? —se obligó a reír.

—Me alegro de que no haya sido algo más serio —encogió los hombros y sonrió, pero parecía poco convencida.

El corazón de Sherry se encogió, pero logró controlar el cuerpo. Le desagradaba mentirle a Brenda, pero era lo más seguro… mucho más seguro.

—Tengo mucho que hacer antes de irme y no creo que pueda venir a verte otra vez —comentó Sherry más tarde cuando bebían té en la sala—. Te escribiré tan pronto como me haya instalado en algún lugar.

—¿Estás segura de que eso es lo que deseas hacer? —preguntó Brenda muy seria.

—Muy segura —sus ojos grises se nublaron y dejó la taza vacía sobre una mesita—. Quiero pedirte un favor.

—Hecho, antes de que me lo pidas.

—Si Roll llegara a preguntar por mí no le digas dónde estoy.

—¿Crees que existe la posibilidad de que nos pida esa información en el futuro? —preguntó Brenda con los ojos agrandados.

—Quizá, pero tal vez no lo haga —respondió Sherry—. Si lo hace, te suplico que le ocultes mi dirección. ¿Lo prometes?

—Prometido —dijo algo confusa—. ¿Me dirás por qué no deseas volver a verlo?

—Te he dicho que eso terminó y es lógico que no desee volver a verlo.

—Supongo que no es bueno remover cenizas apagadas —Brenda suspiró.

Sherry no se quedó mucho tiempo porque no estaba segura de poder continuar con la mentira y Brenda la conocía muy bien para no sospechar el verdadero motivo que la hacía irse de Cape Town. Se despidió y sintió que rompía un lazo con el pasado y que nunca lo recobraría. Pero era lo mejor. Dentro de unos meses no podría ver a Brenda sin sentirse avergonzada y no deseaba que le tuvieran conmiseración.

Esa noche, después de bañarse, se paró frente al espejo y se aflojó la toalla que le envolvía el cuerpo. La dejó caer al suelo y se observó. Sus senos eran firmes y llenos, perfectamente proporcionados con el resto de su esbelto cuerpo. Tenía las caderas redondeadas y las piernas bien torneadas. Le agradaba su apariencia, pero sus ojos se sombrearon cuando colocó una mano sobre el vientre plano. Dentro de unas semanas ya no sería plano,

mostraría señales de crecimiento y su estado ya no sería un secreto.

Sherry gimió al volverse para ponerse el camisón. Margaret Jaeger era la única pariente que tenía y la única a quien podía recurrir para pedirle consejo y ayuda. La hermana de su padre nunca se había casado, era enfermera y después de su jubilación se había establecido en Kromrivier, pequeño pueblo en el corazón de Karoo. La tía Margaret sabría qué hacer, Sherry estaba convencida de ello, y por eso había decidido ir primero a Kromrivier.

Las siguientes dos semanas trascurrieron rápidamente y cuando se despidió de la jefa Naudé, Sherry tenía un nudo en la garganta. La jefa seguía intrigada por la repentina renuncia de una de las más prometedoras enfermeras, pero Sherry sólo le había dicho que deseaba cambiar de ambiente.

El árido semidesierto Karoo brillaba en el calor de esa tarde de marzo. Kromrivier todavía estaba a treinta kilómetros de distancia y Sherry comenzaba a sentirse tan reseca como el ambiente. Le dolía todo el cuerpo por la fatiga. Pero no dejó de pisar el acelerador. No deseaba detenerse para descansar, no cuando estaba tan cerca de su destino; pero bajó un poco más la ventanilla para que circulara más aire dentro del vehículo.

Minutos más tarde, Sherry descubrió que el tiempo se había detenido en Kromrivier. Las carreteras seguían sin asfaltar; las tiendas eran pintorescas y anticuadas y las gallinas deambulaban sin rumbo por las polvorientas calles y luego corrían ante la cercanía del coche. Los edificios que los granjeros usaban durante el fin de semana para las compras del sábado y los oficios religiosos del domingo, tenían las persianas cerradas. Al girar a la derecha vio las casas.

Se apeó del coche al llegar a la casa de su tía. Una mujer salió de la casa para recibirla con los brazos abiertos.

—¡Sherry, qué alegría volver a verte! —Margaret Jaeger rió contenta mientras se abrazaban y Sherry se aferró un momento a la esbelta mujer canosa como si fuera un refugio en una tormenta—. Entremos para que bebas algo fresco antes de que nos encarguemos de tu equipaje —sugirió.

Tenían muchas noticias que intercambiar acerca de la familia y

del trabajo y Sherry no pudo hablar de su problema hasta después de la cena.

—A tu edad, Sherry, nunca se me hubiera ocurrido pasar mis vacaciones con una tía vieja que vive en un sitio tan apartado como Kromrivier —los ojos grises observaron a Sherry atentos—. Dime la verdad, ¿por qué has venido aquí?

No tenía objeto salirse por la tangente porque la tía no era tonta y pronto sospecharía la verdad. Sherry bajó la mirada y murmuró:

—Estoy embarazada.

Si Margaret Jaeger se escandalizó, logró ocultar sus sentimientos.

—¿Te han violado?

—No —respondió Sherry controlada—. Lo hice por voluntad propia.

—¿Amas al hombre?

—Mucho —asintió.

—Pero él no te ama —concluyó la tía.

—Creí que sí, pero me equivoqué —Sherry moldeó el tazón de café como si éste pudiera darle fuerzas—. Hace dos meses y medio se fue al Antártico y estará ausente un año o más. Si me amara hubiera querido que lo esperara, pero declaró, con extrema claridad, que nuestra relación terminaría en el momento de su partida.

—¿Le informarás que tendrás un hijo suyo?

—¡No! —cansada, Sherry movió la cabeza—. ¡No deseo que lo sepa, jamás!

—No seré yo quien te diga qué debes hacer —comentó Margaret Jaeger después de meditar durante un momento—. Pero el hombre tiene derecho a saber que será padre. ¿Acaso piensas entregar tu hijo para que lo adopten?

—¡Ay, no! —exclamó Sherry con desagrado—. Me quedaré con mi hijo. Es mío y será lo único que tenga.

—¿Crees tener la suficiente entereza para tolerar los comentarios sarcásticos que puedan hacer?

—De ser necesario, caminaré por el fuego del infierno —declaró con desafío y mirando de frente los ojos grises de su tía.

—Me alegro de que pienses así, y desde luego, te quedarás conmigo —las facciones de Margaret Jaeger se ablandaron al

sonreír—. En esta casa hay bastante sitio para las dos y te cuidaré durante el embarazo; no hablaremos del futuro hasta que haya nacido la criatura.

—¡Ay, tía Margaret! —suspiró Sherry enternecida por la bondad y generosidad de la mujer—. He venido a pedirte consejo y ayuda, pero no pensaba que me fueras a ofrecer más.

—¿Para qué es la familia si no para ayudarse en casos de necesidad? —comentó Margaret.

Sherry se puso de pie para abrazar a su tía y entre las dos se generó una calidez que Sherry nunca había descubierto con su propia madre. Se sentía bien acogida y, por primera vez, desde que había descubierto que tendría un hijo de Roll se sintió segura y consolada.

Margaret Jaeger era más inteligente de lo que imaginaba Sherry. Ella sabía que el trabajo era el antídoto que más le serviría a Sherry y también que uno de los médicos locales pronto necesitaría una enfermera. Quedó con el doctor Gordon Shaw y a Sherry le agradó el hombre desde que lo vio. Era un hombre autosuficiente que sabía qué deseaba y los antecedentes de Sherry lo impresionaron de manera que no necesitó tiempo para decidir si la empleaba.

—Comenzarás a trabajar dentro de dos semanas —le informó con voz grave. Y Sherry sintió la necesidad de ser sincera con él.

—Existe un problema… —no pudo terminar de hablar porque él levantó la mano para callarla.

—Sé que estás embarazada —declaró—. Cuando llegue el momento de que des a luz haré arreglos para que alguien me ayude unas horas; el puesto es tuyo durante el tiempo que desees.

—Es usted muy amable, doctor Shaw —Sherry sonrió y él expelió una nube de humo por la nariz.

—Necesito con desesperación una enfermera con experiencia —murmuró con cierta fiereza antes de sonreír y ponerse de pie para indicar que la entrevista había terminado—. No lo olvides, comenzarás dentro de dos semanas.

—No lo olvidaré —prometió Sherry y salió bastante animada del consultorio.

Durante los siguientes meses, Gordon Shaw se convirtió en algo

más que el jefe de Sherry. Era su médico y amigo y lo bastante listo como para no perturbar la fachada de tranquilidad que ella proyectaba. Lo único que ella no le confió fue el nombre de su gran amor y Shaw mostró el suficiente tacto para no insistir.

El hijo de Sherry nació una húmeda mañana de octubre del mismo año. El viento soplaba fuerte y había tormenta en Karoo, pero en la habitación de la tía, el sol brilló especialmente para Sherry, el futuro ya no estaba vacío.

Los meses siguientes no siempre fueron fáciles. El hogar de su tía se había convertido en un santuario, pero el pasado siempre la perseguía y no podía ver a la criatura sin recordar al padre. David era la imagen de Roll, lo cual constituía una agonía y un placer que Sherry guardaba en secreto. Había aceptado el hecho de que no volvería a ver a Roll, pero seguía dolida. Nunca olvidaría lo que habían compartido y se había resignado a que lo único que le quedaba eran los recuerdos.

Tres meses después del primer cumpleaños de David, Gordon Shaw la invitó a cenar en el restaurante del hotel local. No era la primera vez que la invitaba, pero cuando Sherry se sentó frente a él, tuvo el presentimiento de que el médico abordaría un tema que ella había estado esquivando desde que se habían conocido. Le tenía afecto, pero eso y la amistad era lo único que podía ofrecerle y él nunca le había exigido más. Sin embargo, estaba segura de que esa noche sería diferente y, por primera vez, se puso tensa. No hubo silencios torpes, pero cuando bebían el café, él dirigió la conversación hacia el tema que ella temía.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —preguntó.

—Casi dos años y has sido buen amigo y jefe —respondió con cautela.

—Sé lo que has tenido que soportar, Sherry, y he procurado tener paciencia contigo.

—Lo lamento.

Él buscó la mano de la joven y cuando ésta levantó la cabeza vio que él le escudriñaba el rostro.

—¿Debo atreverme a esperar que mi paciencia obtenga compensación algún día?

—Te aprecio mucho, Gordon —no deseaba lastimarlo—. Y siempre valoré tu amistad.

—Cuando una mujer dice eso, un hombre debería saber que no tiene la más pequeña esperanza, pero te advierto que no cedo con facilidad —sonrió con un dejo de malicia—. Te cansaré con mi paciencia ya que no puedo hacer otra cosa.

—Ay, Gordon, no mereces que te trate así —sonrió, pero con tristeza.

—Sigue pensando igual y quizá a la larga eso cuente a mi favor —ocultó la decepción—. Necesitas unas vacaciones y por egoísmo he retrasado el momento de mencionar el tema.

—No las necesito.

—De todos modos, tendrás tus vacaciones —insistió Gordon—. He hecho arreglos para que te reemplacen y la chica llegará mañana para que la enseñes dos días.

—¿Quieres decir que dejaré de trabajar a partir del lunes? —pasmada, lo miró y él sonrió de buen humor.

—Te daré tres semanas, no puedo quedarme solo más tiempo.

Cuando Gordon la dejó en casa de su tía, Sherry estaba perturbada. ¡Unas vacaciones! ¿Qué trataba Gordon de hacerle?, ¿arrojarla a una pesadilla de aburridos días?

—Has tenido problemas y mereces alejarte del trabajo —aceptó Margaret Jaeger cuando Sherry le dio la noticia, a la mañana siguiente mientras desayunaban.

—¿Qué haré durante tres semanas? —protestó Sherry.

—Te diré qué no harás —le informó con severidad mientras servía el café—. No te llevaras a David, a su edad no te permitirá un momento tranquilo y no te irás en tu destartalado coche.

—No puedo dejar a David…

—¡Harás lo que te diga! —la interrumpió, pero su voz se suavizó —. Vete en tren, Sherry, ve a Cape Town, visita a tus amigos, Brenda y Jonathan, y descansa todo lo que puedas.

—No quiero ir a Cape Town.

—Lo sé —la mujer miró con preocupación el pálido rostro de su sobrina—. Acepta el consejo de una vieja, querida. Regresa y entierra el pasado de una buena vez. Debes comenzar a pensar en el futuro. Tu futuro, el de David… y quizá también el de Gordon Shaw.

—¿Lo sabes? —preguntó sorprendida.

—Querida sobrina, no estoy ciega —rió—. Ese hombre se

enamoró de ti casi desde la primera vez que te vio, pero no te diste cuenta porque estabas muy ocupada pensando en el pasado.

—Entre nosotros no puede existir más que amistad —Sherry rechazó la información.

—Eso lo dices ahora, pero tan pronto entierres el pasado quizá pienses de manera diferente —Margaret tendió la mano para ceñir con afecto el brazo de Sherry—. Merece la pena que lo intentes.

Se miraron a los ojos y Sherry comprendió que su tía podría tener razón. Era hora de que olvidara el pasado y sólo podría hacerlo en Cape Town.

—Muy bien, iré —aceptó y el rostro arrugado de Margaret se iluminó de satisfacción.

—¡Perfecto! —exclamó—. Me alegro de que seas sensata.

Capítulo 5

El tren avanzaba veloz hacia Cape Town y alejaba a Sherry de David y de la tía Margaret, pero la acercaba a la ciudad a la que no había querido regresar. Estaba nerviosa, no era como si fuese a tomar unas descansadas vacaciones. Vislumbró la majestuosa montaña de Cape Town a través de la ventanilla de su compartimento.

No hubo retraso y el tren llegó a Cape Town a la hora exacta. Un amable joven ayudó a Sherry a bajar las maletas a la plataforma, pero después, ella insistió en llevarlas sola. Cogió un taxi que la llevó a un tranquilo hotel situado en el centro de la ciudad y después de firmar el registro, la llevaron a su habitación. Minutos más tarde, descubrió que tenía una vista estupenda de la montaña.

Como era temprano para ir a desayunar se quitó el traje de lino, se bañó y se puso un pantalón y una blusa limpios. Se cepilló el pelo, se maquilló un poco y en el espejo vio el reflejo del teléfono que estaba en la mesita de noche, entre las dos camas. ¿Llamaría a Brenda? Lo pensó un momento y decidió no hacerlo aún. Ese día necesitaba estar sola para acostumbrarse a la idea de que había regresado a Cape Town. Llamaría a su amiga al día siguiente.

Dio un paseo por la Avenida Gobierno y pasó un rato en el museo y en la galería de arte antes de ir a los jardines botánicos, donde comió en el restaurante. Ese solía ser uno de sus entretenimientos favoritos durante los días libres en que no tenía nada más importante que hacer. Pero en esa ocasión recordó que Roll y ella habían alimentado a los pichones y a las ardillas. Conteniendo el aliento, Sherry creyó que sentiría la acostumbrada puñalada, pero sólo experimentó un dolor sordo. Se tranquilizó porque sus heridas sanaban y comprendió que regresar a Cape Town no había sido mala idea.

Durante los últimos dos años, Sherry había mantenido correspondencia con Brenda. Había escrito cada carta después de meditar cómo ocultar sus sentimientos y no contestó algunas de las preguntas de Brenda por temor de que las respuestas fueran reveladoras. Sería más difícil hablar con Brenda por teléfono o verla de frente. Pero no podría irse de Cape Town sin haber visto a su

amiga. A la mañana siguiente titubeó antes de levantar el auricular y pedir línea.

Marcó el número y a los pocos segundos, escuchó la conocida voz de Brenda.

—Brenda, soy Sherry —explicó.

—¡Sherry! —gimió emocionada—. ¿Desde dónde llamas?

—De un hotel en Cape Town y quiero saber si vas a estar en casa esta tarde.

—¡Por supuesto! —respondió de inmediato—. Estoy impaciente por verte, te espero.

—Te veré más tarde.

Sherry colocó el auricular en su sitio; en su boca se dibujaba una sonrisa. Sería agradable ver a Brenda después de tanto tiempo.

Sabía que poco después del nacimiento de Mandy, Brenda y Jonathan se habían cambiado de apartamento. Después de comer cogió un taxi para que la llevara a Bloubergstrand.

Sherry le pidió al conductor del taxi que la dejara en la entrada del camino privado que la conduciría a la casa de Brenda y le indicó que volviera a buscarla a las cuatro y media. El taxi se alejó y Sherry se dirigió hacia la puerta principal. La puerta se abrió y Brenda salió a recibirla.

—¡Sherry! —exclamó contenta al abrazar a su amiga—. ¡Qué alegría volver a verte!

—Yo también me alegro de verte —aceptó Sherry cuando se separaron y antes de que Brenda la precediera al interior de la casa —. Tu casa es muy hermosa —comentó Sherry con sinceridad, después de ver los muebles y el moderno decorado.

—Ven a sentarte. Tenemos mucho de qué hablar y hay tanto que deseo saber que no sé por dónde comenzar.

—¿Y la pequeña Mandy? —preguntó Sherry nerviosa al sentarse en un mullido sillón.

—Está durmiendo la siesta, pero la verás más tarde —Brenda se sentó frente a Sherry—. ¿Has recibido las fotos de la niña que te envié el mes pasado?

—Sí, gracias, es muy hermosa.

—No has cambiado, aunque tienes algo diferente y no puedo precisar qué es —Brenda fue la primera en dar su opinión y Sherry sintió que se ponía tensa—. ¿Estás contenta en Kromrivier viviendo

con tu tía?

—Mucho —en cierto sentido era verdad. No podía considerarse desgraciada, pero a veces, ni David llenaba la soledad que reinaba en su corazón.

—¿Cómo es el doctor Shaw? —preguntó con curiosidad.

—Amable y generoso y muy buen médico —Sherry lo alabó con sinceridad—. Es un placer trabajar para él.

—¿No echas de menos el hospital?

—A veces —aceptó Sherry—. Pero el trabajo con Gordon nunca es aburrido y me mantengo bastante ocupada.

—¡De modo que es Gordon! —Brenda bromeó y Sherry sonrió, a pesar de sentir un poco de resentimiento.

—Sólo somos amigos.

Brenda la miró de manera especulativa y Sherry intuyó lo que la otra pensaba; de todos modos se conmocionó cuando Brenda le soltó la siguiente pregunta.

—¿No has tenido noticias de Roll?

—Así es, pero nunca pensé que las tendría —era la primera vez en dos años que se mencionaba el nombre de Roll.

—Nunca he dejado de pensar que amabas a Roll.

—Te equivocas —Sherry trató de reír, pero Brenda no se dejó convencer.

—¿Podrías permanecer sentada y asegurarme que si Roll entrara en esta habitación no sentirías nada?

—¡Nada! —Sherry mintió, pero una corazonada la hizo estremecerse. Brenda la observó antes de levantar los hombros y cambiar de tema.

—¿Cuánto, tiempo te vas a quedar en Cape Town?

—Dos semanas —respondió Sherry—. Me iré a finales de la semana entrante.

—Daremos una fiesta el próximo viernes por la noche y me encantaría que vinieras —rió cuando vio la cautelosa expresión de Sherry—. No será una de esas fiestas porque Jonathan y yos nos hemos vuelto más serios desde que nació Mandy y el viernes será más bien una reunión de amigos. Si el tiempo lo permite, haremos una parrillada. ¿Vendrás?

Sherry no estaba de humor para reuniones, fueran tranquilas o no, y trató de dar una excusa.

—No sé si…

—¡Por favor, Sherry! —rogó Brenda—. Da la casualidad de que también será mi cumpleaños y debes venir.

La escena fue dolorosamente conocida y Sherry recordó que Brenda le había pedido lo mismo, dos años antes, cuando cumplió veintiún años y que ella había aceptado, a pesar de que le desagradaba la frivolidad. Entonces, conoció a Roll y su vida cambió.

—Vendré —respondió de la misma forma que dos años antes.

—¡Estupendo! Jonathan te recogerá en el hotel y luego te llevará.

—No será necesario que vaya por mí, vendré por mi cuenta, pero le agradeceré que me lleve de regreso.

—De acuerdo —Brenda sonrió con extraña satisfacción.

Bebieron té y recordaron viejos tiempos y más tarde, Sherry tuvo la oportunidad de conocer a Mandy, una criatura adorable y traviesa de casi dos años. El tiempo transcurrió rápidamente y a Sherry le pareció que acababa de llegar cuando el taxi fue por ella.

—No te olvides del viernes —le recordó Brenda al despedirse—. Y ven temprano para que pasemos un rato juntas, antes de que lleguen los demás invitados.

Sherry tuvo tiempo para darse otro baño y cambiarse de ropa cuando volvió al hotel. Se sentía complacida consigo misma por la forma en que había llevado la conversación sobre Roll van Cleef, aunque temía la fiesta del viernes a la cual no deseaba asistir. Cada vez que pensaba en ella se estremecía y no le sirvió de nada decirse que su actitud era ridícula.

* * *

La noche del viernes era cálida y casi no había brisa cuando Sherry llegó a casa de Brenda y de Jonathan en Bloubergstrand. Era la noche perfecta para hacer una parrillada. Sherry estaba ayudando a Brenda en la moderna cocina cuando Jonathan entró.

—¡Vaya, vaya! —Jonathan sonrió después de saludarla y mirarle de pies a cabeza con un dejo de mofa—. La chica se ha convertido en una mujer.

—Tienes razón, Jonathan —intercaló Brenda al observar con

interés a su amiga—. Sherry, has madurado.

—No olvides que han pasado dos años desde que nos vimos la última vez —Sherry trató de darle poca importancia a las observaciones.

—No tiene que ver con tu edad —insistió Brenda—. Estás más delgada, aunque tu figura ha mejorado.

—Y la mirada de inocencia en tus ojos ha quedado reemplazada por otra que sugiere: «No toquen, me han lastimado y no deseo que se repita» —añadió Jonathan.

Se acercaban a la verdad con tanta rapidez que Sherry se alarmó. Si hurgaran más profundo quizá descubrirían su bien guardado secreto; y no estaba preparada para informarles de la existencia de David.

—¡Santo cielo! —Sherry se obligó a reír—. Hacéis que me sienta como un espécimen bajo el microscopio en un laboratorio de análisis clínicos.

La risa aligeró el ambiente, pero eso no era garantía de que el tema no volvería a mencionarse. Además, en ese momento, Jonathan recordó los buenos modales y decidió ser el perfecto anfitrión.

—¿Qué deseas beber, Sherry?

—Creo que una copa de ese vino que no has dejado de calentar con las manos —respondió a secas y Jonathan sonrió cohibido.

—Por supuesto —abrió la botella y sirvió dos copas, una para Sherry y otra para Brenda.

—Hace unos días vi a la jefa Naudé —le informó Brenda a Sherry—. Me preguntó por ti y cuando le dije que trabajabas para un médico en un pequeño pueblo del Karoo casi se desmaya. ¡Qué desperdicio, qué desperdicio!, respondió y siguió su camino como si no tolerara escuchar más.

—Pobre enfermera Naudé —Sherry suspiró al recordar—. Es agradable.

—¡Es un dragón! —Brenda la corrigió e imitó el severo rostro de la jefa—. ¡Enfermera Lewis! ¿Cuándo aprenderás que un uniforme de enfermera debe llevarse con dignidad y honor?

La imitación fue tan buena que Sherry soltó una carcajada, pero el sonido de un coche la hizo recobrar la seriedad.

—Creo que llegan nuestros primeros invitados —anunció

Jonathan sin necesidad.

—Hazme el favor de ir a recibirlos, Jonathan —Brenda señaló las ensaladas que aún no había terminado de preparar—. Todavía tengo trabajo en la cocina, ofréceles una bebida para que se animen.

Jonathan obedeció y Sherry se quedó en la cocina para ayudar a su amiga.

Encendieron la fogata a la caída de la tarde y el humo de la leña se elevó en espiral. Sherry conocía a algunos de los invitados y comenzaba a tranquilizarse cuando vio que un Rover Sports se acercaba a la casa. Se sintió amenazada por una vaga inquietud, pero no le prestó mucha atención a las visitas que llegaban tarde. Minutos después Brenda conducía a dos personas hacia donde estaban el resto de los invitados. Sherry cortó la conversación con una de las amistades de Brenda y al volverse quedó petrificada porque vio a la persona que nunca había pensado volver a ver. Roll había perdido peso, tenía el rostro más severo y sus ojos azules mostraban más frialdad. La invadió el pánico, creyó que se desmayaría, pero el fuerte latido de su corazón le bombeó sangre a la cabeza y de alguna manera logró permanecer de pie.

—Sherry, ya conoces a Roll —anunció Brenda—. Te presento a Delphine Ingram —añadió.

Sherry se obligó a alejar los ojos del alto hombre de pelo oscuro, cuyas facciones no dejaban vislumbrar sus sentimientos del momento.

—Mucho gusto —respondió Delphine Ingram con voz musical y Sherry le respondió algo adecuado. Luego, Delphine se volvió hacia la anfitriona—. Tienes una casa muy bonita y hace la noche adecuada para una parrillada.

—¡Qué suerte! —respondió Brenda mientras observaba a Sherry, pero ésta miraba a Roll como si fuera la primera vez que lo veía.

—¿Otra copa, Sherry?

—¿Qué? —giró la cabeza y tardó un momento en ver a Jonathan que le hacía señas con la botella de vino—. Ah, sí, gracias, Jonathan.

Necesitaba algo más fuerte que el vino para tranquilizarse, aunque su corazón casi se regularizó cuando Roll y Delphine Ingram se alejaron para ir a saludar a otros invitados. Sherry le dio un

sorbo al vino, consciente de que la mano le temblaba y deseó haber sido más previsora rechazando la invitación de Brenda. Pero era tarde para arrepentimientos y sabía que tendría que pasar la velada como mejor pudiera.

Trató de ignorar a Roll, pero no era el tipo de persona fácil de olvidar y ella no pudo dejar de oír la grave y modulada voz. Todo en él era dolorosamente conocido para que se sintiera incómoda, pero otra mujer lo acompañaba y Sherry sabía que el pasado tendría que quedar enterrado para siempre.

Las fogatas se habían convertido en ascuas ardientes y los filetes y las chuletas se hacían en las parrillas. El aroma era incitador, pero la joven había perdido el apetito.

Sherry se había desplazado hacia las sombras que rodeaban al grupo y vio que Roll se le acercaba. Tuvo deseos de correr hacia él, pero se dominó. No tenía motivos para temer, su secreto estaba seguro, pero eso no ahuyentó el miedo que le comprimía el corazón.

—Hace mucho tiempo —murmuró la conocida voz que la hizo revivir.

—Cierto —aceptó con indiferencia y sin poder ver la expresión de Roll, pero preguntándose si él seguía observándola con la misma frialdad con que lo había hecho antes.

—Dos años, para ser exactos —añadió él como si ella no supiera cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que se vieron y eso la molestó.

—Así es.

—¿Sigues ejerciendo tu profesión de enfermera?

—Sí —respondió a secas porque comenzaba a inquietarse.

—Pero no en Cape Town —fue una declaración y no una pregunta.

—No —confirmó Sherry.

—¿Por qué te fuiste?

¿Qué objeto tenían tantas preguntas? ¿Qué le importaba a él si ella se quedaba en esa ciudad o se iba? ¿A qué se debía ese repentino interés en la decisión que ella había tomado de irse a Cape Town?

—Necesitaba cambiar de ambiente —se valió de la misma excusa que había usado muchas veces durante los últimos dos años y resultó tan convincente como siempre.

—¿Dónde vives ahora? —inquirió Roll y Sherry decidió ser cautelosa.

—En casa de mi tía —respondió evasiva, pero al ver que Brenda salía de la casa con una enorme bandeja con el café, suspiró aliviada—. Discúlpame, pero creo que Brenda necesita ayuda.

Roll no intentó detenerla, sin embargo sintió que él le taladraba la espalda con los ojos cuando se dirigía hacia Brenda.

—¿Por qué no me dijiste que Roll iba a venir? —le preguntó a su amiga aprovechando ese breve momento a solas con ella.

—No pensé que te fuera a molestar —respondió Brenda al recordar la atrevida declaración de Sherry, unos días antes—. ¿No me dijiste que nada sentirías si llegabas a verlo?

—Eso dije, pero podías haberme prevenido —respondió.

—Lo lamento —murmuró Brenda arrepentida.

—¿Voy por el azúcar y la leche?

—Por favor, están en la mesa de la cocina.

Contenta de tener una ocupación que le restaría tensión, Sherry se dio prisa, pero eso no la mantuvo ocupada más de un minuto. Tenía que pensar alguna excusa para marcharse. No le apetecía prolongar la velada hasta que los últimos invitados se fueran.

Se había servido una taza de café y fue lo único que pudo tragar con facilidad. Se sirvió otra taza, pero la aromática bebida no alivió el inexplicable hueco que tenía en la boca del estómago. Trató de evitar a Roll, pero él se acercó a ella de nuevo.

—Has estado a punto de decirme adonde te fuiste al abandonar Cape Town —reanudó él tema mientras le quitaba la taza de las manos heladas y la colocaba en una mesita.

—No iba a decirte nada.

Los ojos de él le escudriñaron el rostro en la oscuridad.

—Por lo visto, no deseas hablar conmigo —se burló.

Roll siempre había tenido la habilidad de leerle el pensamiento, igual que ella había sabido cosas de él sin que se las hubiera dicho. Dos años antes le pareció divertido y agradable, pero en ese momento la asustaba.

—Creo que a tu amiguita tampoco le agrada la idea —replicó al dirigir la vista hacia la alta y grácil rubia que se acercaba a ellos con petulancia.

—Me gustaría que nos viéramos una noche para que habláramos

sin interrupciones —sugirió Roll, pero Sherry tenía un motivo muy importante para no permitir que él volviera a acercársele.

—Creo que no —respondió fingiendo indiferencia—. No tenemos de qué hablar.

Delphine ya estaba al lado de Roll, lo que impidió que siguieran hablando y la otra chica observó a Sherry de pies a cabeza.

—Querido —susurró al deslizar el brazo de manera posesiva bajo el de Roll—. No me parece correcto que me hayas dejado sola entre tanta gente desconocida.

—Discúlpame, Delphine —murmuró él y miró de manera impersonal a Sherry—. ¿Nos disculpas?

Sherry inclinó la cabeza y con sentimientos ambiguos los vio alejarse. Era evidente que Delphine estaba acostumbrada a salirse con la suya y, en ese sentido, ella y Roll encajaban muy bien.

Para quedar lejos de Roll, Sherry se reunió con el grupo de gente, pero eso no le impidió verlo con más frecuencia de la que deseaba. Era como un imán que la atraía y por más que trataba de resistirse, su alma se dirigía a él. Entierra el pasado, le había aconsejado Margaret, pero al parecer, el pasado se negaba a que le echaran tierra. Lo recordaba con increíble fuerza y no estaba segura de cómo seguiría tolerándolo. Lo único seguro era que no deseaba ver a Roll a solas.

Los primeros invitados se marcharon a las once y media. Roll y Delphine fueron parte del segundo grupo que se despidió. Y a las doce y media sólo quedaba Sherry. Jonathan verificaba que el fuego estuviera bien apagado y acomodaba las sillas y mesas mientras Sherry y Brenda bebían café en la cocina.

—No soporto a Delphine Ingram y si el rumor de que Roll se va a casar con ella es cierto, lo siento por él —explotó Brenda de buenas a primeras.

—¿La conoce desde hace tiempo?

—Se ven desde que regresó de la expedición —explicó Brenda—. El padre de Delphine es el jefe del instituto de Investigaciones Científicas y esa mujer no titubeó en prenderse a Roll que es el asistente del viejo. Se comenta que Roll ocupará el puesto del profesor Ingram cuando éste se jubile a fin de año y también se especula en cuanto a la relación entre Roll y Delphine. Como te he dicho, es posible que pronto escuchemos campanas de boda.

Sherry empezó a sentirse aterida.

—¿Te sientes mal, Sherry? Te has quedado lívida.

Sherry comprendió que el momento de la verdad había llegado y de alguna manera encontró el valor para decir lo que debía de haber dicho a su amiga mucho tiempo antes.

—Debo confesarte algo —murmuró moldeando el tazón de café con las dos manos—. Hace casi dos años, me fui de aquí porque estaba embarazada.

—¡No lo creo! —exclamó Brenda incrédula—. ¡Tú, no!

La reacción de Brenda debió divertir a Sherry, pero sólo la tranquilizó. Por fin, descubriría su terrible herida para que el dolor saliera.

—Desde el principio, Roll me aseguró que nuestra relación sería pasajera y yo acepté. Pero lo amaba y la noche anterior a que él iniciara la expedición yo… —no terminó la frase, pero notó que Brenda lo comprendía—. No podía decirle que esperaba un hijo suyo. No quería que él se sintiera obligado a hacer algo al respecto y me daba vergüenza decírtelo, por eso decidí abandonar Cape Town.

—¡Dios mío, Sherry! —gimió—. ¡Ojalá lo hubiera sabido!

—No te mortifiques —Sherry quedó confusa por la reacción de Brenda.

—¿No comprendes, Sherry? —preguntó angustiada—. Tenía premeditado invitarte esta noche porque sabía que Roll vendría. Nunca he dejado de pensar que seguías amándolo y deseaba ver tu reacción, pero de haber sabido que tienes una criatura de él, no lo hubiera hecho.

—No te sientas culpable —aseguró Sherry—. Es mi culpa por no haberte dicho antes la verdad, pero me alegro de que mi tía haya insistido en que tomara unas vacaciones sin David.

—¿Tuviste un chico?

—Sí —respondió—. Y es la imagen del padre.

—Sherry, lo lamento —acongojada, Brenda miró a su amiga—. ¿Qué sucederá ahora?

—No lo sé —Sherry suspiró y se retiró un mechón del rostro—. Sólo me queda la esperanza de que la relación de Roll con Delphine sea tan seria como piensan todos y que me deje tranquila.

«Quizá me dediques una noche para que podamos hablar sin

interrupciones», recordó la sugerencia de Roll y oró en silencio porque él hubiera aceptado su rechazo.

Cuando Jonathan la llevó al centro de la ciudad, Sherry estaba muy perturbada y permanecía en silencio.

—Sherry… —le ciñó el brazo cuando ella se disponía a salir del coche—. Deseo añadir mis disculpas a las de Brenda.

—Tranquilízate, Jonathan —le dio poca importancia a la disculpa—. Yo soy la culpable porque de haber sido sincera con vosotros, hubiéramos evitado lo ocurrido esta noche.

—Desde luego, sabes que si Roll se entera tendrás problemas —comentó.

—Lo sé —confesó.

—Cuídate, por favor.

—Lo haré —prometió y salió del coche—. Buenas noches y gracias, por traerme.

Capítulo 6

El tiempo cálido, casi bochornoso, continuó durante la semana y Sherry se hizo el propósito de mantenerse alejada del hotel el mayor tiempo posible. Desde su encuentro con Roll, se sobresaltaba cada vez que el teléfono de su habitación sonaba. Se dijo que no debía ser tan tonta, que la mirada impersonal y fría de Roll había sido suficiente evidencia de que él no la amaba. No existía motivo para que creyera que intentaría comunicarse con ella.

La mañana del lunes fue al castillo. Iba recordando la lobreguez de las celdas mientras regresaba al hotel, poco antes de la comida, y se puso muy nerviosa cuando le dieron el mensaje de Jonathan Hunt, en recepción. Se puso lívida al recibir el trozo de papel en el cual estaba escrito el número telefónico de Jonathan y cuando llegó a la habitación pidió línea para comunicarse con él.

—Me ha parecido correcto decirte que Roll me ha llamado esta mañana para preguntarme en qué hotel te alojas y no he podido negarle la información sin que sospechara algo —le explicó Jonathan.

—Gracias, Jonathan —Sherry palideció.

—¿Estarás bien? —preguntó preocupado y Sherry se enterneció.

—Por supuesto —aseguró—. Si algo sucede, te llamaré.

El corazón le latía y la mano le temblaba cuando dejó el auricular. Había podido convencer a Jonathan, pero no estaba segura de poder tolerar la situación en caso de que Roll se pusiera en contacto con ella. No deseaba verlo.

Se bañó, se puso un vestido de algodón floreado y unas sandalias, antes de salir a comer. La caminata para bajar del castillo le había abierto el apetito, pero la noticia de Jonathan se lo había quitado de modo que sólo pidió una ensalada y una taza de té.

Al terminar de comer subió a la habitación. El corazón casi se le subió a la garganta cuando levantó el auricular, después de oír el timbre del teléfono.

—¿Señorita Jaeger? —preguntó la telefonista y después de que Sherry se lo confirmó, añadió—: El profesor van Cleef la llama, ¿le paso la llamada?

—Sí, gracias —respondió después de aspirar profundo, para

darse fuerza.

—Hola… Sherry —murmuró Roll.

—Dime —respondió a secas.

—Me agradaría que cenaras conmigo esta noche —parecía una orden y no una invitación—. Debo hablar contigo acerca de algo importante.

—Ya tengo planes para esta noche —mintió.

—¿Entonces podrás comer conmigo mañana?

—No, yo… —buscó una excusa plausible—. Estaré fuera todo el día.

—Entonces, quizá mañana por la noche.

A Sherry ya no se le ocurrieron más excusas y aunque la insistencia de Roll comenzaba a cansarla, estaba decidida a no dejarse convencer.

—Roll, no creo que tengamos de qué hablar y yo…

—¿Mañana por la noche? —la interrumpió.

—De acuerdo, si insistes…

—Iré por ti a las siete —terminó y Sherry se quedó con el auricular en la mano. Luego lo colocó en su sitio y se sintió frustrada y molesta.

Había aceptado ver a Roll sólo por deshacerse de él.

Sherry pasó el resto de la tarde en la habitación del hotel, haciendo y recibiendo llamadas telefónicas hasta confirmar sus planes. Tenía hechos todos los arreglos cuando llamó a Brenda, y no había dejado nada al azar.

—Brenda, voy a acortar mis vacaciones —explicó—. Mañana por la tarde regresaré a casa.

—¿Por qué? —exigió Brenda desilusionada.

—Roll insiste en verme —explicó—. He tratado de rechazarlo, pero él no se ha dejado convencer y para serte sincera, no estoy dispuesta a verlo bajo ninguna condición. No puedo darme ese lujo. ¡No en este momento!

—Comprendo —murmuró Brenda.

—¿Puedo confiar en ti para que sigas guardando mi secreto? —preguntó nerviosa.

—Por supuesto, Sherry, confía en nosotros —respondió y Sherry se tranquilizó un poco.

—Gracias, te escribiré pronto.

Hablaron un rato antes de despedirse y Sherry comenzó a llenar la maleta. Regresaría a casa, a Kromrivier para estar con David y la tía Margaret… y de esa forma, Roll no la encontraría.

El tren se detuvo en Kromrivier a las seis y media de la mañana del miércoles. Sherry sintió que el corazón le daba un vuelco de alivio y emoción cuando abandonó la destartalada estación para coger un taxi que la llevaría a casa de su tía.

La puerta de la casa estaba abierta y Sherry dejó la maleta en el pequeño vestíbulo. Oyó que su tía se movía en la cocina y los balbuceos de David. Sin saber por qué se tranquilizó.

Margaret Jaeger agrandó los ojos al ver a Sherry y el pequeño David sonrió y levantó los bracitos para hacerle saber que deseaba que lo cogiera. A Sherry no le hizo falta una segunda invitación. Cogió al niño de la silla, lo cubrió de besos y lo hizo reír. Los deditos quedaron entrelazados en el largo cabello de su madre, pero a Sherry no le molestó.

La mirada de Sherry se topó con los ojos de Margaret y las dos sonrieron. Sherry conocía bien a la mujer para saber que detrás de la expresión serena, pero enigmática, había curiosidad; sin embargo, David estaba de humor juguetón y las preguntas tendrían que esperar.

Desayunaron en la cocina y luego David jugó contento en la habitación de Sherry mientras ella sacaba las cosas de la maleta. No deseaba perderlo de vista, pero cuando dio muestras de somnolencia, lo acostó en la cuna y abandonó el cuarto para ir a tomar un té con la tía en el sombreado jardín.

—Se suponía que te quedarías en Cape Town dos semanas —recalcó la mujer cuando terminó de servir el té.

—No podía arriesgarme a quedarme más tiempo —explicó Sherry, sabía que no debía ocultar la verdad—. Asistí a una fiesta en casa de Brenda y Jonathan, el viernes por la noche y allí vi a Roll van Cleef.

—¿Qué sucedió? —preguntó alarmada la tía Margaret.

—Él iba con otra mujer, pero me sugirió que nos viéramos en otra ocasión para poder hablar —Sherry calló un momento porque tuvo un ligero estremecimiento—. Le hice ver con mucha claridad

que la idea no me agradaba y esperaba que el asunto terminaría ahí, pero no fue así. Roll logró sacarle a Jonathan el nombre del hotel donde me hospedaba y el lunes por la tarde me llamó por teléfono. Deseaba que cenara con él esa noche porque quería hablarme de algo, pero lo rechacé diciendo que tenía otro compromiso.

—Y, desde luego, mentiste —comentó Margaret Jaeger muy comprensiva.

—Sí —confirmó y al bajar la cabeza descubrió que movía el té con innecesario vigor—. Roll fue muy insistente y por fin, acepté cenar con él anoche, pero se lo dije sólo para que dejara de molestarme.

—De modo que en vez de verlo, reservaste asiento en el primer tren que salía de Cape Town y cuando Roll van Cleef llegó al hotel, el pajarillo había volado… perdóname la expresión.

—Sí —respondió tratando de imaginarse, y no por primera vez, la reacción de Roll al enterarse de que se había ido.

—¿Crees que tu decisión fue sensata?

—No me puse a meditar —Sherry sintió la primera puñalada de inquietud—. Sólo deseaba huir.

—Dudo que sea tonto y de estar yo en su lugar tendría mucha curiosidad por saber por qué no deseabas verme —opinó—. Me preguntaría qué quieres ocultarme o haría lo indecible por averiguarlo.

Margaret Jaeger habló con la sabiduría y la comprensión cosechadas durante toda una vida y Sherry sintió que la frialdad del temor fluía por sus venas.

—¡Dios mío! —gimió con los ojos agrandados por el susto—. ¡No sé me ha ocurrido pensar eso!

—Nunca he estado de acuerdo contigo en que le ocultaras la verdad, pero creo que el secreto estaría más seguro si hubieras acudido a la cita en vez de huir —las palabras de Margaret obligaron a Sherry a aceptar que había cometido un error.

—¡Tía Margaret, me aterrorizas!

—No ha sido esa mi intención, querida —sonrió—. Pero si existe otra mujer en su vida, tal como has sugerido, quizá no le dé importancia a tu desaparición y olvide el asunto.

La mano de Sherry tembló cuando se llevó la taza a los labios

para beber el té. La mente le daba vueltas mientras aceptaba y descartaba los hechos; deseaba calmar su inquietud, pero Margaret le había evidenciado un aspecto que ella no debía ignorar. Roll no era tonto, poseía una inteligencia ágil y no olvidaría su desaparición.

Para Sherry, los siguientes días fueron los más largos de su vida. Pensó en ir a pedirle consejo a Gordon Shaw, pero decidió no hacerlo. Era problema de ella, y de ser necesario, tendría que resolverlo sola.

El sábado por la mañana, salió por primera vez de la casa a hacer unas compras. Empezaba a estar menos nerviosa. Se convenció de que Delphine Ingram era la única mujer que importaba a Roll. Sherry le había dicho que no deseaba verlo y él no tenía manera de averiguar su dirección. Brenda y Jonathan jamás divulgarían esa información de modo que no había motivo de preocupación.

Se quedó más tiempo del planeado en el pueblo. La gente, amable y cálida, se detuvo para hablar con ella como lo hacían desde su llegada a Kromrivier. Trabajar con Gordon Shaw le había permitido conocer bastante pronto a casi todos los habitantes de allí.

Era casi mediodía cuando Sherry llegó a casa de su tía. Esperaba pasar el último fin de semana libre en casa. Luego, volvería al trabajo y la rutina se volvería establecer. Hizo una mueca al acercarse a la casa. Había visto un Rover Sports blanco aparcado en la calle, frente a la casa. La matrícula era de Cape Town y sin que se lo dijeran comprendió que el dueño era Roll van Cleef.

Aparcó el coche y empezó a meter la compra en la casa.

Vio que la sala estaba vacía. Por la ventana, se percató de que Roll y Margaret estaban sentados en el jardín y que David permanecía sentado en el regazo de Roll y captaba la atención del padre con sus balbuceos.

«¡Dios mío!», gimió en silencio y luchando contra el aciago presentimiento que amenazaba con hundirla. «¿Lo sabrá Roll, sabrá que tiene a su hijo en brazos?»

Sin saber lo que hacía, se dirigió al jardín.

El rostro de Roll permaneció impasible cuando la vio y eso aumentó el pavor de Sherry. Años atrás podía medir los

pensamientos del hombre, por ocultos que estuvieran, pero en ese momento parecía que una barrera de acero los separaba. Había conocido al hombre casi tan bien como se conocía ella misma, pero, de pronto, era de nuevo un extraño.

—Hola, Sherry —murmuró mirándola y cuando David se inclinó hacia ella con los bracitos extendidos, lo aceptó como si deseara protegerlo del hombre que era su padre.

—¿Qué haces aquí? —exigió con severidad.

—Como no te presentaste a la cita que teníamos he creído oportuno venir a averiguar el motivo.

La mirada de Sherry se encontró con la de Margaret Jaeger. Su tía tuvo razón, Roll no era tonto e hizo exactamente lo que Margaret pensó que podría hacer.

—Me llevaré a David y os dejaré solos —anunció Margaret. Rodeó la mesa para quitarle el niño a Sherry y se dirigió al interior de la casa, sin esperar contestación.

—¿Quién te ha dado mi dirección? —exigió Sherry, a pesar de que temía la respuesta.

—La recepcionista del hotel fue muy amable y me permitió ver el registro.

Sherry había creído que Jonathan y Brenda la habían traicionado y se avergonzó por ello. Había olvidado que había puesto Kromrivier al registrarse en el hotel y para Roll fue suficiente. Todos en el pueblo la conocían y no debía de haber tenido ningún problema en averiguar la dirección exacta.

—¿Qué quieres?

—Siéntate y te lo diré —respondió Roll con una seguridad que ella le envidió, pero no permitiría que el encuentro se prolongara.

—Preferiría que hablaras y te fueras —replicó.

—¡Siéntate! —habló quedo, pero fue una orden. Se sentó en el borde de la silla que había desocupado su tía y Roll se acercó a ella.

—Háblame de David —murmuró.

—¿David? —repitió ronca y presa del pánico.

—Sí, Sherry —su burlona sonrisa fue un mal presagio—. Háblame de mi hijo.

El día era cálido, pero Sherry tuvo escalofríos.

—¡Estás loco!

—No tanto como tú que pensaste que no me enteraría —se puso

de pie y se cernió sobre ella de manera amenazadora—. Ahora comprendo el motivo de tu animosidad y no menosprecies mi inteligencia tratando de negar que es mi hijo.

Sería inútil mentir porque Roll seguía teniendo la extraña habilidad de adivinar sus pensamientos así que se mostró resignada a lo inevitable.

—Vete, por favor, Roll —le rogó como último recurso—. Vete y déjame en paz para que viva como crea conveniente.

—En este preciso momento, no me interesa cómo vives —respondió severo—. Me preocupa el futuro de mi hijo.

—Eso no debe preocuparte porque no te concierne.

—Me concierne y me preocupa, Sherry —insistió—. ¡Dios mío!, ¿por qué no me dijiste que estabas embarazada?

—Dijiste que no habría ningún compromiso entre nosotros y yo acepté. ¿Lo recuerdas? Cuando te pedí que te quedaras conmigo aquella noche era consciente de la posibilidad de un embarazo y al comprobarlo no vi motivos para decírtelo.

Nuevamente, Sherry tuvo la sensación de estar hablando con un extraño. El rostro le era conocido, pero la personalidad no era la del hombre que conoció antes.

—¿Qué tipo de hombre crees que soy? —exigió furioso y ella se puso más pálida—. ¿No se te ha ocurrido pensar que yo querría que te cuidaran hasta mi regreso de la expedición?

—¿Qué hubieras hecho, Roll? —exigió ella también, valiéndose del sarcasmo como defensa—. ¿Te hubieras casado conmigo para convertirme en tu esposa? ¡No, gracias! No deseaba un matrimonio en esas condiciones, ni contigo ni con nadie.

—No me interesa lo que deseas, pero la criatura… —señaló la casa—, es responsabilidad de los dos. ¡Soy el padre y tiene derecho a llevar mi apellido, así que me aseguraré de que así sea!

—¿De qué estás hablando? —las garras del temor le estrujaron el corazón.

—¡Te agrade o no, te casarás conmigo! —su serenidad desapareció.

—¡Estás desquiciado! —gritó y se puso de pie.

—No quiero que la criatura crezca pensando que a su padre no le interesó si vivía o moría —le dijo controlando a duras penas la furia y Sherry se estremeció—. ¡David es mi hijo! —añadió casi a

gritos—. Ayudé a engendrarlo. Él lo sabrá. ¿Comprendes?

—¿Qué me dices de Delphine Ingram? —Sherry buscó cómo salir de la situación—. Tengo entendido que planeas casarte con ella.

—¿No crees que eso tendrá que esperar? —apretó los labios con furia.

—¿Crees que le alegrará que canceles los planes? —insistió desesperada.

—Por el momento, mis necesidades personales no tienen importancia —replicó—. Delphine tendrá que comprender y aceptar.

«Lo dudo», pensó Sherry con cinismo.

—No me casaré contigo —gritó recurriendo a la furia porque no había logrado convencer a Roll—. No me casaré contigo y no podrías obligarme porque no tienes ningún argumento legal para reclamar a David.

—De estar en tu lugar no me apresuraría tanto a rechazar mi propuesta de matrimonio —le advirtió—. Cuando David tenga la edad para hacer preguntas deseará saber por qué lo privaste de la oportunidad de conocer a su padre y cuando me busque no le ocultaré la verdad. Le diré que su madre tuvo la culpa de que los demás chicos lo ridiculizaran durante su niñez y lo perderás, Sherry. Piénsalo bien —sugirió—. Esta noche regresaré para que me des tu respuesta.

Dio la vuelta y se alejó dejándola boquiabierta e incrédula. La mente le daba instrucciones, insistía en que lo siguiera a la casa y hablara de una vez por todas, pero las piernas le pesaban como si fueran de plomo y se negaron a obedecerla.

Dos años antes se hubiera casado con Roll, pero ya no, no porque creyera que él se sentía obligado con ella. Le resultaba odioso pensar en el matrimonio, aunque la advertencia de él le había llegado al fondo de su ser. David era de ella, era su responsabilidad y Roll no tenía derecho a entrometerse. Pero, ¿qué pasaría si las predicciones de Roll se realizaban?

Cuando Sherry entró en la casa, el hombre ya se había ido. Ella nunca supo cómo logró pasar la siguiente hora hasta que David concilio el sueño.

—¿Cómo ha sabido Roll que David es su hijo? —le preguntó a la

tía cuando ésta entró en la habitación.

—¿Realmente necesitas que te conteste? —preguntó Margaret a su vez.

Sherry observó de nuevo a su hijo y supo la respuesta sin que se la dieran. El oscuro pelo, las largas pestañas que sombreaban los ojos muy azules y las facciones infantiles con la sugerencia de un hoyuelo en la barbilla hablaban por sí solos. David era hijo de Roll y éste tendría que ser ciego para no darse cuenta.

—Prepararé una jarra de té —la tía interrumpió los pensamientos de la joven—. Vamos a la cocina para hablar sin que despertemos a David.

Sherry aceptó con un movimiento de cabeza y siguió a la mujer por el corto pasillo hasta la cocina. Se sentaron a la mesa y Margaret sirvió el té en las delicadas tazas de porcelana.

—Imagino que él te ha propuesto matrimonio —Margaret Jaeger rompió el silencio.

—Imaginas bien.

—Pero tú no deseas casarte con él.

—Cierto —declaró decidida—. No podrá obligarme.

—Piensas sólo en ti, no tienes en cuenta a David —la acusó la tía.

—¿De qué lado estás, tía Margaret?

—Del tuyo y del de David —aseguró la mujer—. Y sé que sólo deseas lo mejor para tu hijo.

—Sí, pero…

—Un niño necesita a su padre, Sherry —señaló con mucha lógica—. Existe el asunto de la educación. Ganas un buen sueldo, pero nunca podrás brindarle las oportunidades que puede darle su padre. ¿Privarás a tu hijo de todo aquello que le pertenece al rechazar la propuesta de Roll?

—Tu pregunta no es justa —reclamó inquieta.

—En este momento puede parecerte injusta, pero te sugiero que lo medites bien antes que Roll regrese esta noche.

Sherry así lo hizo, se pasó el resto de la tarde pensando que tanto Roll como su tía habían mencionado un punto muy importante. Ella deseaba lo mejor para David y no quería perderlo. Si se casaba con el padre, Roll se aseguraría de que su hijo tuviera lo mejor y ella se libraría de la amenaza de que la acusaran

después, pero el precio era demasiado alto.

Roll regresó a las siete. Margaret Jaeger lo recibió y con mucho tacto dejó a la pareja sola en la sala.

—¿Y bien? —exigió Roll y no se refería a los sentimientos de Sherry. Deseaba una respuesta y ella sabía que sólo había una.

—Me casaré contigo —respondió a secas—. Pero quiero que sepas que lo haré por el bien de David.

—No pensaba que fueras a aceptar por otro motivo —repuso con dolor—. Ahora, sólo necesito saber la fecha de la boda.

—No podré responderte hasta que no hable con el doctor Shaw. Depende del tiempo que tarde en reemplazarme.

No le agradaba la idea de decirle al médico que dejaría el trabajo para casarse con Roll, pero ya se plantearía ese problema más adelante.

—Confío en que me avisarás tan pronto lo sepas para que haga los trámites necesarios —interrumpió los pensamientos de Sherry—. Estoy en el hotel y mi estancia dependerá de ti —la miró con un dejo de amenaza—. ¡No vuelvas a tratar de huir!

Esa mañana antes de la comida, Sherry había sido testigo de la furia de Roll y no deseaba exponerse a ella otra vez. Sin poder hablar, asintió y él salió de la casa.

Capítulo 7

Sherry tuvo la oportunidad de hablar con el doctor Gordon Shaw en el consultorio el lunes por la mañana, cuando hubo un respiro entre paciente y paciente. Le disgustaba tener que darle la noticia, pero no debía retrasarla.

—Me enteré de que regresaste antes de lo esperado —Gordon sonrió con calidez—. Quería haberte visto antes, pero he estado muy ocupado atendiendo a varios pacientes con el mismo virus estomacal.

—No necesitas disculparte —le aseguró Sherry porque sabía muy bien que en ocasiones, la vida de un médico era muy dura.

—También me he enterado que tienes visita de alguien de Cape Town y que se aloja en el hotel —añadió y esas palabras la sorprendieron.

Sin darse cuenta, Gordon le brindaba la oportunidad que ella necesitaba y no había motivo para que retrasara el momento de la verdad; sin embargo, se puso nerviosa.

—Tengo que comunicarte algo… —comenzó a decir con la vista fija en el suelo, al tiempo que se animaba a proseguir—. Es importante que lo sepas por mí y no por otra persona.

—Sea lo que sea, Sherry, sabes que cuentas con mi apoyo. Las lágrimas le irritaron los ojos a la joven quien parpadeó para detenerlas. Como siempre, Gordon era muy amable, pero ella le correspondía con algo que lo iba a lastimar.

—La persona que ha venido a verme es el padre de David, el profesor Roll van Cleef.

No pudo mirar a Gordon, pero oyó que aspiraba profundo. Ella permaneció sentada, sintiéndose infeliz y mirando los bordes del escritorio de nogal.

—Creo haber oído ese nombre —respondió Gordon controlado —. ¿No fue el jefe del grupo de científicos y biólogos marinos que fueron al Antártico hace dos años?

—Sí —Sherry levantó la cabeza con los párpados entrecerrados —. Desea que nos casemos lo antes posible.

—Comprendo su prisa y la aplaudo, te echaré de menos.

Sherry no dijo más. ¿Qué podía decir?

—¿Se parece David a su padre?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¿Sigues amando a ese hombre? —sorprendida, Sherry levantó la cabeza y notó impaciencia en el rostro de Gordon—. Creo que tengo derecho a saberlo, Sherry.

—No sé… qué siento —tartamudeó—. Creía que seguía amándolo, pero ha cambiado tanto que me parece un extraño y me asusta.

Gordon se levantó y se dirigió hacia Sherry para ceñirle las manos.

—No temas. Sé que lo amaste mucho y quizá descubras que sigues queriéndolo, pero recuerda que siempre estaré aquí en caso de que llegues a necesitarme.

—¿Es preciso que seas tan amable conmigo cuando no he hecho más que lastimarte? —preguntó molesta, pero él sonrió más abiertamente.

—Soy amable porque tengo un estupendo motivo —respondió con tranquilidad—. Si Roll van Cleef no te hace feliz, pronto lo sabré y lucharé por ti, Sherry. Mereces que luche, así que estás sobre aviso.

Sherry no supo qué sentía en ese momento. Cualquier mujer se hubiera sentido feliz al saber que un hombre como Gordon Shaw la amaba hasta el punto de estar dispuesto a luchar por ella, pero para Sherry fue algo que la consternó.

—¿Cuándo podrás prescindir de mi trabajo? —se obligó a preguntar.

—A partir de este momento —respondió y Sherry no le preguntó cómo se las arreglaría, bastante molesto había sido tener que decirle que iba a casarse. Ya sólo le faltaba informarle a Roll que podría casarse con él en el momento que decidiera.

Pero temía al matrimonio y lo único que la consolaba era saber que lo haría por el bien de David.

Sherry prefirió ver a Roll en terreno neutral y no en casa de su tía, así que fue al hotel. Lo encontró sentado en la terraza, tomándose un vaso de *whisky*. La amenaza en los ojos masculinos entrecerrados la hizo detenerse un momento, antes de que terminara de subir los escalones.

—Esto es un inesperado placer —sonrió con la boca torcida y se

puso de pie. Sherry se preguntó si había sido buena idea ir a verlo al hotel.

—¿En dónde podemos hablar en privado?

—Sólo en mi habitación encontraremos aislamiento —comentó Roll porque la terraza estaba atestada.

Antes de que ella pusiera alguna objeción, le ciñó el brazo y la condujo al interior del hotel.

—¿No te parece que la vista es maravillosa? —comentó Roll con burla—. Aunque supongo que no has venido para admirar el panorama.

Sherry había deseado verlo en terreno neutral, pero jamás habría imaginado que quedaría aislada en un ambiente tan íntimo así que el nerviosismo le cerró la garganta. Roll era muy viril y ella resintió su propia reacción al magnetismo que él irradiaba.

—¿Y bien?

—Estoy libre para casarme cuando lo desees —dijo con rapidez para no cambiar de opinión.

—No tengo tiempo que perder —opinó él—. Haré los arreglos pertinentes para el próximo sábado y luego nos iremos a Cape Town.

—¿Tiene que ser tan pronto? —preguntó a duras penas.

—Cuanto antes, mejor —torció la boca con una enfadada sonrisa como si le hubiera leído el pensamiento—. No te será difícil ser mi esposa.

Con fuerza de acero le ciñó los hombros y como la sorprendió descuidada, Sherry no pudo defenderse cuando los sensuales labios la besaron con fuerza. A pesar suyo, se estremeció por el despertar de emociones que habían permanecido dormidas mucho tiempo; su cuerpo se abandonó, a pesar de que su mente rechazaba el contacto.

Cuando Roll la soltó, Sherry se tambaleó, respiraba entrecortadamente y se sentía humillada, pero tuvo que apoyarse en él y sentir los fuertes músculos.

—¿Comprendes lo que he querido decir? —se burló de ella, pero la furia le dio la fuerza suficiente para alejarse de él.

—¡Te odio, Roll! —exclamó, arrebolada de furia y vergüenza—. ¡Te odio por lo que me haces!

—Tranquila, el sentimiento es mutuo.

Se casaron el sábado en el pequeño templo de piedra, construido entre cipreses. El día era caluroso. Estaba de pie, frente al altar, al lado de Roll. Sostenía el ramo de claveles rosas que la tía Margaret había insistido en darle y las sienes le palpitaban con tanta fuerza que casi no oía la voz del ministro.

Era el hombre a quien ella había amado con desesperación dos años antes y a quien había creído su compañero del alma, pero en ese momento no existía comunicación de mente ni de espíritu entre ellos. Años atrás, no había habido necesidad de buscar afinidades, habían surgido con sólo verse, pero Sherry comenzaba a pensar que sus bellos recuerdos no eran más que un sueño.

Roll le deslizó un sencillo anillo de oro en el dedo anular de la mano izquierda. El contacto fue impersonal, pero Sherry experimentó una sensación que la hizo remontarse al pasado, a la terraza en casa de Brenda donde Roll la conquistó con el contacto de la mano para conducirla a un mundo de extrañas emociones del cual nunca deseó huir.

Cuando terminó la ceremonia, Roll se volvió hacia ella, pero Sherry no pudo sostenerle la mirada. Temió que él adivinara sus pensamientos y trató de controlarse. Aún reaccionaba al magnetismo que ejercía en ella, pero no le daría la satisfacción de que lo supiera. Había aceptado el matrimonio por el bien de su hijo y debía recordar que podría haber otra separación.

La esposa del ministro añadió su firma al registro, en calidad de segunda testigo del matrimonio. Luego salieron al calor exterior del mediodía.

—Tendremos que irnos pronto —anunció Roll cuando regresaban a casa de Margaret—. El trayecto a Cape Town es largo y quisiera llegar esta noche.

Nerviosa, Sherry volvió la cabeza para mirar a su tía que estaba sentada en el asiento de atrás del Rover Sports y Margaret Jaeger le sonrió a su vez para tranquilizarla.

—Te echaré de menos —declaró la mujer un poco más tarde, cuando se despedía de Sherry y David con lágrimas en los ojos.

—También nosotros te extrañaremos —aseguró Sherry conteniendo el llanto—. Jamás podré agradecerte todo lo que has hecho por mí y por David —murmuró al dejar de abrazarse.

—Yo tampoco podré darte las gracias por haber cuidado a Sherry cuando necesitaba apoyo —añadió Roll.

Sherry miró al hombre que ya era su esposo y le pareció extraño que él dijera algo semejante. ¿Lo habría dicho en serio o sólo había querido impresionar a Margaret? Antes, no hubiera sido necesario hacerse esa pregunta. Hubiese sabido la respuesta, pero en ese momento, existía una barrera invisible entre los dos.

Cuando se alejaban de Kromrivier, Sherry recordó que no se había despedido de Gordon Shaw, pero pensó que quizá fuera mejor así. Por más que él quisiese ayudarla no cambiaría el hecho de que ella era la esposa de Roll van Cleef. Sólo ella podría determinar su propio futuro.

Lo que más la preocupaba era el futuro inmediato. ¿Cómo la recibirían los amigos y colegas de Roll? ¿Cómo reaccionaría Delphine Ingram al ver a otra mujer en la vida de Roll?

Los brazos le dolían por el peso de David. El niño dormía y tenía la oscura cabecita apoyada en su pecho. Sherry le besó la frente, antes de pedirle a Roll que detuviera el coche para colocar al niño en el asiento de atrás.

—No te muevas —ordenó Roll al detener el coche, antes de salir y dirigirse hacia la puerta de ella.

David no se movió cuando Roll lo cogió y lo acomodó en el asiento posterior. Minutos después reanudaban el trayecto rumbo a Cape Town.

Roll no trató de aligerar el tedio del largo viaje con una conversación amable. Desde que Sherry había salido de la habitación del hotel, aquel lunes, se había establecido poca comunicación entre ellos. Él se encargó de todos los trámites y sólo le pidió su opinión acerca de algunos detalles legales. Habían pasado menos de media hora juntos en la joyería del pueblo donde eligieron los anillos matrimoniales.

Por lo tanto, el viaje fue silencioso y con pocas paradas. Sherry se tranquilizó cuando vislumbró las lejanas luces de Cape Town. Estaba cansada y tensa y como David se movía inquieto tuvo que llevarlo de nuevo en el regazo.

Roll siguió hasta Constantia. El nombre «Cinco Robles» estaba grabado en uno de los pilares de la entrada del camino hacia la casa que ella recordaba. Dada la oscuridad no podía ver mucho, pero ya

tendría suficiente tiempo para conocer los alrededores. Abrieron la pesada puerta de madera y la mujer negra de uniforme azul y delantal blanco los dejó pasar. Sherry había conocido a esa robusta mujer, de pelo cano, hacía dos años y la señora reconoció a Sherry.

—Buenas noches, Connie —Roll saludó a la mujer e hizo señas hacía Sherry que trataba de controlar la irritación del cansado chiquillo—. Le presento a mi esposa y a mi hijo, David que está de muy mal humor.

El orgullo en la voz masculina fue inconfundible y el corazón de Sherry se ablandó un poco.

—Me da mucho gusto volver a verla, señora —la mujer sonrió y observó a la criatura con ternura maternal.

—¿Han preparado las habitaciones según mis instrucciones? —preguntó Roll a Connie a la vez que Sherry observaba el amplio y alfombrado pasillo con antiguas arañas de cristal que pendían del techo. Todo estaba como recordaba.

—Sí, profesor —aseguró la mujer—. Si desea, le pediré a George que suba las maletas.

Roll asintió y le indicó a Sherry que subiera por la escalera. Ella se apoyó en el pasamanos de madera labrada y caminó al lado de Roll.

Cuando llegaron al primer piso, Roll la siguió a la izquierda y abrió la primera puerta a la derecha.

—Esta será la habitación de David —le informó.

Ella encontró el interruptor en la pared y en silencio, observó la habitación decorada con todo lo necesario para un niño. Sin duda, Roll se había tomado la molestia de que la amueblaran.

—Es muy bonita y estoy segura de que David estará contento con ella —agradeció.

—Y tú, ¿estarás contenta en Cinco Robles? —sus ojos brillaron de manera extraña.

—Mi felicidad no tiene importancia —respondió a secas al colocar a David en el suelo para que gateara e investigara por su cuenta—. Estoy aquí a causa de David y estaré satisfecha si lo veo contento.

—¡Qué alma tan sacrificada! —Roll se burló de ella por lo cual Sherry se enfadó, pero en ese momento David exigía su atención y lo cogió para apaciguarlo.

En ese mismo momento, Connie entró en la habitación y sonriente extendió los brazos hacia el pequeño que dejó de llorar y permitió que la mujer lo alzara, hecho que sorprendió a Sherry.

—Me encantan las criaturas, señora —explicó Connie al intuir la sorpresa de Sherry—. Tengo seis hijos y cuatro nietos.

—Entonces David está en buenas manos —Sherry sonrió aliviada.

—Las maletas están en la habitación principal, señora —Connie sonrió abiertamente.

La habitación principal. Sherry se puso tensa, pero Roll la ciñó del brazo para conducirla por el pasillo hasta la habitación que a Sherry le pareció dolorosamente conocida.

Quiso hablar, pero no pudo pronunciar palabra porque unas voces del pasado hacían eco en su cerebro. «Haces que me pregunte por qué me he dejado llevar por una relación y por qué razón tendría que verte en el futuro… Comienzo a preguntármelo también».

Trató de dominarse a la vez que le señalaba la maleta de David a Connie y miró a su alrededor cuando volvió a quedarse a solas con Roll.

—Necesito hacer algunas llamadas telefónicas —anunció él con lo que interrumpió las voces espectrales del pasado—. Te veré abajo, a la hora de la cena.

Salió de la habitación antes de que Sherry pudiera decir algo.

Notó que habían redecorado la habitación. Una inmensa cama de cuatro postes dominaba el dormitorio y en vez de la colcha de seda azul había otra de color limón. El espejo de cuerpo entero del enorme ropero de madera hacía juego con el tocador; las dos piezas tenían por lo menos cien años. Los ojos de Sherry se dirigieron de nuevo a la cama. Pensó que se perdería en ese inmenso lecho y el nerviosismo la hizo reír. A menos que…

Cerró la mente a aquellos pensamientos y se concentró una vez más en la decoración. Por lo visto a Roll le agradaba coleccionar muebles y piezas antiguas. Eso era algo que había ignorado, pero seguro que descubría más características acerca del hombre con quien se había casado.

Casada, era extraño pensar que estaba desposada porque no se sentía casada. Los trámites y la boda se habían realizado de manera

tan impersonal que si no fuera por la presencia del anillo en su dedo hubiera pensado que todo era un sueño.

El día había sido traumático, de una manera u otra, pero no tenía tiempo para ponerse a pensar. En menos de una hora tendría que bajar para cenar y necesitaba bañarse y cambiarse de ropa.

Veinte minutos después salía del baño, pero el agua caliente no le había quitado la tensión que representaba cenar a solas con Roll. Para darse confianza se aconsejó fingir que se embarcaba en una aventura, aunque vivir en la misma casa con el esposo que había aceptado sólo por ser el padre de su hijo, no sería ninguna aventura.

Sherry eligió un vestido de seda, cómodo y fresco; se dejó el pelo recogido hasta que terminó de maquillarse para darle un poco de color al pálido rostro.

—¡Dios mío! —gimió al quitarse las peinetas del pelo para que le cayera sobre los hombros—. ¿En qué lío me he metido?

Con mucho vigor se cepilló la cabellera y se aplicó un poco de su perfume favorito detrás de las orejas. Exteriormente estaba preparada, pero su interior temblaba cuando salió de la habitación para ir a la de su hijo.

David estaba bañado y estaba sentado en una silla alta, contento y alimentándose solo con una cuchara. Connie lo vigilaba.

—¡Mamá! —gritó feliz el niño al ver a Sherry y ella se acercó para besarle los oscuros rizos.

—Sé buen niño.

—Buen niño —repitió orgulloso.

—Baje a cenar, señora —sugirió Connie—. Yo me quedaré con *kleinbass* David hasta que se duerma.

Sherry asintió y salió. No tenía prisa por bajar, pero al consultar su reloj comprendió que no debía retrasarse más.

Encontró la sala con facilidad, pero su corazón latió desenfrenadamente al entrar en la amplia habitación y ver que Roll tenía en las manos una botella de champán. Él se volvió, la observó y se dirigió hacia ella.

—Espero que no estés a punto de desmayarte —murmuró Roll en tono burlón.

Sherry se apoyó en el respaldo del mullido sillón para recobrar la compostura. No era el momento para desmoronarse y los años de entrenamiento severo en el hospital la ayudaron. Su corazón fue

recobrando el ritmo natural. Pensaría en su matrimonio con Roll como otro trabajo más y no permitiría que sus sentimientos la delataran.

—Debo estar muy cansada —murmuró para explicar su reacción.

—Y temerosa.

—¿Temerosa? —repitió y levantó la cabeza para mirarlo.

—Querida, es nuestra noche de bodas, ¿acaso lo has olvidado?

—Es algo que no podría olvidar —respondió a secas.

—Sin embargo, no debes temer —aseguró con sorna—. Me he casado contigo para ganarme a mi hijo y en este momento es lo único que me interesa.

¡El hijo de Roll!

Sherry sabía que él se había casado con ella sólo porque había dado a luz a su hijo y había aceptado el trato. ¿Entonces por qué le dolía tanto?

—Imagino que es lo único que te interesa —respondió con fingida calma y Roll le escudriñó el rostro antes de volverse para abrir la botella de champán.

Sherry aprovechó la oportunidad para mirar a su alrededor. La mullida alfombra hacía juego con las cortinas, las sillas y el sofá. Una criatura podía crear un verdadero caos en ese hermoso decorado. Tendría que cuidar a David si no deseaba que ocurriera algún incidente desafortunado.

El corcho de la botella voló y la sobresaltó. Se sentó en una silla, junto a una mesa de cubierta de mármol cuando Roll se volvió hacia ella con una copa de vino espumoso en cada mano.

La constante acusación en los ojos masculinos le llegaba al alma, hasta el punto que se sintió culpable. Roll le entregó una copa y se sentó frente a ella.

—¿Brindamos por nuestro futuro como familia? —sugirió al levantar la copa, pero Sherry movió la cabeza.

—Sería más apropiado brindar por los sacrificios que los dos hemos tenido que hacer para formar esta familia.

—¿Qué has sacrificado, Sherry? —preguntó sonriendo con cinismo.

—Tú has tenido que sacrificar tu matrimonio con Delphine Ingram y yo la posibilidad de encontrar la felicidad al lado de un

hombre a quien respeto y admiro —trató de consolarse diciéndose que en su declaración había una pizca de verdad.

—¡Respeto y admiración! —reclamó Roll con salvaje mofa—. ¿Eso te inspira Gordon Shaw?

—¡No te incumben mis sentimientos por él! —replicó.

—Quizá, pero te diré algo, mi querida Sherry —torció tanto la boca que la asustó—. La admiración y el respeto nada significan en un matrimonio, a menos de que también exista fuego entre el hombre y la mujer. Una vez tuvimos ese fuego y es posible que volvamos a encontrarlo, pero hasta entonces… —calló de manera significativa y alzó la copa—. ¿Brindamos por el futuro?

Sherry guardó silencio, las mejillas le ardían como si el fuego que había mencionado Roll se las hubiera encendido, y se llevó la copa a sus labios para darle un sorbo al champán con la esperanza de que le calmara los nervios.

—La cena está lista, profesor —anunció una joven desde la puerta y Roll se puso de pie.

—Gracias, Bettina —sonrió, cogió la botella de champán y señaló la puerta—. Por aquí, Sherry, y lleva tu copa.

El comedor estaba al otro lado del pasillo y Sherry no pudo dejar de admirar la antigua y larga mesa de fina madera. Le parecía irreal estar en casa de Roll y tardaría tiempo en adaptarse a la idea de que también era su hogar.

Roll se sentó a la cabecera y Sherry quedó a su izquierda. Los cubiertos de plata relucían sobre el mantel de encaje y el aroma que despedían las rosas del florero era muy agradable. Bebieron champán mientras esperaban a que les llevaran el primer plato. Como Sherry no estaba acostumbrada al lujo se sentía incómoda.

—Casi no has comido, Sherry —la acusó a mitad de la cena—. ¿La comida no es de tu agrado?

—Todo está delicioso, pero no tengo apetito.

—Los criados conocen mis gustos, pero como mi esposa, tienes la autoridad para hacer los cambios que juzgues pertinentes en cuanto a los alimentos y manejo de la casa —respondió con el acostumbrado dejo de burla.

—Gracias —respondió—. Pero no pienso alterar una rutina que marcha sobre ruedas y que te agrada.

—Este es tu hogar, Sherry, y espero que estés tan cómoda en él

como yo —apretó los labios.

Pero para Sherry el hogar seguía siendo la casita de Margaret Jaeger en Kromrivier y pasaría mucho tiempo hasta que pensara lo mismo de Cinco Robles.

—Aún no conozco bien la casa, Roll, pero lo que he visto me ha impresionado favorablemente —dejó los cubiertos sobre la mesa y ya no trató de fingir que comía.

—Es posible que algunos muebles te parezcan anticuados… —levantó los hombros y le indicó a Bettina que se llevara los platos.

Estaban solos en el comedor tomando champán cuando Roll retomó la conversación.

—¿Te agradan las antigüedades? —preguntó.

—Sí.

—Por lo visto, voy a seguir descubriendo facetas nuevas en la esposa que he conseguido con tanta prisa —comentó con la odiosa burla que tan bien conocía—. ¿Deseas más champán?

—No, gracias.

—Insisto —volvió a llenar las copas, dejó la botella en la cubeta con hielo y levantó su copa—. Me agradaría brindar por ti, Sherry.

—¿Un brindis por mí? —preguntó cautelosa.

—Eres una mujer muy bella y siempre me ha fascinado coleccionar objetos bellos —explicó.

—¿Estás clasificándome entre tus objetos de arte? —preguntó sintiendo que la sangre desaparecía de sus mejillas.

—¿Te molesta? —sonrió y observó los hombros descubiertos antes de detener los ojos de manera insolente en la seda que moldeaba los firmes senos.

—No soy un adorno ni una antigüedad —protestó con sentimiento.

—¿Prefieres que se aprovechen de ti en vez de que te admiren?

La sangre volvió a fluir en las mejillas de Sherry. Que Roll se aprovechara de ella, en el sentido que él sugería, sería el insulto final. Se enfureció y sin embargo se obligó a dominarse.

—Si tratas de atraparme para que diga algo de lo que pueda arrepentirme, no tragaré el anzuelo —respondió con una tranquilidad que desmentía su furia interna.

—Chica inteligente —rió quedo, empujó la silla y se puso de pie —. ¿Regresamos a la sala?

Sin haber tocado la copa, Sherry la dejó sobre la mesa del comedor y acompañó a Roll a la sala, donde habían colocado una bandeja con el café.

—¿Sirves tú? —preguntó Roll cuando se sentaron y Sherry asintió.

—Solo, sin azúcar —comentó ella al darle una taza a Roll—. Así te gusta, ¿no?

—Tienes buena memoria —esbozó una sonrisa y sus ojos sombreados la observaron—. Pero también la mía es buena.

Sherry presintió que él la desnudaba con la mirada y de nuevo tuvo que reprimir el enfado.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el Antártico? —trató de tocar un tema más seguro.

—Quince meses —la observaba con atención, por encima del borde de la taza, mientras saboreaba el humeante líquido—. ¿Pensaste en mí alguna vez?

—No muy a menudo —mintió, sin atreverse a mirarlo.

—Yo sí pensé mucho en ti —la declaración la sorprendió—. Durante los momentos libres, a temperaturas bajo cero, un hombre tiende a pensar en cálidos brazos y tiernos labios y Dios es testigo de que esas condiciones me permitieron valorar algunas cosas.

—¿Tuvo éxito científico el viaje? —preguntó, sin prestarle mucha atención a las perturbadoras palabras de Roll.

—Sí, aunque estaba impaciente por retornar a la civilización.

—Lo imagino —murmuró.

Terminaron de beber el café, el silencio se prolongaba y Sherry adquirió conciencia de la tensión que tenía en el cuerpo desde esa mañana. Se dijo que no había motivos para temer. Antes de la cena, Roll le había dicho claramente que sólo se había casado con ella a causa de David.

—Alguien de tu familia, además de la tía Margaret, ¿sabe lo de David?

—No.

—¿No les escribiste para que lo supieran?

—No —perdía compostura, pero se aferró a la poca que le quedaba con desesperación—. No me sentía orgullosa de estar embarazada siendo soltera.

—Supongo que ahora sí les escribirás —su expresión se

endureció.

—Quizá —levantó los hombros y él volvió a fruncir el ceño.

—¿No deseas que sepan que estás casada y que tienes un hijo?

—Mi madre está muy ocupada con su propio matrimonio para que le interese el mío y casi puedo decir lo mismo de mi hermano que trabaja demasiado como médico —respondió.

—Tienes una familia muy extraña —comentó Roll—. Con excepción de tu tía, en Kromrivier.

—¿Qué me dices de tu familia? —inquirió al recordar que sabía muy poco de él.

—No tengo familia, mi madre murió cuando yo tenía doce años y mi padre murió cuando entré en la universidad.

—Lo lamento —murmuró con conmiseración.

—No necesito tus condolencias —replicó severo—. Llevé una relación sana y normal con mi padre y pienso que tendré el mismo tipo de relación con David.

La frialdad en la voz masculina la congeló. No estaba en condiciones de analizar a Roll y menos de analizarse a sí misma. El cansancio le minaba la serenidad y ocultó un bostezo al cubrirse la boca con la mano.

—¡Vamos! —anunció Roll y se puso de pie—. Es hora de que te acuestes.

Sherry no discutió, estaba demasiado cansada para sentir temor y eso en sí era peligroso.

—Entraré contigo —anunció Roll cuando Sherry se detuvo junto a la puerta de la habitación infantil con la intención de darle las buenas noches a David. Ella comprendió que no podía negarle ver a su hijo.

David dormía, con el rostro hacia ellos. Roll lo observó en silencio durante un buen rato, ocultando sus emociones detrás de una rígida máscara; se inclinó sobre la barandilla de la cuna y con una mano bronceada y fuerte acarició los oscuros rizos.

—De no haberme enterado que vivías en Kromrivier nunca habría sabido que tengo un hijo —habló en voz baja, aunque con severidad, para no despertar a la criatura.

—Cierto —aceptó Sherry.

—¡Dios mío! —Roll gruñó entre dientes—. ¡Sólo por eso podría matarte!

Había levantado una mano como si fuera a zarandearla, pero la bajó, se volvió y salió de la habitación, en sentido contrario al dormitorio principal.

Capítulo 8

Sherry pasó la noche de bodas sumida en una pesadilla. Cuando las estrellas comenzaron a desvanecerse, como preludio a la aurora, se levantó para ir al cuarto de David. Cuando llegó, comprobó que Connie ya atendía al niño y Sherry no supo si le agradaba que se ocupasen de su hijo otras personas, o estaba resentida. Sonrió cansada y regresó al dormitorio.

Permaneció debajo de la ducha más tiempo del planeado, pero fue agradable dejar que el agua tibia le acariciara el cuerpo y le relajara los músculos. Al cerrar los grifos y salir de la bañera para secarse se sintió más descansada. Se miró en el espejo de manera crítica.

Se vio los ojos grises más grandes que de costumbre, con ojeras.

«¿Habré cambiado físicamente durante los dos últimos años?», se preguntó.

Sus pómulos parecían marcarse más, pero el cutis que los cubría seguía siendo terso. La boca era más firme, menos vulnerable y el trabajo y el ejercicio le habían fortalecido el cuerpo después del alumbramiento. Sus senos seguían siendo pequeños y firmes, pero las caderas se habían hecho más prominentes.

Entonces Sherry comprendió que ese matrimonio no podría seguir como se había iniciado. En algún momento, Roll insistiría en sus derechos de esposo y ella tendría que someterse. ¿La consideraría aún atractiva?

Gimió y se alejó del espejo al mismo tiempo que se quitaba el gorro de baño. ¿Qué importancia tenía su apariencia? Roll no se había casado con ella por cariño; lo había hecho porque era la madre de su hijo y haría muy bien en recordarlo. Roll sólo exigía ser parte de la vida de David. Al pensar en el hijo, una cálida ternura le suavizó la mirada y una sonrisa bailó en sus labios. David era la razón de su vida y desde su nacimiento se había convertido en el eje en torno al cual giraba su mundo y si tuviera que revivir el pasado no cambiaría nada.

Bajó a desayunar. Se sentía fresca y tranquila, pero su cuerpo se puso tenso al entrar en el comedor. Roll estaba sentado y al verla, se puso de pie. La observó con ojos entrecerrados, pero su expresión

permaneció impasible.

—Espero que hayas dormido bien —comentó desinteresado y le ofreció una silla.

—Muy bien, gracias —respondió cortés, pero antes de que pudiera sentarse, Roll la cogió de la barbilla para levantarle el rostro.

—¡No me mientas! —sonrió con mofa y le escudriñó el rostro—. Las señales exteriores te contradicen —por fin la soltó.

El contacto puso más nerviosa a Sherry.

—¡Está bien, he pasado mala noche! —gritó cuando Roll volvió a sentarse.

—Eso está mejor.

—Por lo visto te agrada saber que no he dormido bien —lo acusó y en sus ojos se reflejaba la ira que bullía dentro de ella.

—Me place —aceptó severo—. He pasado toda la noche pensando en los meses que estuve ausente ignorando que dabas vida a mi hijo. De haberlo sabido no hubiera perdido más que seis meses de su infancia, pero me has privado de quince meses. ¿Pensabas en eso anoche cuando no podías dormir?

En efecto, lo había pensado, además de muchas otras cosas, pero ella no era la única culpable de esa situación.

—¿Me diste motivos para pensar que te hubiera agradado compartir el futuro conmigo? —preguntó a su vez con amargura—. Conocías mis sentimientos porque te los confesé y sabías que te hubiera esperado, pero en tu carta insististe en que buscara a otro hombre. No me deseabas, Roll. Nuestra relación fue una aventura de dos semanas, antes de tu viaje, y tú insististe en terminarla —la garganta se le cerró y tragó con dificultad—. Fui la tonta que te rogó que te quedaras conmigo aquella noche, y por eso acepté toda la responsabilidad de lo que sucedió después.

—¡Maldición, Sherry! —la mesa se estremeció cuando él dio un fuerte puñetazo y Sherry se sobresaltó—. Mi política era la de no liarme con una inocente, pero tú…

—Lo sé —lo interrumpió—. ¡Yo te seduje!

El teléfono del vestíbulo sonó. Momentos después, entró Bettina.

—La llamada es para usted, profesor —anunció—. El profesor Ingram llama desde el instituto.

Roll se disculpó y salió dejando a Sherry sola. Ella trató de

dominar la furia que la embargaba. ¿Por qué llamaba el padre de Delphine a Roll desde el Instituto de Investigaciones Científicas, un domingo por la mañana, al día siguiente de la boda de Roll?, se preguntó. ¿Qué era tan importante que no podía esperar hasta el lunes?

Levantó la tapa de la fuente de plata. Tocino y huevos. El estómago se le encogió debido al rechazo y se conformó con una rebanada de pan tostado y café. Imaginaba que la bella Delphine no estaría muy contenta de que Roll se hubiera casado con otra. ¿Cómo se sentiría el padre de Delphine en calidad de director del instituto?

—Tengo que salir —anunció Roll cuando regresó al comedor. Se sirvió una taza de café que se bebió de pie—. Quizá tarde todo el día, así que no me esperes antes del anochecer.

Sherry permaneció sentada cuando Roll se fue. Sólo le había dado dos bocados al pan y el resto estaba en el plato, pero se sirvió otra taza da café que bebió con lentitud. No pudo decidir qué sentía por el abandono de su marido.

Connie le llevó a David y Sherry lo sacó al jardín donde él se entretuvo con sus juguetes hasta la hora de la siesta de la mañana.

Esa mañana, Bettina sirvió el té debajo de las buganvillas que crecían profusamente alrededor de la pérgola, al lado este de la casa. Era un día caluroso y parecía que se avecinaba una tormenta. Sherry trató de tranquilizarse, y más que nada, trató de no pensar, pero lo último le fue imposible.

«¡Mi política siempre ha sido no liarme con una inocente!». Las palabras de Roll hacían eco en su dolorida mente. Esa era la política de él, pero ella… Ella le había suplicado que se quedara aquella noche a compartir su lecho. Con galantería, Roll había tratado de hacer que ella cambiara de opinión, pero ella no cedió. Lo había deseado, quiso tener el recuerdo de esa única noche para que la apoyara en el futuro. Ningún hombre hubiera resistido la tentación. La nota que él le había escrito estaría siempre grabada en su memoria. Él había dicho que le había quitado mucho sin darle nada a cambio, pero Roll se había equivocado. Le había dado a David y ella no hubiera deseado un recuerdo más tangible para aliviar su dolorido corazón ni llenar el vacío en su alma.

Sherry se propuso no pensar más en ello y se sirvió otra taza de té que bebió de prisa. Con Roll lejos, tendría tiempo para conocer la

casa y cuando colocó la taza vacía sobre la bandeja, decidió iniciar la exploración por el piso superior.

Descubrió que su marido había dormido en una habitación pequeña, con baño adyacente, que estaba al otro lado del dormitorio de David. Los muebles, aunque sencillos, también eran antigüedades.

A la derecha de la escalera había dos cuartos amueblados, y dos baños. Había una habitación para huéspedes con su baño.

El estudio de Roll estaba en la planta baja, pero Sherry no se atrevió a entrar. Fue a la amplia cocina, equipada con los artefactos más modernos. El personal aceptó su presencia con cortesía y reserva. Les costaría algún tiempo aceptarla como la señora de Cinco Robles, igual que a ella el acomodarse al nuevo hogar.

—¿Qué desea que le prepare para la comida, señora? —preguntó Bettina.

—Algo ligero… quizá un sándwich —sugirió Sherry titubeante —. Preparemos la comida principal para la noche porque el profesor cenará aquí.

Bettina sonrió, al parecer, daba la aprobación a la sugerencia y Sherry no se quedó más tiempo para no causar incomodidades al personal.

Sherry se sorprendió agradablemente cuando se sentó a comer. Bettina había preparado el sándwich de atún, como si se tratara de un banquete; además, había una fuente con fruta y una jarra de zumo de naranja frío. Sherry tenía hambre y recordó que había comido muy poco desde que había salido de Kromrivier; devoró todos los sándwiches antes de servirse un poco de fruta.

Roll regresó a casa bien entrada la tarde, cuando Sherry estaba bañando a David, pero ella no lo vio hasta que se reunió con él, antes de la cena, para beber un vaso de vino en la sala. Él no estaba de buen humor.

—Uno de los científicos más importantes de Alemania está aquí de visita —comentó él, después de la cena, cuando bebían el café en la sala—. El profesor Ingram está organizando un banquete en su casa para el próximo martes y tendré que asistir dado a que soy su asistente.

—¿Tengo que ir yo también? —inquirió.

—Por supuesto, eres mi esposa.

—Supongo que irá también Delphine —comentó.

—No lo dudo. Además de ser la hija del profesor, es asistente del jefe del laboratorio de investigación.

Sherry trató de medir los sentimientos de Roll, pero él permanecía impasible.

—¿No te será difícil tener a tu esposa y a la mujer que amas bajo el mismo techo toda la velada?

—Sobreviviré a la dura prueba —respondió—. ¿Podrás tolerarlo?

—Por supuesto —contestó.

Lo que a ella le había parecido un grave problema, para él no era más que un pequeño detalle y eso le desagradó a Sherry que vislumbraba el futuro inmediato con temor y algo más que no deseaba analizar.

—Me han dicho que será un gran acontecimiento con invitados muy importantes. Han invitado a la prensa para que reseñe cada faceta de la visita del profesor Reinhardt —explicó Roll y la alarmó mucho más—. He abierto una cuenta en el banco para ti y he depositado una cantidad que se igualará cada fin de mes. Sólo hace falta tu firma, de modo que te sugiero que hagas eso mañana temprano, antes de ir a comprarte un vestido para la ocasión. Podrás usar la camioneta mientras te compro un coche.

—Gracias —murmuró Sherry—. Eres muy amable.

—¿Tenías pensado ser sarcástica? —disgustado, apretó los labios.

—No —aseguró muy seria—. Me resulta difícil aceptar el hecho de que, en el futuro, tendré que depender de ti.

—Te acostumbrarás.

—Supongo que así será —aceptó—. Si no te molesta, me agradaría ir a acostarme —se puso de pie.

—Hazlo —sonrió y se levantó con un dejo de burla en los ojos medio velados por los párpados—. Que duermas bien.

Sherry no pudo contestar. Sus sentidos se habían despertado por el conocido aroma a colonia de hombre y el pulso se le aceleró en reacción a la masculinidad de Roll. Era injusto que él todavía tuviera el poder de perturbarla emocionalmente y permaneciera impasible. Ella se volvió un tanto a ciegas para subir antes de que tontamente dejara traslucir lo que su traicionero corazón revelaba.

Sherry estaba muy nerviosa y las manos le temblaban cuando se puso los pendientes de perlas. Se colocó un hilo de perlas alrededor del cuello y dio un paso atrás para observar el efecto en el espejo; tuvo que aceptar que el vestido de noche color vino le daba cierta vida a su pálida tez. Necesitaba sentirse confiada para tolerar cualquier situación que se presentara esa noche. Su aspecto era muy importante, pensó mientras cogía el mantón de encaje dorado y el bolso. Roll estaría esperándola en la sala y no deseaba enfadarlo con un retraso.

Bajó de prisa. Roll se volvió con un vaso de *whisky* en la mano y el corazón de Sherry comenzó a latir sin control. Sus pies se negaron a dar un paso mientras él la recorría con la mirada.

—¿Estoy presentable? —preguntó ocultando el nerviosismo que le causaba el insoportable silencio.

Roll dejó el vaso y se dirigió hacia ella. En ese momento, la joven advirtió la tensión que el rostro de él reflejaba y el ardiente fuego en los ojos masculinos.

—Había olvidado lo bella que eres, Sherry —murmuró ronco y sus dedos candentes se deslizaron por la mejilla de ella hacia el hueco en la base del cuello.

Sherry se estremeció y entreabrió la boca para aspirar un poco de aire. En el ambiente flotaba un elemento peligroso y la necesidad de sobrevivir la hizo inyectar un dejo de burla en su voz cuando contestó:

—Eres muy amable al decirlo.

Él se puso tenso y la miró con extrema frialdad.

—¿Estás de acuerdo con que nos vayamos ya? —preguntó y salió de la sala dejándola para que lo siguiera.

La noche era cálida, pero Sherry tenía frío cuando se sentó en silencio, al lado de Roll. Él estaba tan cerca que le bastaría mover la mano para tocarlo, pero el abismo que los separaba difícilmente podría salvarse. Además, Sherry no debía olvidar a Delphine Ingram y eso la hizo pensar que su matrimonio estaba destinado al fracaso antes de iniciarse.

La mansión de los Ingram refulgía y había muchos coches, de diferentes marcas, aparcados a lo largo de la gran entrada privada.

La música y las risas emergían de las puertas y ventanas que daban al patio y cuando Sherry se apeó del coche para subir por los escalones, al lado de Roll, sintió como si una garra le estuviera rasgando las entrañas.

El profesor Ingram y su atractiva esposa estaban de pie en el amplio vestíbulo de la moderna casa recibiendo a los invitados y mostraron mucha calidez al ver a Roll.

—Les presento a mi esposa —dijo Roll con la mano apoyada en la espalda de Sherry—. Sherry, el profesor y la señora Ingram.

—Encantados, querida —el canoso profesor Ingram sonrió y le estrechó la mano—. Roll, tengo que hablar contigo acerca de un asunto.

Cogió del brazo a Roll y lo condujo hacia la sala, donde había varios invitados, y salieron al patio, Roll ni siquiera se volvió para mirar a Sherry.

—¡Qué poco galantes son los hombres al dejarnos solas! —exclamó la señora Ingram. Sonrió a Sherry con un dejo de tristeza—. Ya te enterarás que cuando los hombres de ciencia tienen algún proyecto en mente no les queda tiempo para otras cosas.

—Supongo que habla por experiencia, señora Ingram —Sherry sonrió tranquila por la amabilidad de la señora.

—Por supuesto —la señora Ingram confirmó las palabras de Sherry con una mezcla de diversión e irritación—. Estás en tu casa, Sherry, espero que te diviertas.

—Gracias —murmuró Sherry justo cuando la señora Ingram se volvía para recibir a unas personas que acababan de llegar, así que se dirigió a la sala.

Decidió que aunque el físico de Delphine era muy parecido al de su madre, de ninguna manera tenía la calidez y el encanto de ella, lo cual era una lástima.

Un conjunto de cuatro músicos proporcionaba la música; estaban en el extremo más lejano de la enorme sala. Algunos invitados estaban bailando, mientras otros comían canapés o se servían bebidas en el bar. A Sherry le pareció haber entrado en una casa de modas y fina joyería.

Miró a su alrededor con recelo. Reconoció a algunas personas porque había visto sus fotografías en los periódicos, pero nunca se había sentido más sola. Vislumbró a Roll en el otro lado de la

atestada habitación, hablaba con el profesor Ingram y con un hombre. Sherry estuvo tentada a dirigirse hacia él, pero no deseó que interpretaran mal su motivación y más que nada no quería entrometerse en lo que parecía ser una importante conversación científica.

Permaneció de pie sin hacer nada, aunque no tardó en decidir que debía seguir la corriente. Cogió un plato y se sirvió un poco de comida. Nunca se había sentido tan torpe y se enfadó porque pensó que Roll así lo había premeditado.

Pero comió muy poco porque los alimentos se le atragantaron al sentir que era el foco de atención de la mayoría de las miradas. Se acercó al bar para pedir una copa de vino que podría despejarle la garganta. La atendieron de inmediato y volvió a mezclarse con los invitados.

¿En dónde estaría Delphine? De pronto vio que la mujer se acercaba a ella.

—Hola —saludó Delphine sonriendo, aunque sus ojos despedían frialdad—. Noto un gran cambio en ti desde la última vez que nos vimos, pero entonces, no contabas con el apoyo de la cuenta bancaria de Roll.

—Sí, el dinero me sienta bien, ¿no te parece? —las facciones de la otra se distorsionaron por el odio y la furia.

—Con tu astuto ardid, has conseguido atrapar a Roll, pero no te vanaglories de tu éxito. Roll no es tonto y no creo que tarde mucho tiempo en descubrir que no es el padre de tu hijo.

—Te decepcionarás si cifras tus esperanzas en eso —Sherry se defendió del odioso ataque con una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—Ya lo veremos —Delphine sonrió con la boca torcida y recobró la serenidad con evidente esfuerzo—. Disfruta de la velada, querida —se alejó.

Sherry quedó conmocionada. Nunca había conocido a una mujer tan bella y tan malvada y le sorprendió que fuera la hija de la agradable pareja que la había recibido en la puerta.

—No me sorprendería si esa damita vertiera veneno sobre el cereal de su desayuno cada mañana —comentó una voz masculina a espaldas a Sherry cuando ella bebía el resto del vino con el afán de tranquilizarse. Al volverse se encontró frente a un fornido joven

cuyos ojos estaban a la misma altura que los suyos.
—¿Has oído? —preguntó con recelo y se preguntó cuántas personas habrían oído los odiosos y humillantes comentarios de Delphine.
—No he podido evitarlo —sonrió a manera de disculpa—. Estaba detrás de ti cuando inició el ataque y su voz era muy aguda.
—Ella tenía premeditado avergonzarme —Sherry miraba a su alrededor. Por fortuna, nadie les prestaba atención.
—¿Permitirás que ella gane?
—¡No, si puedo evitarlo! —respondió decidida.
—¡Estupendo! —sonrió y la observó admirado—. Soy Samuel Hutton, pero mis amigos me llaman Sam.
—Sherry Jae… van Cleef —corrigió de inmediato.
—Van Cleef —repitió él pensativo—. Ah, entonces, el hombre que conversa con los profesores Reinhardt e Ingram debe ser tu esposo. ¡Ay, Dios, la venenosa dama no pierde el tiempo! —Sherry siguió la dirección de la mirada del hombre y vio que Delphine se incorporaba a los tres hombres y que de manera posesiva, cogía del brazo a Roll—. Está demostrando en público que persigue a tu esposo y no le importa quién lo note —añadió Sam Hutton con un dejo de disgusto.
Sherry sintió celos, pero no quiso aceptar el motivo de ese sentimiento.
—¿También eres científico? —cambió de tema y observó al hombre que estaba a su lado que seguía con el ceño fruncido mirando al grupo de cuatro personas.
—¿Tengo aspecto de científico? —preguntó sonriente.
—Hace muy poco tiempo que me he incorporado al grupo de científicos, así que no he notado si tienen características especiales que los distingan de las otras personas —se obligó a sonreír a la vez que observaba a Sam Hutton—. Si no eres científico, ¿a qué te dedicas?
—Soy periodista —confesó divertido—. El profesor Reinhardt es una magnífica noticia y eso es lo que desea mi periódico.
—Pensaba que los periodistas siempre llevaban una cámara al cuello y no prescindían de una libreta y un lápiz —lo observó con más interés.
—Una libreta y un lápiz —anunció contento al sacarlos del

bolsillo del traje de etiqueta—. Pero lamento decir que no tengo cámara. Ese aspecto de la reseña lo tiene el joven que está haciendo fotos al profesor Reinhardt en este momento. Por lo visto, la venenosa dama se está asegurando de que no aparezcas al lado de tu esposo en los periódicos de mañana.

El último comentario fue innecesario porque momentos antes, Sherry había visto que el fotógrafo dirigía la cámara hacia el grupo donde estaba su marido. Volvió a sentir la puñalada de los celos cuando vio que Delphine, de manera provocativa, acercaba su cuerpo al de Roll en el momento que de nuevo funcionaba el flash.

—Espero que en tu reseña de esta velada no incluyas este drama personal —murmuró al volverse hacia Sam Hutton.

—Soy tu amigo, no tu enemigo —comentó—. Además mi brazo es fuerte y te brindará apoyo si llegaras a necesitarlo.

La sinceridad del hombre parecía auténtica y sin duda, él no buscaba la noticia sensacionalista por lo que Sherry se tranquilizó.

—Gracias —sonrió porque por fin, se sentía a gusto—. Debía de saber que no eres de los que buscan noticias sensacionalistas.

—Permite que te ofrezca una bebida —sugirió sonriendo de manera contagiosa y Sherry no puso ninguna objeción cuando él le ciñó el brazo para conducirla hacia el bar.

Con Sam Hutton a su lado, Sherry ya no se sintió como una solitaria desterrada. Sam era buen conversador y llenaba el vacío que había dejado Roll.

Sherry no tuvo la oportunidad de volver a hablar con la señora Ingram, pero la vio varias veces entre los invitados. Era una anfitriona encantadora, todo lo contrario que su hija.

Como dos horas después, Roll se acercó a Sherry.

—Es hora de que regresemos a casa —comentó él sin disculparse por haberla dejado sola con lo que el disgusto de la chica aumentó.

—Estoy dispuesta —respondió a secas, pero antes de que dieran un paso los detuvieron.

Ignorando a Sherry, Delphine se acercó a Roll y entrelazó el brazo de él con las dos manos.

—Querido, ven conmigo. A papá le gustará que conozcas a un hombre sumamente interesado en tus descubrimientos en el Antártico.

¡El Antártico, maldito Antártico! Sherry odiaba ese nombre. El

viaje de Roll a esa congelada región del mundo la había arrojado a una vida de sufrimientos que sólo habían disminuido con el nacimiento de David, pero Sherry sabía que su vida seguiría siendo muy triste.

Roll titubeó un segundo, con los labios apretados, como si hubiera intuido los pensamientos de su esposa. De pronto, se disculpó y permitió que Delphine lo condujera al otro lado del salón.

—¿De nuevo sola? —preguntó Sam Hutton, minutos después.

—Así parece —sonrió con cinismo y aceptó la copa de vino que él le ofrecía, pero que no deseaba, aunque le sentaría bien en ese momento—. Comienzo a pensar que tenía que haberme quedado en casa.

—Eso hubiera sido un desastre… para mí —murmuró.

—Has sido muy amable conmigo y no tengo palabras para agradecértelo —sonrió por encima del borde de la copa, pero se puso seria después de dar un sorbo.

—Es un placer acompañar a una hermosa dama y si te sirve de consuelo, le he pedido al fotógrafo que descarte la foto que ha hecho de la venenosa rubia.

—Eres un hombre excepcional —declaró, enternecida por la bondad de Sam.

—Cuando se trata de un bello rostro, soy muy tonto —respondió.

Sin embargo, no hizo ningún comentario porque Roll se acercaba a ella y no disimulaba su desaprobación. También Sam lo había visto.

—Quizá volvamos a vernos en el futuro —murmuró Sherry antes de incorporarse a un grupo de gente.

—Salgamos de aquí —dijo Roll con expresión enigmática, pero sus ojos medio velados, la observaron de manera penetrante.

A Sherry no le agradó su tono de voz, pero no era el momento de protestar, así que dejó la copa para salir.

Capítulo 9

Durante todo el trayecto reinó el silencio en el coche. Cuando llegaron a Cinco Robles, Sherry se tranquilizó, al fin se iba a poder librar del tenso ambiente. Connie la esperaba para decirle que David no se había despertado ni una vez y Sherry le dio las gracias antes de subir a su habitación.

Encendió la lámpara de noche, se desnudó, se puso un camisón y la vieja bata de seda, de amplias mangas, antes de cepillarse los dientes y desmaquillarse. En vano, trató de olvidar la inquietud que le causaba el presentimiento de una posible tormenta.

Al abrir el cajón del tocador, vio su libro de poesía favorito y al sacarlo, éste se abrió en una página marcada con una fotografía hecha dos años antes cuando Roll y ella subían la Montaña Table. Había visto infinidad de veces esa fotografía y sus sentimientos, al principio dolorosos, se habían convertido en una sorda aceptación de algo que había llegado a considerar como un sueño. Pero en ese momento sentía dolor y leyó el poema de autor anónimo que había subrayado con un lápiz.

¡Quédate cariño, no te levantes! ¡Quédate… O mis alegrías morirán!

Esas palabras habían resumido sus pensamientos y sentimientos durante las últimas horas que habían compartido antes de que Roll emprendiera la expedición. ¿Seguía sintiendo lo mismo?

Al oír ruido de pasos en el pasillo se sobresaltó y colocó el librito en el cajón, antes de volverse y ver que Roll entraba y cerraba la puerta. La muchacha se puso nerviosa.

Inquieta por la penetrante mirada masculina, se puso de pie.

—¿Qué deseaba ese hombre? —exigió.

—Es un periodista.

—¿Qué deseaba? —repitió sin hacer caso de la respuesta de ella.

—Nada —replicó.

—¿Nada? —rió con severidad. El ambiente tenuemente iluminado confería a sus facciones algo siniestro—. Ha pasado contigo gran parte de la noche y dices que no deseaba nada.

—Estoy cansada, Roll, y esta conversación no es importante —la voz de la conciencia le había aconsejado cautela, de modo que

habló con tranquilidad, pero de inmediato comprendió que no había dicho lo correcto. Roll entrecerró los ojos y apretó los labios.

—Para mí es importante. La gente ha debido preguntarse por qué mi esposa ha preferido la compañía de otro hombre —anunció y Sherry se estremeció.

—Si han hablado de mí, también han debido hablar de ti.

—¿A qué te refieres? —gritó fuera de quicio y con aspecto terrible, pero la furia de Sherry era tan grande que olvidó la cautela.

—¡Por Dios! —la ira que hacía erupción en ese momento se había gestado durante toda la velada—. ¡En cuanto llegamos a casa de los Ingram me abandonaste por irte al lado de Delphine que no cesó de colgarse de tu brazo!

El silencio y la inmovilidad de Roll la hicieron pensar de nuevo en la calma que siempre precede a la tormenta.

—Yo no invité a Delphine a que nos acompañara —respondió pasado un rato—. Pudiste hacer lo mismo.

—Me parecía que sostenías una conversación de índole científica con el profesor Reinhardt y no he querido entrometerme.

—Cierto, hablábamos de un tema interesante —confirmó—. Pero has podido reunirte con nosotros después.

Sherry tuvo que aceptar que Roll era muy astuto porque había dado la vuelta a la situación de manera muy conveniente para echarle la culpa a ella; quizá ella era en parte culpable, pero tenía motivos de sobra.

—No conozco tu mundo, Roll, y no estoy segura de lo que se espera de mí en calidad de… tu esposa —se ruborizó al volverse hacia él, pero siguió hablando—. Si esperabas que me reuniera contigo has podido habérmelo indicado de alguna manera en vez de darme a entender que estorbaría.

—Creo que no tenías ganas de acompañarnos —la acusó—. Era evidente que preferías la compañía de ese reportero.

—De hecho, su compañía me ha agradado mucho —replicó con sarcasmo—. Y estoy segura de que lo mismo te ha pasado con Delphine.

—No inmiscuyas a Delphine en esto.

Sherry se puso pálida como si Roll le hubiera asestado una bofetada y se dirigió a la puerta para abrirla.

—Buenas noches, Roll.

Sherry no descansaría hasta quedarse sola, pero se acongojó al darse cuenta de que Roll no tenía intenciones de salir. En efecto, él la alejó de la puerta y la volvió a cerrar.

—Has mencionado el hecho de que eres mi esposa —murmuró —. Creo que es hora de que comiences a portarte como tal.

—¿A qué te refieres? —preguntó con nerviosismo porque sabía la respuesta y la rechazaba.

—Al hecho de que estamos casados —sonrió con los labios torcidos—. Ha llegado el momento de que nuestro matrimonio se normalice.

—¿Estás pensando en… en…? —dio unos pasos atrás—. ¡Roll, no te atreverás!

—¿Por qué no he de exigir lo que legalmente me corresponde?

—Porque no me deseas, deseas a Delphine, no seré su sustituta —argüyó desesperada.

—Yo no diría que eres una sustituta —sonrió con mofa y la observó de pies a cabeza como si la desnudara con los ojos. La vergüenza encendió el cuerpo de Sherry—. Eres bella, lo bastante para que ese periodista te cortejara toda la velada, pero yo tengo la ventaja de ser tu esposo y sé que podremos compartir la cama de manera muy agradable.

—¡No! —gritó y se alejó por temor de que el contacto mancillara lo que una vez había sido bello entre los dos—. ¡No te acerques!

Roll extendió las manos, y le ciñó los hombros con tanta fuerza que ella tuvo que morderse el labio inferior para no gritar. Sin perder tiempo, Roll la acercó a su cuerpo.

—Hace dos años no actuaste como una inocente escandalizada —se burló sin clemencia—. ¿Por qué hacerlo ahora?

—Hace dos años no estabas enamorado de Delphine —se defendió a la vez que luchaba contra la tortura mental que Roll le infligía, pero también luchaba contra la reacción de su traicionero cuerpo.

—¡He dicho que no metas a Delphine! —le advirtió.

—¡No es posible! —gritó desesperada por huir de una historia que sería muy humillante—. ¿Crees que existe una mujer que disfrutaría haciendo el amor con un hombre que piensa en otra?

—Has entendido mal —le soltó los hombros, aunque no permitió

que ella escapara. Con un brazo le rodeó la cintura y con la mano libre la cogió de la barbilla para levantarle el rostro—. No estoy pensando en nadie más que en ti, Sherry.

—¡Dios mío! —gimió al cerrar los ojos para detener las lágrimas que se acumulaban.

Era el peor momento para que su corazón revelara la verdad. ¡Amaba a Roll! Nunca había dejado de amarlo y seguiría amándolo.

Sherry presionaba los puños contra el pecho masculino y tenía el cuerpo tenso por la resistencia, pero el placer apareció cuando los labios de él se posaron sobre su cuello descubierto. Trató de alejarlo porque si permitía que Roll continuara, estaría perdida, pero su fuerza no se comparaba con la de él y no pudo impedir que se posesionara de sus labios. Desesperada, trató de no corresponderle, pero Roll le entreabrió la boca con lo que desencadenó una ola de calidez en el cuerpo femenino que lo liberó de la prisión en la que ella lo había recluido.

La resistencia de Sherry cayó. Durante un breve momento pensó en Delphine, luego olvidó todo menos el fuego que se iniciaba en ella. Su traicionero cuerpo se fundió con el fornido cuerpo masculino. Temblaba, añoraba que él la acariciara y lo necesitaba. Se estremeció de placer cuando él deslizó una mano hacia la abertura de la bata para acariciarle un seno.

—Te deseo, Sherry —murmuró junto a la boca de ella al mismo tiempo que le acariciaba el endurecido pezón—. Dios sabe que nunca he dejado de desearte.

La mente de Sherry protestó. Roll la deseaba, pero no la amaba. Deseó tener la fuerza para resistirse, pero él le robó el orgullo y no opuso resistencia cuando las impacientes manos de Roll le desataron el cinturón y le deslizaron la bata de los hombros. El camisón cayó al suelo, junto a la bata, Roll la cogió en brazos y la llevó a la enorme cama. La depositó en el lecho, sin dejar de mirarla mientras él se desnudaba. Sherry cerró los ojos en el vano intento de recobrar la cordura que la salvaría de la humillación.

Sintió que el colchón se sumía al peso de Roll y comprendió que era demasiado tarde. Sus cuerpos hicieron contacto, la suavidad femenina cedió a la fuerza masculina, antes de que los labios y manos de Roll comenzaran a explorar y a encender el fuego que casi había olvidado durante los dos últimos años. La necesidad de

las íntimas caricias incitaba un profundo deseo en ella y no tardó en quedar en el mismo estado emocional que Roll. Derrotada, suspiró y arqueó el cuerpo hacia el de él.

La unión fue tormentosa y pasional y no hubo lugar ni siquiera para las palabras. Tenían necesidad de satisfacer el deseo físico y cuando todo terminó, Sherry permaneció en brazos de Roll, pero no estaba contenta. Lo había amado con el cuerpo, pero su mente y alma habían quedado marginados.

Las lágrimas se desbordaron de sus ojos y le quemaron las mejillas. Roll apagó la luz y se durmió casi de inmediato, pero Sherry no pudo dormir porque trataba de detener las silenciosas lágrimas que empaparon la almohada. Cuando por fin se durmió, estaba agotada.

Sherry pasó en vela casi toda la noche. Era consciente de la presencia de Roll. Por fin, de madrugada, Sherry se durmió, aunque se despertó a las cinco y se tranquilizó al ver que estaba sola.

Sabía que ya no se dormiría de nuevo debido a su perturbación, de modo que se levantó y cogió la bata que Roll debió colocar sobre la cama antes de salir. Fue al baño y abrió los grifos de la bañera.

Estuvo más de media hora en la bañera, luego se envolvió en una toalla y al ver su imagen en el espejo notó que las sábanas y los cojines arrugados en la cama no eran las únicas señales de que Roll había pasado la noche con ella. Tenía moretones en los hombros y le dolían.

Dos horas más tarde, bajó a desayunar ocultando los moretones con las mangas del vestido. Se había dado fuerzas para enfrentarse a Roll, pero no había nadie en el comedor. Encontró huevos revueltos y tocino calientes sobre una bandeja eléctrica, pero le dieron náuseas y sólo se sirvió café con la esperanza de que le calmara los nervios.

Tuvo el suficiente tiempo para sosegarse aunque eso no impidió que su corazón diera un vuelco, minutos después, al ver a Roll tranquilo y fresco.

—Buenos días —la saludó y Sherry le correspondió de igual manera mientras él se sentaba a la cabecera y se servía el desayuno.

Sherry no estaba segura de lo que había pensado que sucedería, pero no se había imaginado ese distanciamiento. Parecía cómo si nada hubiera ocurrido la noche anterior. De no haber tenido el

testimonio de los moretones, quizá ella se hubiera convencido de que había sido una pesadilla, aunque no pudo olvidar el hermoso cuerpo masculino junto al de ella moviéndose al ritmo del deseo.

Se preguntó qué debía pensar de eso al servirse otra taza de café con manos temblorosas. Debería sentirse tranquila o quizá irritada, pero estaba angustiada porque Roll se aprovechaba de ella ya que para él, ella no era más importante que las antigüedades. La única diferencia era que él no había dudado en valerse de ella y lo haría de nuevo cuando quisiese.

—Quisiera que prepararas una cena para el viernes próximo —Roll rompió el silencio y alejó el plato para servirse una taza de café —. Invita a Jonathan y a Brenda y a mí me gustaría invitar a un joven colega, Peter Grundlingh y a su esposa. También vendrán el profesor Ingram y su esposa.

—¿Incluirás a Delphine? —preguntó temerosa.

—Por supuesto —la miró de manera impersonal—. ¿Deseas que la excluya?

—Desde luego que no —respondió a secas, a pesar del terrible dolor que la acometió—. ¿Te parece bien que les diga que vengan a las siete y media?

—Muy bien —bebió el café y se puso de pie—. No me esperes a cenar, llegaré tarde.

Salió del comedor y dejó a Sherry con un tremendo dolor.

¡Así que Roll deseaba que organizara una cena a la cual invitaría a Delphine! Pues bien, si él podía invitar a esa criatura venenosa, ella también invitaría a quien se le antojara. Se puso de pie y se dirigió al vestíbulo. Buscó el número telefónico del periódico donde Sam Hutton trabajaba y marcó de prisa.

Tardaron uno o dos minutos en comunicarla con Sam Hutton y él le reconoció la voz de inmediato.

—Debe de ser telepatía —respondió con amabilidad—. Estaba pensando en ti cuando el teléfono ha sonado.

—¿De verdad? —se preguntó si tendría el valor de seguir adelante.

—Me preguntaba si volvería a verte y cuándo.

—¿Te parece bien aquí, en Cinco Robles, el próximo viernes? —lo invitó antes de cambiar de opinión y Sam silbó.

—No creo que le agrade a tu marido.

—Él invitará a Delphine Ingram y eso no me agradará. Tengo la esperanza de que vengas para apoyarme moralmente. ¿Vendrás?

—Como soy un caballero galante, cuenta conmigo —rió—. Nunca he podido resistir a una dama en apuros y además deseo volver a verte.

—Gracias, Sam —suspiró sintiéndose un poco culpable por aprovecharse de la bondad del hombre.

—Por cierto —Sam interrumpió sus perturbadores pensamientos —. Hemos estado trabajando casi toda la noche para que el artículo sobre el profesor Reinhardt salga, así que te sugiero que compres el periódico. Publicamos una bella foto de ti con tu marido en el momento en que llegabais a casa de los Ingram y no dudo de que será la envidia de otra dama.

Sherry no pudo evitar reír, pero después, se preguntó si había hecho bien en mostrarse tan divertida. Delphine Ingram era una «dama venenosa», según el apodo que le había dado Sam Hutton, pero no dejaba de ser humana y si amaba a Roll, la foto la heriría.

Seguía con la mano apoyada en el auricular. Tenía que hacer otra llamada, pero no se animaba. Se había casado con Roll con tanta prisa y confusión que había olvidado llamar a Brenda y su amiga tendría razón en estar ofendida. Como no tenía sentido retrasar lo inevitable marcó el número de Brenda.

El teléfono sonó bastantes veces y Sherry estaba a punto de colgar cuando escuchó la conocida voz de su amiga.

—Aquí Brenda Hunt.

—Brenda, te habla Sherry y sé que estás enojada conmigo — comenzó a decir a manera de disculpa.

—¡Tienes razón, estoy furiosa! —explotó—. Esta mañana abro el periódico y, ¿qué veo? Al profesor van Cleef con su esposa que llegan a un elegante banquete en honor al profesor Reinhardt. ¡Dios mío!, ¿por qué no me lo has dicho?

—No he tenido tiempo —explicó Sherry—. Y para ser franca, no he podido pensar con claridad a causa del atontamiento que me ha causado el matrimonio.

—¿Cuándo te veré?

—Espero que hoy —respondió Sherry—. ¿Podemos almorzar al aire libre en el restaurante Los Jardines?

—¿A qué hora?

—¿Te parece bien a las doce y media?

—Te veré a esa hora y más vale que me cuentes todos los detalles porque de lo contrario nunca te perdonaré.

—Te lo diré todo —prometió Sherry—. Te lo mereces.

Suspiró con alivio al colgar. Necesitaba salir de la casa porque las paredes comenzaban a oprimirla, pero no saldría si no supiera que David se quedaría atendido por Connie.

Sherry llegó temprano a la cita y eligió una mesa debajo de un gran árbol catalogado botánicamente con un nombre impronunciable y que sombreaba la mesa de mantel a cuadros. Había comprado el periódico y lo miraba mientras esperaba a su amiga. La foto de Roll y de ella era muy buena, la pose no sugería que había tensión en ese matrimonio. Estaba leyendo el interesante artículo de Sam Hutton, cuando una sombra cubrió el periódico. Al levantar la cabeza vio que Brenda la observaba con un gesto de enfado.

—¿Qué excusa me vas a dar por tu comportamiento? —exigió Brenda.

—Siéntate —sugirió Sherry dominando el deseo de sonreír—. Pareces la jefa Naudé.

—¡Dios me libre! —gruñó Brenda y se sentó, pero seguía indignada—. ¿Me vas a contar todos los pormenores o no?

—Después de que hayamos pedido la comida —le hizo señas a la camarera.

—¡Típico en ti! —Brenda volvió a gruñir—. Siempre te ha gustado salirte por la tangente y dejarme en suspenso.

—No he desayunado y estoy muerta de hambre —se defendió.

—Está bien —Brenda suspiró resignada mientras la camarera se detenía junto a la mesa con una libreta y un lápiz—. Trataré de dominar mi curiosidad hasta que hayamos comido.

Pero la agresión de Brenda no duró mucho tiempo porque no era capaz de estar enfadada con nadie más de cinco minutos.

Comieron las ensaladas en silencio y Sherry sirvió el té antes de explicar brevemente lo ocurrido desde la última vez que se habían visto.

Terminó relatando la amabilidad de Sam Hutton, en casa de los Ingram, la noche anterior.

Brenda calló, sin dejar de observar el rostro de Sherry que daba

testimonios de haber pasado la noche en vela.

—¿Sigues amándolo? —preguntó un rato después.

—Sí —respondió.

—¿Y Roll?

—Nunca ha negado estar enamorado de Delphine ni que se hubiera casado con ella de no haberse enterado de que David existe.

—No lo negó cuando se lo preguntaste, pero, ¿lo ha confirmado de alguna manera?

—No —Sherry miró a Brenda. Eso era cierto. Ella era la que siempre decía que él amaba a Delphine, pero él no lo había negado. Tampoco las declaraciones de ella en cuanto a que él deseaba casarse con Delphine. ¿Sería posible qué…? ¡No! Descartó la idea—. No me llenes de esperanzas, Brenda, no tengo motivos para albergar ninguna esperanza.

—Sé que corrían rumores de que él pensaba casarse con Delphine —continuó Brenda sin morderse la lengua—. Pero a mí me ha parecido siempre que el asunto era unilateral.

—¿Quieres decir que es Delphine quien quiere casarse con él?

—¡Exactamente! —Brenda asintió—. Delphine no se le ha despegado desde que Roll volvió, hace diez meses, y él siempre ha sabido lo que desea y lo obtiene de inmediato. ¿No crees que se hubiera casado con ella hace tiempo si realmente lo deseara?

Sherry no supo qué pensar. Las palabras de Brenda eran lógicas y deseaba creerlas, pero no se atrevía.

—Son conjeturas que no nos conducirán a ningún sitio —Sherry descartó el asunto y habló de otras cosa—. ¿Estaréis libres tú y Jonathan el próximo viernes por la noche?

—Creo que sí, ¿por qué lo preguntas?

—Te invito a cenar en Cinco Robles, a las siete y media —Sherry entrelazó las manos en su regazo con tanta fuerza que se le insensibilizaron—. Invitaremos al profesor Ingram y a su esposa y a Peter Grundlingh y señora. Roll invitará a Delphine.

—¡No me digas! Supongo que eso te desagrada.

—Mucho —aceptó Sherry sonriendo con cinismo—. Pero me voy a vengar invitando a Sam Hutton, el periodista de quien te he hablado.

—Algo me impulsa a advertirte que planeas un juego peligroso —comentó seria Brenda.

—Es posible —aceptó Sherry—. Pero no permitiré que Delphine coquetee con Roll en mi presencia.

—¿Qué me dices de Sam Hutton? —tocó un tema sensible que hizo que Sherry se sintiera culpable—. Es evidente que siente algo por ti y no sé si has pensado que podrías lastimarlo y lastimarte tú también.

Sherry había pensado bastante en el asunto.

—¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? —esperaba que Brenda le ofreciera una alternativa para salir de la horrible situación en la que se había metido.

—Supongo que lo mismo que tú —respondió Brenda.

Sherry sonrió y le indicó a la camarera que les sirviera otra jarra de té. Compartir el problema con Brenda quizá no resolvía nada, pero le había aligerado el peso y la dejó con algo en qué pensar. ¿Era posible que estuviera equivocada en cuanto a que Roll amaba a Delphine?

Capítulo 10

Esa noche, Sherry estaba muy inquieta y cenó sola. En su mente se había instalado una terrible sospecha que apagaba la pequeña llama de la esperanza que los comentarios de Brenda habían encendido en su corazón. ¿Estaría Roll en el instituto o con Delphine?

Trató de no pensar en eso, pero su mente siguió ese despiadado camino de destrucción y tormento y subió a su habitación sintiéndose presa de la ira y la desolación. Comenzaba a pensar que su matrimonio había sido un grave error. De haberse casado con Gordon Shaw, llevaría una vida tranquila.

¿En qué diablos pensaba? Nunca hubiera podido casarse con Gordon puesto que amaba a Roll.

Sherry suspiró. Ella había hecho la elección y tendría que vivir con el resultado durante el resto de su vida. No habría divorcio porque esa condición había impuesto Roll antes de la boda y ella había aceptado. Sin embargo, nunca había imaginado que sufriría tanto por estar atada a un hombre que no la amaba.

Yacía en la cama cuando oyó que el coche de Roll hacía crujir la grava del camino, y sin darse cuenta, extendió la mano para apagar la lámpara de noche, pero comprendió que sería inútil fingir que dormía. Roll debía de haber visto la luz y se burlaría de sus intentos de evitarlo.

Apretó las manos en el libro que había estado tratando de leer y fijó los ojos en las letras impresas, pero las palabras bailaron en sus ojos. Oyó los pesados pasos de Roll en el pasillo y el corazón le latió tan fuerte que le quitó un poco de aliento. Él entró en el dormitorio de David y el cuerpo de Sherry se puso tenso.

Minutos después, la puerta de su habitación se abrió y de soslayo vio que Roll la cerraba después de entrar. Él se quitó la chaqueta y la corbata y los arrojó a un sillón. Se acercó a ella al tiempo que se desabrochaba la camisa y Sherry movió un poco las piernas cuando él se sentó en el borde de la cama. En ese momento levantó la vista del libro y notó cansancio en los ojos azules, por lo que olvidó el enfado y la tensión.

Nada en él sugería que hubiese pasado unas horas en brazos de

otra mujer. Al contrario, parecía que trabajaba duro y que ponía en peligro la salud. Sherry se enterneció.

—Debo decir que es una nueva experiencia llegar a casa y encontrar a mi esposa esperándome —anunció con un dejo de burla.

—No te hagas ilusiones —replicó y olvidó la conmiseración—. Estaba leyendo.

Él ojeó la novela histórica que ella tenía en las manos y su burla se acrecentó.

—No puede ser un libro muy interesante si en toda la noche sólo has leído tres páginas.

—He tenido otras cosas en mente —cerró el libro y lo miró.

—¿Cómo qué? —sonrió con la boca torcida.

—He salido con Brenda y ha aceptado nuestra invitación para la cena del viernes.

—Todos los demás también han aceptado.

—¿Incluyendo a Delphine? —preguntó molesta.

—Sí —le desmoronó las frágiles ilusiones y se puso de pie con la expresión velada—. Me daré una ducha.

—¡Ese es mi baño! —protestó irritada.

—De ahora en adelante, será nuestro baño —corrigió.

—¡Por mí puedes tardar toda la noche! —gritó echando chispas por los ojos, pero él se limitó a reír antes de cerrar la puerta del baño.

Sherry bullía de furia. Deseó odiarlo en vez de amarlo y desearlo con desesperación. ¡Era preciso que ocultara mejor sus sentimientos!

No podría tratar de escapar a lo inevitable. Se pondría en ridículo y no deseaba exponerse a más burlas desdeñosas. Cuando oyó que Roll cerraba los grifos, abrió el libro, fingió leer y mostrarse tranquila, pero tenía el cuerpo rígido.

Segundos después, la puerta del baño se abrió y sus buenos intentos de fingir calma se desmoronaron. Levantó la vista del libro, su primer error fatal, y no pudo alejar los ojos del magnífico cuerpo masculino, cubierto desde la cintura, con una toalla. Tenía el pelo húmedo y despeinado y le caía sobre la amplia frente dándole apariencia juvenil, hecho que le agradaba. Sus miradas se encontraron, el segundo error fatal, y algo dentro de ella se hizo

erupción.

Roll se sentó en la cama. Sus hombros brillaban de humedad cuando él le quitó el libro de las manos y lo arrojó a un lado. El limpio aroma masculino fue más potente que una droga y el corazón de Sherry latía con tanta rapidez que no pudo respirar.

Las puntas de los dedos de Roll rozaron los moretones en los hombros de ella y el contacto envió pequeños dardos de placer por todo su cuerpo, pero no fueron nada comparados con las sensaciones que él incitó en ella al bajar la cabeza para deslizar la cálida y sensual boca por los cardenales que había causado la noche anterior.

—No, Roll —gimió con la mente lo bastante despejada para rechazar la traición de su propio cuerpo que correspondía con delirio. Roll levantó la cabeza para consumirla con la llama del deseo que ardía en sus ojos.

—Te deseo, Sherry —murmuró y la vibrante voz derribó la resistencia femenina—. He tenido mucho trabajo y he sufrido todo el día tratando de ponerme al corriente mientras pensaba que podría estar abrazándote.

Sherry quiso decirle que para él era fácil transferir el deseo de una mujer a otra, pero las palabras quedaron selladas en sus labios entreabiertos cuando Roll le deslizó los tirantes de encaje del camisón, y expuso los senos que exploró con los ardientes labios.

Los párpados de Sherry se tornaron pesados y las pestañas le velaron los ojos sombríos y lánguidos a causa del deseo. Levantó los brazos para quitarse el corpiño del camisón y Roll tiró de la fina tela hasta la cintura.

Ya no le importaba que él no la amara, tenía suficiente amor para los dos. Si era lo único que él le ofrecía, tendría que resignarse y rogarle al cielo que él aprendiera a quererla un poco.

Roll marcó un sendero destructor a lo largo de los sensibles puntos del cuello hasta los labios entreabiertos. La besó con sensualidad.

—Dios, Sherry, es maravilloso tenerte tan cerca —gimió junto a la boca de ella—. Pero deseo tener cada parte de tu bello cuerpo junto al mío.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó Sherry con el último vestigio de cordura cuando el cuerpo de Roll se presionó contra el

suyo. «¿No tengo vergüenza ni autorrespeto? ¿Cómo puedo permitir que me haga esto sabiendo que no es a mí a quien desea, sino a Delphine?»

El cuerpo se le puso tenso en señal de resistencia, pero la intimidad de las caricias de Roll encendió el fuego dentro de ella. El cuerpo femenino se arqueó en una invitación que él aceptó.

Roll respiró entrecortadamente durante el acto de entrega. Se quedaron abrazados y estremeciéndose después de la pasional unión, pero se sintió consumida por la vergüenza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Roll cuando ella se soltó y le dio la espalda.

—¡Nada! —gritó ahogando las lágrimas y alejando la mano de él —. ¡Déjame en paz!

—Si eso deseas, eso haré —suspiró enfadado y apagó la luz—. Dios es testigo de que he tenido un día muy duro y estoy muy cansado para lidiar con una mujer temperamental.

¡Temperamental! ¿Cómo se atrevía a acusarla de ser temperamental? Sherry olvidó la vergüenza y le dio cabida al enfado. Roll era insensible, arrogante… ¡Iba a llorar!, de modo que volvió el rostro hacia la almohada para ahogar sus gemidos.

Sherry empezó a temer las noches porque sabía que su inevitable sumisión la dejaría luchando una silenciosa batalla contra el sobrecogedor sentimiento de vergüenza, y conforme se acercaba el fin de semana su rostro fue mostrando señales visibles de las horas en vela que pasaba cada noche debido a que su cerebro no le permitía tranquilidad.

No habían planeado nada para el fin de semana y Sherry se preguntó cómo sobreviviría después de esos dos días, pero se sorprendió al ver que el tiempo transcurría con calma y de manera agradable. Roll fue amable y atento y ella llegó a casi pensar que él disfrutaba de la compañía de David y de la suya.

El domingo fue un día extremadamente caluroso y le minó la energía al punto de que cuando echó a David para que durmiera la siesta, decidió descansar una hora. No planeó dormir, pero despertó sobresaltada, dos horas más tarde.

No encontró a David en la cuna, pero no se alarmó hasta que

bajó a la planta baja y vio a Connie sin el niño.

—He puesto la bandeja con el té en el jardín, señora —le comunicó a Sherry—. Hace más fresco allí.

—Gracias —murmuró Sherry distraída—. ¿En dónde está David?

—El profesor lo ha llevado al jardín.

Sherry abrió los ojos sin saber si debía tranquilizarse o preocuparse. No tuvo que buscar muy lejos porque Roll había llevado a David a un sombreado rincón del bien cuidado jardín. Los dos estaban sentados sobre una manta extendida en el césped y el niño se entretenía con sus juguetes.

Se detuvo a la sombra de un arco lleno de rojas rosas y contuvo el aliento. David se tambaleó al ponerse de pie y dar unos pasos hacia Roll antes de caer riendo en los brazos del padre. La profunda risa de Roll hizo que Sherry soltara el aire de los pulmones.

—Es hora del té —a regañadientes, interrumpió el juego.

Roll levantó la cabeza y Sherry notó calidez en sus ojos.

La agonía de la relación con su esposo no era lo único que le causaba insomnio. Se había dado cuenta de que había sido muy impulsiva al invitar a Sam Hutton, sin antes meditarlo bien. Había obrado a causa de los celos, pero eso no le tranquilizó la conciencia. Lo peor de todo era que no sabía qué hacer.

Después de un fin de semana tranquilo, la semana siguiente se inició más sosegada y Sherry llegó a creer que a pesar de los sentimientos que tuviera Roll por Delphine, el matrimonio tenía posibilidad de salir adelante. Pero ese presentimiento se desmoronó ese mismo día. Estaban tomando café en la sala, después de la cena, cuando el teléfono sonó y Sherry le indicó a Roll que permaneciera sentado porque iría ella al vestíbulo a contestar.

—Quisiera hablar con Roll, si no te es mucha molestia llamarlo.

La voz musical de Delphine Ingram tuvo la fuerza de un latigazo y a Sherry le fue difícil controlar la ira que sintió.

—No es ninguna molestia —aseguró con increíble calma antes de dejar el auricular en la mesita, volver a la sala y sentarse—. Delphine quiere hablar contigo —anunció ante la curiosa mirada de Roll.

—Hola, Delphine —Sherry podía oír su voz con claridad—. ¿En este momento? —preguntó después de una breve pausa y agregó—: Muy bien.

Cuando Roll regresó a la sala, Sherry estaba muy tensa. Sabía lo que él diría, pero no deseaba que lo dijera, sin embargo no había manera de callarlo.

—Debo salir.

—Lo suponía —replicó a secas—. Si necesitas correr una aventura con Delphine, al menos podrías ser más discreto.

—Lo tendré en cuenta —respondió con los puños cerrados.

Cuando Roll salió de la casa, Sherry se puso pálida y sintió que había recibido un golpe donde más le dolía. Inspiró profundo al oír que él se alejaba en el coche y cegada por un dolor físico, subió a su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella con los ojos cerrados. No podía creer que amaba a ese hombre sin escrúpulos y que la hería de esa manera. Bastaba con que Delphine lo llamara para que él dejara todo y corriera a su lado.

«¡Dios mío!» —gimió ahogando las lágrimas—. ¿Cómo podré soportarlo?»

Se alejó de la puerta y entró en el baño. En ese momento su mente era su peor enemigo.

Se bañó y se metió en la cama. Trató de leer, pero no dejaba de pensar en Roll y estaba tan atormentada que su frente se perló de sudor.

Después de las diez de la noche oyó que Roll entraba en la habitación oscura. Se puso tensa y su corazón se aceleró. Fingió dormir y pensó que enfermaría si él la tocaba esa noche. No corrió ningún peligro porque Roll se acostó y se durmió pronto.

La furia casi apagó el dolor de Sherry. ¿No tenía conciencia? ¿Cómo se dormía tan tranquilo cuando le había arrancado el alma con las garras de un león salvaje? «¡Podría matarlo en este momento!», pensó iracunda, pero se fue tranquilizando con las silenciosas lágrimas que derramó.

El miércoles por la mañana, cuando bajaba de la habitación de David, sonó el timbre de la puerta.

—¿Me permites pasar? —preguntó Sam Hutton sonriendo a manera de disculpa.

—Por favor —respondió abriendo más la puerta para dejarlo pasar—. Has llegado a la hora del té —agregó cuando lo conducía a

la sala.

—Muy agradable —comentó Sam Hutton observando la estancia.

Sherry estaba muy nerviosa cuando le señaló la silla y ella se sentó en el sofá, frente a la bandeja del té que habían colocado en la mesita.

—¿Tomas leche?

—Un poco, por favor —observó que sus manos temblaban—. Espero que no te moleste que haya venido sin previo aviso, pero temo que tendré que desilusionarte.

—¿De qué manera? —contuvo el aliento en el momento de entregarle una taza de té.

—Me envían a Port Elizabeth para un trabajo y no estaré aquí el viernes para brindarte apoyo moral.

Las palaras la tranquilizaron, aunque el sentimiento de culpa no había desaparecido. Sabía que no podría vivir si no hablaba con franqueza.

—Comprendo —dijo muy seria—. De hecho, Sam, te debo una disculpa. Pensaba aprovecharme de ti y me he sentido culpable por eso. He pasado toda la semana tratando de resolver la situación sin lastimarte.

—No necesitas disculparte —rió para calmarla—. Recuerda que te ofrecí mis servicios.

—Lo sé, pero de todos modos no basta para perdonar mi atrevimiento.

—Olvídalo —bebió el té con avidez mientras Sherry le daba pequeños sorbos al suyo—. ¿Se ha resuelto el problema?

—No.

—Ah —se apoyó en el respaldo y la observó un momento—. ¿Tomarías en cuenta un consejo mío en calidad de periodista que ha presenciado y vivido más traumas de los que desea recordar?

—Para serte sincera, Sam, estoy en el punto en que aceptaría el consejo del hombre que se lleva la basura si se dignara a dármelo —rió sin nerviosismo.

—Mi consejo es éste… —se inclinó hacia adelante como queriendo recalcar la importancia de lo que iba a decir—. No titubees ni seas tan tímida. Si deseas a tu marido, lucha por él y usa la ventaja que tienes de ser su esposa.

Sherry oyó el consejo, pero se encogió al pensar en lo que significaría llevarlo a cabo. ¿Qué pensaría Roll, si ella, de pronto, mostraba una actitud posesiva hacia él?

—Comprendo lo que dices —sonrió—. Pero no sé si seré capaz de seguir el consejo.

—¡No lo dudo! —la miró divertido—. Ojalá pudiera convertirme en mosquito durante la velada del viernes para observarte y aplaudirte.

Sherry no quedó convencida de poder dar una representación merecedora de aplausos, pero sabía que debía seguir el consejo.

—¿Más té, Sam?

—No, gracias, debo irme —se puso de pie—. Te llamaré a mi regreso.

—Hazlo —sonrió y lo acompañó a la puerta—. Gracias… por todo.

—Si sigues mi consejo y éste da resultado me darás las gracias —le correspondió la sonrisa, levantó el brazo a manera de saludo y salió.

Sherry cerró la puerta y se sirvió otra taza de té que bebió sin darse cuenta. ¿Tendría el valor de seguir el consejo? Nunca le había faltado valor, pero eso era muy diferente y quizá Roll se divertía viendo que su esposa se enfrentaba con la mujer que él amaba. ¿Se arriesgaría?

Capítulo 11

La cena del viernes se inició sin contratiempos. Peter Grundlingh y Joyce, su esposa, eran una agradable pareja con quien Sherry no tuvo dificultades para comunicarse. La señora Ingram, como siempre, estaba encantada; y su esposo, según Roll, era un brillante científico, aunque un tanto distraído. Pero la soberbia de Delphine fue el aliciente que Sherry necesitó esa noche para que saltaran algunas chispas entre las dos. También estaban Brenda y Jonathan que animaron la cena que de otra manera hubiera resultado aburrida.

Delphine lucía un vestido verde esmeralda ceñido, que no dejaba nada a la imaginación. Roll no pudo despegar la mirada de la mujer algunos momentos.

Sin embargo, Sherry no debía sentirse inferior porque lucía un vestido largo color crema muy ceñido en la cintura; los suaves pliegues de la falda se balancearon cuando se puso de pie para verificar los preparativos para la cena.

—¿Qué cree esa casquivana que está haciendo? —preguntó Brenda furiosa.

Sherry comprendió que Brenda se refería a Delphine Ingram.

—Roll la ha invitado —respondió—. Y salta a la vista que él aprueba su comportamiento.

—¡Tu marido debe de estar desquiciado! —explotó Brenda.

—O loco por esa mujer —añadió Sherry lastimada.

Cuando entraron en la cocina, Brenda masculló algo, pero callaron debido a la presencia del personal.

Sherry estaba sentada frente a Roll, en la larga mesa del comedor. Los invitados quedaron a ambos lados de la misma, pero Delphine, de alguna manera, cambió el orden y se colocó a la izquierda de Roll. Eso enfureció más a Sherry, pero calló y siguió sonriendo.

El personal en la cocina se había lucido como nunca y todos lo felicitaban, excepto Delphine que habló sin dirigirse a nadie en especial.

—Imagino que a la servidumbre no le agrada recibir órdenes de una extraña, dado a que estaba acostumbrada a tener las riendas

sueltas durante mucho tiempo.

«Si deseas a tu hombre ve por él», la voz de Sam Hutton hizo eco en la mente de Sherry y la incitó. «Lucha por él, de ser necesario, y usa la ventaja que tienes de ser su esposa».

—No he notado que se encuentren mal —respondió y su voz rompió el incómodo silencio que había caído en el comedor—. Al contrario, han sido muy bondadosos y considerados al ayudarme a estar bien en la casa.

—Quizá se deba a que Roll siempre les ha pagado muy bien —Delphine sonrió de manera encantadora a Roll y su esbelta y cuidada mano le acarició el brazo.

—Es posible que se deba a que no me he impuesto y así, no los he ofendido —repuso Sherry con lo que por fin, captó la mirada de Roll—. ¿Estás de acuerdo conmigo… amor? —añadió en tono meloso.

—Es posible que tengas razón, cariño —respondió Roll con diversión y burla en los ojos.

A Delphine no le agradó la palabra cariñosa que Roll usó en su presencia y sus ojos echaron chispas de disgusto.

—Debes de estar muy orgulloso de tu hijo, Roll —Brenda intercaló el tema que seguramente enfurecería a Delphine—. Anteayer vine a tomar el té y no pude dejar de notar cuánto se parece David a ti.

Roll sonrió y aceptó el comentario de Brenda con una leve inclinación de cabeza, pero Delphine se le adelantó antes de que pudiera decir algo.

—Debes de odiar tener a una criatura en casa que llora y te mantiene despierto por las noches.

Los invitados movían la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, como lo hacen los espectadores en un torneo de tenis.

—De hecho, David ha sido un angelito y no nos ha despertado ni una sola vez —Sherry se sorprendió al comprender que se divertía y le sonrió de manera provocadora a Roll—. ¿Verdad que es cierto, amor?

—Tengo el sueño ligero y no lo he oído llorar —no defraudó a Sherry.

Los ojos de Delphine lanzaron dagas a Sherry; los invitados

seguían girando la cabeza en espera de ver quién anotaría de nuevo, la madre de Delphine entró en acción para tratar de salvar la molesta situación.

—Tengo entendido que eres enfermera titulada, Sherry.

—Es una de las mejores enfermeras que he conocido, señora Ingram —intercaló Brenda antes de que Sherry contestara.

—Gracias por el cumplido, Brenda —Sherry trató de no darle importancia al comentario de su amiga—. Pero mis logros son insignificantes comparados con los de los tres hombres de ciencia y un ingeniero aquí presentes.

—¿Dominabas a las jóvenes enfermeras? —preguntó divertido Peter Grundlingh.

—No creo haberlo hecho —respondió después de meditar.

—Has titubeado —bromeó Peter.

—Las enfermeras que tuve a mi cargo fueron ordenadas y disciplinadas —explicó—. Nos llevábamos muy bien.

—Se me hace difícil imaginarte como una jefa severa, Sherry —declaró Roll.

—A veces tuve que ser muy severa porque era parte de mi trabajo —le sonrió a su esposo, consciente de que todos la observaban—. Eres científico, Roll, y estoy segura de que en ocasiones has tenido que usar la disciplina con los demás.

—Tendrás que hacerle la pregunta a Peter —le echó la pelota a otro y Sherry dirigió la vista al hombre.

—¿Es severo mi marido con la disciplina? —le preguntó al hombre.

—Lo es —aceptó de buena gana—. Pero también es muy justo.

—En efecto —Sherry sonrió con un dejo de cinismo cuando se enfrentó con la insistente mirada de Roll—. Siempre has sido justo, ¿verdad?

Ella había hecho una velada acusación que no tenía relación con las habilidades disciplinarias de Roll como asistente del director del instituto y comprendió que él había captado el mensaje.

—Dudo que siempre haya sido justo —sonrió con los labios torcidos—. La gente comete errores y no soy infalible.

¿Era una confesión?, ¿quizá una disculpa? Sherry no descubrió nada en las facciones de Roll.

—¿Pasamos a la sala para el café? —preguntó y empujó la silla

para ponerse de pie con gracia. Todos asintieron y el profesor Ingram también lo hizo cuando salió de su abstracción.

—¿Me permites usar el baño de la planta baja? —le preguntó Delphine a Sherry cuando llegaron al vestíbulo.

—Por supuesto —respondió con cortesía—. ¿Conoces el camino?

—Bueno, yo… —contestó con actitud de niña perdida.

—Sígueme —ofreció—. Debo pasar por ahí camino a la cocina.

—Gracias —había tanta dulzura en la sonrisa de Delphine que Sherry se puso alerta.

«¿Qué estará tramando?», se preguntó Sherry.

—Encontrarás el baño al final de este corto pasillo —Sherry señaló el camino aunque intuyó que la otra no pensaba dirigirse allí.

—¡No seas tan lerda! Sabes muy bien que he fingido no conocer el camino para poder hablar contigo a solas.

—Aquí estamos a solas —a pesar del torbellino interno, la voz de Sherry era serena—. ¿De qué deseas hablarme?

—No creas que no he notado el tonto juego que te has traído en la velada, pero debo decirte que no te dará resultado —se mostró tan segura y confiada que Sherry se asustó—. ¡Roll me ama! Está casado contigo, pero regresará a mi lado, una y otra vez, porque nos comprendemos muy bien y porque nadie puede apreciar su talento de científico como yo lo hago.

Gracias a los años de entrenamiento como enfermera, Sherry pudo controlarse y habló calmada.

—¿Qué te hace estar tan segura de que Roll te ama?

—¿No es prueba suficiente el hecho de que yo esté aquí esta noche, querida? —inquirió con la altivez que Sherry odiaba.

—Temo que no —insistió Sherry al seguir la representación que había iniciado en el comedor y que tendría que continuar hasta que la velada terminara.

—Muy bien —Delphine sonrió de manera venenosa—. Tendré que darte más pruebas contundentes y quizá así dejes de fingir esa «felicidad doméstica» que ha engañado a los demás, pero no a mí. Además, a Roll no lo divierte.

—No sé si lo sabes, pero Roll impuso la condición de que no habría divorcio —Sherry jugó la única carta que tenía—. ¿Quieres hacerme el favor de explicarme que satisfacción obtendrás de una

relación con un hombre casado que no piensa divorciarse?

—Creo conocer mejor que tú a Roll —rió con desdén—. Se ha casado contigo porque se sentía obligado y a pesar de la condición que impuso, el yugo que se ha echado al cuello le pesará y tendrá que abandonarte… para regresar a mí.

—No estés tan segura —le advirtió Sherry y terminó la desagradable confrontación al alejarse de Delphine para entrar en la cocina.

Cuando cerró la puerta a su espalda temblaba de frío, a pesar del calor en la cocina.

De pronto Sherry notó que Connie y Bettina la observaban curiosas y se dominó para sonreír.

—La cena estaba exquisita —dijo—. Estamos listos para que nos llevéis el café en la sala.

—¿Se siente mal señora? —preguntó Connie preocupada—. Está muy pálida.

—He comido mucho y ahora sufro las consecuencias.

La velada se prolongó, pero de alguna manera, Sherry logró dar la imagen de una anfitriona serena, a pesar de las pullas y el meloso comportamiento de Delphine, y del hecho de que Roll no se opusiera a ello.

Sherry se sintió aliviada cuando todos se fueron y se desplomó física y mentalmente al llegar a su habitación.

Estaba sentada en su lado de la cama con el camisón puesto cuando Roll entró y comenzó a desnudarse. A pesar del cansancio, Sherry tomó conciencia del atractivo masculino y el corazón le latió con más rapidez. No deseaba mirarlo, pero él se sentó a su lado, con sólo el calzoncillo puesto y le levantó el rostro para observárselo.

—Y bien… amor —se burló y Sherry se avergonzó—. Tu actuación de dulce esposa ha sido muy convincente, veamos cuan convincente puedes ser ahora que estamos solos.

Sherry no tuvo fuerzas para resistirse cuando la boca de él se posó en la de ella.

Capituló sin resistencia, siguió la pauta que Roll impuso, pero parte de su ser permaneció desligado como si no pudiera tolerar lo que ocurría con su consentimiento.

—No está mal —comentó Roll después de saciar su deseo—. Pero podías haber mostrado más calidez.

Le hubiera dolido menos si Roll la hubiera golpeado físicamente y gimió contra la almohada.

Cuando Roll se levantó de la cama, se llevó su ropa y pasó el resto de la noche en la otra habitación. Sherry lloró hasta que concilió el sueño. Las lágrimas la ahogaron y le estremecieron el cuerpo con tanta intensidad que quedó exhausta.

Roll no volvió a la habitación durante los siguientes días y, aunque siempre se mostraba cortés, su actitud era distante con lo que creó un abismo insalvable entre los dos. No llevaban más de tres semanas de matrimonio y estaban en una etapa de crisis.

El teléfono sonó la tarde del jueves siguiente a las cinco y media. Era Roll.

—Esta noche llegaré tarde, así que no me esperes a cenar —le informó.

—¿Le pido a Bettina que deje algo en el horno para cuando llegues?

—Si lo deseas… —respondió.

—Muy bien… y, Roll —dijo de prisa, temiendo que él cortara la frágil comunicación que ella necesitaba con desesperación—. Gracias por avisarme.

—Dale un beso de buenas noches a David por mí —agregó después de un angustioso silencio.

Sherry colocó el auricular en su sitio. Media hora después, el teléfono volvió a sonar.

—Hola, Sherry —era la melodiosa voz de Delphine—. ¿Te ha dicho Roll que hoy llegará tarde?

—Sí —confirmó y tuvo frío.

—Pues te ha mentido —anunció triunfal—. De un momento a otro vendrá a mi apartamento y si deseas pruebas de ello, te invito a que vengas, pero dudo que seas el tipo de esposa que avergonzaría a su marido al irrumpir en la habitación donde se encuentra con otra mujer.

—Gracias por la información, Delphine —murmuró tranquila; no podía creerlo—. ¿Deseas añadir algo más?

—¿No te basta con lo que te he dicho? —Delphine rió con desdén—. Disfruta de la soledad de tu velada, querida.

Por lo visto, Delphine era más astuta de lo que Sherry pensaba. Había prometido presentarle pruebas contundentes y se las había

proporcionado. ¿Había algo que salvar entre Roll y ella?

Pero la pesadilla de Sherry no había terminado. Ese mismo día, a las seis y media, Roll llegó cuando ella se dirigía al comedor para cenar sola. Lo miró como si fuera un espectro y su torturada mente cayó dentro de una confusión angustiosa. Se suponía que él debía estar con Delphine, entonces, ¿qué hacía en casa?

—Hemos tenido problemas en uno de nuestros proyectos, pero se ha resuelto mucho antes de lo que pensaba —bajó la cabeza para escudriñar el pálido rostro de Sherry—. ¿Te sientes mal?

—Has llegado a tiempo para la cena —respondió moviendo la cabeza, en parte como respuesta y en otra, para aclararse la mente.

—¡Perfecto! —exclamó y la siguió al comedor.

Sherry no pudo comer dado a que su mente giraba y la comida no le pasaba por la garganta. «¿Qué tratan esos dos de hacerme?», se preguntó al sentir el tormento del dolor. Delphine esperaba a Roll en su apartamento. ¿Por qué no había ido? ¿Qué lo había hecho cambiar de opinión?

La confusión la mareaba y esa noche no se quedó en la sala después de beber el café.

—Me agradaría acostarme temprano —se disculpó y huyó sin esperar respuesta.

Subió por la escalera, aferrada a la barandilla de madera y con el corazón desbocado. Seguía recordando y descartando todo lo ocurrido durante las últimas dos horas y el esfuerzo de tratar de comprender estaba agotándola. Nada tenía sentido y no estaba en condiciones de interrogar a Roll sin revelar sus sentimientos.

Entró en el baño para llenar la bañera y se quitó la ropa sin darse cuenta de lo que hacía. Se peinó para ponerse el gorro de baño y estuvo casi media hora dentro del agua tibia y aromatizada. Se sentía un poco mejor, menos frágil. Cuando salió, se secó con una toalla y se quitó el gorro, permitiendo que el pelo le cayera por los hombros; de pronto, la puerta del baño se abrió. Conmocionada, se cubrió con la toalla.

No se le había ocurrido cerrar la puerta con llave, pero deseó haberlo hecho. Como Roll la había dejado dormir sola durante casi una semana, en la enorme cama, le pareció que esa acción era una flagrante invasión a su vida íntima y el corazón le latió por algo más que enfado.

Roll estaba descalzo e irradiaba una fuerte luz de masculinidad. Sherry no pudo soltar el aire en los pulmones cuando lo miró a los ojos. Sabía a qué había ido y en ese momento adivinaba sus sentimientos mientras los ojos de Roll quemaban, de manera sensual, el cuerpo femenino.

—¡No! —gimió desesperada y moviendo la cabeza porque él se le acercaba—. No, Roll, no lo hagas… ¡No!

Él se detuvo a un paso de distancia, la miraba como si estuviera escudriñándole el alma. El pasado y el presente se mezclaron con tanta fuerza que la inmovilizaron. Él le rodeó la cintura por encima de la toalla que ella seguía ciñendo y extendió los frescos dedos sobre la húmeda y cálida piel; el contacto incitó todo el sistema nervioso de Sherry. Ella se despreció, pero había perdido la voluntad de resistirse y no intentó detener a Roll cuando él bajó la cabeza para tocar, con los labios, la sensible piel del hombro.

—Hueles muy bien —murmuró al mismo tiempo que deslizaba los labios hacia el cuello causando estremecimientos de placer en ella.

La mente de Sherry seguía girando en confusión, pero entreabrió la boca para aceptar la sensual exploración de Roll. Estaba viva, era la esposa de ese hombre y nunca lo había deseado más que en ese momento. Sólo Roll podía incitarla así, sólo él la hacía vivir como mujer, así que cedió física y mentalmente a las sensaciones que él provocaba en ella.

Roll presintió la capitulación y la cogió en brazos como si fuera una chiquilla para llevarla a la habitación. Con cuidado la puso de pie, junto a la cama y en ese momento dejó de besarla.

—No necesitas esto —le quitó la toalla y la echó sobre la cama.

La boca de Roll cubrió la de ella, las manos de él cubrieron su cuerpo con tentadoras caricias para asegurarse de que no habría frenos. Luego, se alejó para quitarse el calzoncillo.

—Te deseo —gimió a la vez que se recreaba la vista con el esbelto y bien formado cuerpo y se tendía al lado de Sherry—. Durante dos años muy largos te he deseado y seguiré deseándote.

¿Qué decía, de qué hablaba?, se preguntó Sherry, pero olvidó el pasado cuando la boca de Roll buscó la de ella con extrema pasión. La amó con una lentitud casi agonizante, la acarició de manera muy íntima y la incitó al punto de que ella tuvo que rogarle que la

poseyera.

—Tenemos toda la noche, *liewe meisie* —rió de manera triunfal. Las palabras casi olvidadas enternecieron al alma de Sherry, pero casi lo odio por la facilidad con que parecía controlar el deseo.

La unión fue prolongada, erótica y emocionante. Y al final, el placer de Sherry fue tan intenso que tuvo que gritar aferrada al cuerpo de Roll que se estremecía sin control.

—*Liewe meisie* —gimió Roll—. Más vale que aceptes que no permitiré que te vuelvas a alejar de mi vida.

Sherry no pudo hablar, estaba agotada para hablar y satisfecha físicamente para desear pensar en otra cosa que no fuera lo que acababan de compartir. Quizá después pensaría racionalmente, pero aún no.

Sherry no quiso enfrentarse con la realidad, pero Roll la obligó a ello y suspiró cuando se levantó de la cama y se puso la bata. Mientras se anudaba el cinturón y caminaba a la ventana, tuvo el conocido dolor.

—¿Y Delphine? —preguntó al correr las cortinas y mirar al jardín iluminado por la luna.

—¡Al diablo con Delphine! —exclamó irritado—. Hablo de nosotros dos, ¡tú y yo!

—No podemos hablar de nosotros hasta que hayamos hablado de ella —insistió. Roll estaba sentado en la cama y las sábanas apenas cubrían la parte inferior del magnífico cuerpo. El amor que le profesaba era algo maravilloso, pero no se atrevía a confesarlo… aún no… quizá nunca—. Amas a Delphine y planeabas casarte con ella —le recordó.

—Es hora de que aclaremos las cosas —murmuró sombrío—. Nunca he estado enamorado de Delphine y no he tenido el menor deseo de casarme con ella. Sólo Dios sabe cómo se te ha ocurrido esa tontería, pero estaba tan enfadado que permití que la creyeras.

—¿No la amas? —incrédula, lo miró fijamente.

—Nunca la he amado ni la amaré —insistió.

—Fuiste a su apartamento la otra noche… —calló moviendo la cabeza.

—Ella dijo que tenía algo urgente que decirme y que no deseaba hablar del asunto por teléfono —explicó con un dejo de enfado en la voz—. La encontré al borde de la histeria, decía tonterías y

repetía que los dos estábamos predestinados a vivir juntos. Le contesté que si seguía portándose como una niña tonta, estropearía lo que siempre ha sido una buena amistad. Poco a poco se calmó, acepté un café y luego salí de allí.

—Pero regresaste a casa muy tarde.

—Necesitaba tiempo para pensar y estuve conduciendo —la boca sensual se torció al esbozar una triste sonrisa—. Recuerda que tu comentario en cuanto a que yo debía ser discreto en mi relación con Delphine me enfureció y decidí hacerte sufrir un poco.

La confusión de Sherry comenzaba a despejarse, pero seguía presa de la incertidumbre.

—Supongo que esta noche ibas a trabajar hasta tarde y que no tenías intenciones de ir a ver a Delphine.

—¿A qué diablos te refieres? —frunció el ceño y juntó las cejas al mismo tiempo que observaba el esbelto cuerpo femenino.

—Delphine ha llamado una media hora después de que tú llamases para decirme que trabajarías hasta tarde y me ha asegurado que me habías mentido —explicó con la herida abierta—. Me ha dicho que te esperaba pronto y que pasaríais la noche juntos. También que si yo no lo creía podía ir a su apartamento para verificarlo, aunque no imaginaba que yo me pondría en evidencia avergonzándote en el momento en que estabas con otra mujer. Al menos en eso último, tiene razón.

—¡Dios, esa mujer no ha hecho más que causar problemas! —Roll explotó de manera convincente—. Acepto que me he aprovechado de ella para ponerte celosa, pero Delphine no tenía derecho a decirte que yo pasaría la noche con ella porque no es cierto.

—Ya lo sé —aceptó Sherry—. Pero cuando me lo dijo lo creí y al verte de regreso en casa no pude pensar con lógica.

—Ven, Sherry —muy serio señaló la cama y Sherry fue a sentarse a su lado mirándolo de frente—. Te debo muchas explicaciones y no tendremos mejor momento que éste —cogió la mano de ella, y le dio un beso en la palma—. Cuando fui al Antártico, hace dos años, sabía que te amaba, pero no quise aceptarlo. No creía en el amor y tardé dos meses alejado de ti para comprender lo mucho que significas para mí. Te escribí para decírtelo y pedirte que ignoraras lo que había dicho antes y que me

esperaras.

El pulso de Sherry se aceleró.

—No recibí la carta.

—Lo sé —confirmó sin despegar los ojos de la mano de ella que él sostenía en la de él—. Me la devolvieron semanas después con el sello de «dirección desconocida».

—¡Dios mío! —gimió Sherry—. De haberlo sabido te hubiera esperado en vez de salir huyendo de Cape Town.

—No tuve más remedio que seguir con mi trabajo —continuó Roll—. A mi regreso, pasé más de tres meses de agonía buscándote, pero no habías dejado rastro. Ni siquiera Brenda y Jonathan sabían dónde localizarte.

—Brenda lo sabía —confesó angustiada—. Pero le hice prometer que no te lo diría en caso de que le preguntaras.

—¿Por qué? —exigió enfadado y Sherry, avergonzada, y culpable, bajó la cabeza.

—No me habías dado motivos para pensar que tu interés por mí sería duradero y no quise que supieras que me habías dejado embarazada, ya que eso te obligaría a casarte conmigo —explicó sonriendo con un dejo de cinismo—. Y no me equivoqué porque, a fin de cuentas, te has casado conmigo.

—¿Realmente crees que lo he hecho por eso? —exigió y le moldeó el rostro para obligarla a mirarlo a los ojos—. No es posible, después de lo que acabo de decirte.

Ella lo miró a los ojos y vio cosas que aún temía aceptar. Trató de sonreír, pero los labios le temblaron y las lágrimas le anegaron los ojos.

—Ya no sé qué creer.

—No llores —la abrazó con tanta fuerza que casi le impidió respirar.

—Lo lamento, no puedo evitarlo —sollozó antes de que Roll la besara con pasión.

—¿No te das cuenta de que te amo, que estoy loco por ti y que cuando volví a verte en casa de Jonathan no pude pensar en nada más que abandonar mi trabajo para volver a verte, hablar contigo y confesarte lo mucho que te amo? Deseaba rogarte, de haber sido necesario, que me dieras una oportunidad, que volvieras a amarme —la voz le tembló de emoción.

Sherry se estremeció de felicidad al oír las palabras que había esperado mucho tiempo. Rodeó el cuello de Roll para apoyar el húmedo rostro en su hombro.

—¡Ay, Roll… ojalá no hubiera huido como una cobarde a Kromrivier.

—Nunca sabrás cómo me sentí cuando llegué al hotel y no te encontré —gimió—. Furioso, fui a buscarte a Kromrivier, pero no era nada comparado con lo que sentí al enterarme de que habías tenido un hijo mío. Creo que enloquecí. Decidí que te haría pasar por mis sufrimientos y cuando mencionaste que yo amaba a Delphine y deseaba casarme con ella, me colocaste un arma en las manos para lastimarte.

—¡Me dolió mucho, más de lo que imaginas!

—¿Por qué? —exigió burlón y Sherry lo empujó un poco para mirarlo de frente.

—¡Porque sigo amándote y no me digas que no lo sabías! —exclamó irritada.

—Lo sospechaba, pero no estaba seguro —sonrió con un dejo de mofa—. Eres experta en ocultar tus sentimientos, querida, y no me molesta aceptar que ha habido momentos en que me has asustado.

—Te amo, Roll —murmuró y le acarició el cuello antes de deslizar las manos por los amplios hombros—. Te amo con locura —añadió con los ojos velados por la felicidad.

—¿Qué me dices de Gordon Shaw? —preguntó Roll.

—No me hubiera casado con él porque seguía amándote… no hubiese podido hacerlo.

Sherry se inclinó hacia adelante para acariciarle el cuello con los labios. Probó la sal de la piel, le encantó y volvió a excitarse al tiempo que buscaba y encontraba el pezón masculino con la punta de la lengua.

—¡Dios, Sherry!, ¿en dónde has aprendido a hacer eso? —gimió y le ciñó los hombros con fuerza.

—Bien sabes que tú me has enseñado todo lo que sé —respondió al desatarse el cinturón de la bata y permitir que las impacientes manos masculinas hicieran lo demás.

Él la tendió y la besó apasionadamente. La cadera masculina presionó la de ella e inició movimientos eróticos para incitarla. Sherry deslizó las manos por la espalda de Roll y se deleitó con la

tensión de los músculos que se endurecían con el calor de la pasión. Sin poder ignorar la añoranza primitiva, se presionó más al cuerpo masculino.

—Te amo, Sherry —murmuró Roll junto a la boca de ella mientras sus dedos experimentados le acariciaban los senos—. Nunca he deseado a otra mujer como te deseo a ti y no permitiré que vuelvas a alejarte de mi vida.

—Tus palabras me encantan —murmuró ronca por la emoción —. Nunca he deseado compartir mi vida con nadie más que contigo.

Se amaron con pasión como si la noche no tuviera suficientes horas para expresar el cariño que se tenían. Más tarde, cuando Sherry, tranquila y feliz, se acurrucó contra el cuerpo de Roll, con la cabeza en el hombro de él, borró de su mente los dos años de angustia.

De nuevo eran compañeros. Eran como una sola persona en mente, alma y cuerpo… hasta la muerte y más allá de la muerte.

Fin